

Katarina Tammert

VUELA CONMIGO



Katariina Tammert

VUELA CONMIGO

N.B. Se trata de una obra de ficción por lo que todas las coincidencias con acontecimientos, lugares, personas e instituciones reales son fruto de la casualidad.

© Triin Tammert

Ilustración de portada: Jaak De Koninck, Starbrook Airlines

Portada: Anu Hammer

Traductora: Anna-Maria Penu

I parte

Despegue/*Takeoff*

1

Cuando tenía 25 años me presenté para trabajar de azafata de vuelo en Nordic Air, una prestigiosa aerolínea internacional, pasé con éxito todas las fases, el control médico y el curso de formación, y después de todo aquello me contrataron. Aunque en la práctica ser auxiliar de vuelo es más increíble de lo que parece desde fuera, ese trabajo no iba del todo conmigo.

Antes de ser azafata había comenzado en la universidad mis estudios de Periodismo y Comunicación, estuve de prácticas en el diario más grande del país y había escrito y editado algunos artículos. Medio año después de licenciarme me postulé como candidata al puesto de editora nacional de una importante revista femenina. El rumor de que pensaba marcharme llegó a la dirección antes de irme y entonces me hicieron una gran oferta que no podía rechazar: ser la jefa del proyecto de la revista a bordo de la aerolínea, en el departamento de relaciones públicas, en la misma planta que la dirección. En realidad, eso significaba el puesto de Editora Jefa de la revista: ser responsable de contenidos, pero también coordinar todos los asuntos relacionados con el diseño, la publicidad y la imprenta.

¡Cuánto dudé entre los dos! No dejaba de dar vueltas al tema, haciendo listas de pros y contras, pensando y calentándome la cabeza como pocas veces había hecho hasta entonces. ¿Qué hago? ¿Qué quiero? ¿Qué camino debería escoger?

Una mañana paseaba por el parque hacia la cafetería de siempre, valorando cada opción, de repente por pura casualidad levanté la mirada y descubrí una gran pista en forma de eslogan publicitario en la fachada de un hotel:

—Hay más posibilidades en una casa grande

Enseguida lo comprendí, claro, parecía solo publicidad del centro de conferencias del hotel, pero en realidad era la señal que necesitaba, la respuesta que estaba buscando.

La aerolínea era la casa más grande.

2

Un par de noches antes del primer día de trabajo en la cuarta planta de Nordic Air soñé con Tom, el presidente de la aerolínea. Habíamos coincidido brevemente algunas veces, la más larga había sido en la entrevista de trabajo. Nunca había pensado en él más que como en un potencial jefe, pero de repente ahí apareció, mientras dormía, en mis sueños. Yo llevaba lencería roja, esas prendas que dejan poco espacio a la imaginación, él estaba muy cerca de mí y empezaba a tocarme. Yo me sentía incómoda, ¿no era eso algo parecido a acoso sexual?

Cuando me desperté estaba inquieta. ¿Qué está pasando en mi inconsciente para construir escenas como esa? Me había separado hace poco de mi última pareja así que en cierto sentido el tema de los hombres estaba muy presente, aunque aquello me pareció algo entre excesivo y fuera de lugar. Me calmé mientras me decía que solo había sido un sueño, y que tal vez no merecía la pena darle mayor importancia.

El primer día de trabajo en la planta de la dirección fue el viernes, 8 de febrero. Mi nueva jefa, la directora de comunicación Ilse, había colocado un ramo de tulipanes amarillos y violetas sobre mi mesa, un gesto muy amable por su parte. Margaret, la asistente de la dirección, con quien iba a compartir la enorme sala de la cuarta planta, se había ganado mi simpatía ya durante los breves encuentros previos y esa sensación aumentó a lo largo de las siguientes semanas —con algunas personas sientes desde el primer momento una afinidad especial, una especie de presagio sobre la amistad que va a aparecer pronto. Tom, el presidente de la compañía, era un cuarentón introvertido y serio que pasaba la mayor parte de la jornada encerrado en su oficina y en reuniones.

A Devon, el vicepresidente y el jefe de operaciones, ya le conocía de cuando yo era azafata y él director de aviación, instructor y formador de pilotos, y de vez en cuando también capitán de vuelo. Ahora como jefe de operaciones era el responsable de la navegación área, y todos los asuntos que tenían que ver con eso. A veces se burlaban de él llamándole piloto estrella —era espectacular como piloto y como hombre, el alma de la fiesta, alguien que disfruta siendo el centro de todas las miradas. Desde el principio me pareció amable, cariñoso y muy simpático. ¿Quizás era el tipo que gusta a todo el mundo? Ingenioso, brillante, siempre bromeando y regalando cumplidos atentos. Una se divertía y se reía con él, además estaba muy bueno, especialmente con el uniforme de capitán, claro.

Devon y Margaret fueron mis favoritos. Siempre que podíamos comíamos y lo pasábamos bien juntos. Encajamos a la perfección y eso se hacía evidente cuando entraba alguien en ese círculo nuestro tan especial. Eso le pasaba a Ilse cuando se unía en las comidas, la pobre no podía mantener el ritmo con nuestros juegos de palabras y bromas. Un silencio incómodo aparecía a veces, y su desorientado hacía que la conversación se esfumara. Al principio me daba un poco de pena, pero luego empecé a sorprenderme por el hecho de conectar con algunas personas de manera tan sencilla y rápida y sin embargo con otras es como si hablásemos en idiomas distintos, como si no hubiese ningún vínculo, nada de nada. Además, el hecho de no tener nada que ver con algunos, me hacía ver con más nitidez el fantástico valor de las conexiones auténticas.

Tampoco es que tuviera algo en contra de Ilse. Nuestra relación era algo anodina, no había nada negativo, pero tampoco nada positivo, nada de valor, aunque algunas veces logramos encontrar momentos entrañables después de mucho esfuerzo de las dos. Por ejemplo, cuando fuimos juntas a la feria de turismo y me preguntó si me arrepentía de haber dejado de volar al cambiarme al departamento de relaciones públicas.

—No... pero dime la verdad, ¿te facilito las cosas en el trabajo, o te las complico? —le pregunté.

—Sí, sí que es más sencillo desde que tu llegaste —respondió y yo me alegré.

Un lunes, a finales de febrero, pasé cuatro horas tortuosas en la silla del dentista y me liberaron de mi quinta muela de juicio —gracias al sentido del humor del universo, o qué sé yo de quién, yo tenía por alguna extraña razón más muelas del juicio de lo normal. Me recuperé tras un par de días en casa, revisando tranquilamente artículos para la revista de a bordo, y descubrí asombrada que echaba de menos ese trabajo, la buena compañía y aquellas tareas divertidas.

El jueves volví feliz a la oficina. Fui a saludar a todos los compañeros, uno por uno, y me encontré la puerta de la oficina de Devon cerrada. Él me enseñó la costumbre de saludar a todos dado que no le gustaba mucho que solo saludara a Ilse y a Margaret tanto al llegar como al marcharnos, pensaba que eso podría molestar al resto de los jefes y compañeros.

—Devon pasará la tarde en su casa. Esta mañana le sacaron un diente después de dos horas y media de intervención —me explicó Margaret al ver mi cara de extrañeza delante de la puerta.

—¿En serio? ¿Él también en el dentista? ¿Y esta coincidencia? ¿Es una especie de karma de la cuarta planta? —pregunté sorprendida.

—Espero que no —contestó Margaret mostrando su perfecta dentadura de piezas blancas y relucientes.

3

De vez en cuando me encontré ayudando en las fiestas de apertura de alguna nueva ruta. A finales de marzo, cuando se cambia la hora, se produce la transición al horario de verano y al horario veraniego de vuelos, las hubo a menudo. La apertura de nuevas rutas y reapertura de las rutas veraniegas solían ser pequeñas recepciones para periodistas y colaboradores con algunos discursos, corte de cinta, aperitivos y bebidas. En esos actos conocí a varios compañeros simpáticos de la división financiera y comercio con quien no había coincidido antes. Las relaciones entre la tripulación, es decir, el personal que volaba y su sindicato, y la gente de la oficina no eran demasiado afectuosas ni estrechas, pasa en muchas otras compañías aéreas.

A Emma, la asistente del vicepresidente de la división comercial y financiera, la conocí ya antes, y era un sol. Mientras el director de ventas, Egert, con quien formaban un tándem que rebosaba alegría y un fantástico sentido del humor, fue un descubrimiento totalmente nuevo para mí.

En un día de fiesta un poco más especial, después de la rueda de prensa donde se anunció que Nordic Air iba a arrendar desde Canadá unos cuantos nuevos Bombardier CRJ900 Next Gen aviones, estaba yo subiendo escaleras en mi falda de volantes y zapatos de tacón. Detrás de mí vino Devon, estaba en el uniforme de capitán, animado y más rápido que yo, y me alcanzó.

—Hola.

En ese momento me tropecé, y pude mantenerme de pie a duras penas.

—Vaya con los hombres en uniforme... Solo hace falta que abran la boca y las chicas caen rendidas a sus pies —despaché la situación con una broma rápida en cuanto me había recuperado del susto.

Devon se rio.

Al llegar a mi mesa abrí la ventana de Skype.

—Ni te imaginas qué acaba de pasar justo ahora —Devon vino de volar y me saludó en la escalera, yo me tropecé en el mismo momento y casi me caigo de frente y me rompo el cuello, menos mal que sobreviví... ¡Es que las chicas caen rendidas a los pies de los hombres con uniforme! —escribí a mi mejor amiga Berit.

—¡Jajaja! Por cierto, yo también me crucé antes en la tienda con un piloto, pero afortunadamente no me saludó así que yo me quedé de pie —llegó la respuesta rápida de Berit.

Reaccioné con un emoticono de sonrisa amplia.

—Y, ¿sabes qué? Últimamente me cuesta levantarme por las mañanas. La razón evidente son los sueños enigmáticos con gente interesante. De esos que te hacen ronronear... es decir, soñé OTRA VEZ con Tom. Fue un sueño muy interesante, me hizo sentirme como... sentí calor, simpatía, su afecto, en el sueño yo SABÍA que le gustaba —seguí.

—Pues mi experiencia dice que, si sueñas demasiado con un hombre, esto acabará ya se sabe cómo... Yo soñaba con Adrián todo el tiempo, besándonos en distintos lugares antes de empezar nuestra relación.

—Lo sé, también pensé en tu experiencia, pero no creo... No lo veo así para nada... y no estoy segura ni de que se haya parado a pensar mucho en mí, es bastante reservado, no sonrío

mucho, no parece un tipo simple y la verdad es que nunca hemos llegado más que a alguna conversación trivial... pero vete tú a saber, quizás el universo tiene un plan, una misión, una manera de ver esto...

Berit contestó con un emoticono sonriente.

—Y estrategia... Me parece que he estado ayudando demasiado a Ilse para escribir la nueva estrategia de comunicación ya que esa terminología se cuela hasta ahí.

—Desde luego la posibilidad de que sea un sueño premonitorio, o de que alguien esté pensando en ti y esos pensamientos y sentimientos sean tan intensos que irrumpen hasta en tus sueños, es intrigante. Aunque siempre quedará la posibilidad esa de que los sueños se hagan realidad, o de que se trata solo de coincidencias fascinantes, el eco de en el inconsciente de algunas impresiones y pensamientos —reflexionó Berit.

4

Igual que el tema de los sueños también la llegada de la crisis económica me hizo pensar cuál era la causa y cuál el efecto, qué fue antes y qué fue después. ¿Cuánto tenía que ver todo esto con la lógica usual de los ciclos económicos (que a la subida le sigue la bajada y a la bajada le sigue una nueva subida - bastante elemental, ¿no?) y cuánto con la inconciencia colectiva, emociones, pánico y las consecuencias de ello? ¿Fue el pánico el resultado de que la gente vio que las cosas empezaban a ir mal o era la causa por la que empezaron a ir mal, —alguien en algún lugar entró en pánico y cuando se expandió, las cosas se pusieron peor en los mercados financieros? ¿O fue todo a la vez?

En todo caso la crisis económica golpeó de manera dolorosa también a la aviación. La mayoría de los trabajadores de la compañía no fueron sabían de las reuniones urgentes que se celebraron una tras otra en la sala de la cuarta planta. Tom, Devon y la nueva vicepresidenta de la división financiera y comercial, Mía, solían bromear antes de alguna mientras esperaban a los que se retrasaban, pero las pequeñas arrugas de la preocupación seguían entre sus cejas aun cuando se reían.

Los trabajadores ubicados en las plantas más bajas se enteraron de la gravedad de la situación el día que todo el personal de las oficinas fue convocado en la sala de la segunda planta. Tom, Devon y Mía explicaron con mucha tranquilidad la situación económica de la compañía, y terminaron su discurso con la propuesta de reducir los sueldos a la plantilla. Subrayaron que sería un proceso voluntario, que con cada uno se acordaría una cláusula a su contrato, y aunque el sueldo bajaría esto se compensaría con algunos días libres extra.

Me encantó cómo Tom, Devon y Mía lo hicieron —muy tranquilos y sensatos. Explicando el contexto y argumentando cada punto.

Nadie estaba contento, pero cuando después de la exposición de la dirección preguntaron algunas cosas, la mayoría entendió la situación y el por qué. Los periódicos estaban llenos de pavor por la crisis económica, una noticia tras otra sobre los recortes en los presupuestos y los sueldos y que el contexto no parecía mejorar.

Observé cómo me sentí. Yo tampoco me alegré, pero si tuviese que elegir entre un tanto por ciento menos de sueldo y un puesto de trabajo estable o el mismo sueldo con el riesgo que la aerolínea nacional no sobreviviera la crisis, pues... la elección no fue difícil. Aún más con unos días libres extra, ya que había oído entre mis amistades y conocidos que en sus empresas cortaron sueldos, pero no ofrecieron nada a cambio. Y eso en negocios que gozaban de beneficios — Nordic Air, sin embargo, como la gran mayoría de las compañías aéreas regionales de Europa, llevaba años sufriendo fuertes pérdidas.

5

Viajar como trabajadora de una aerolínea era más barato y un tanto más rico en aventuras que para una turista normal. A menudo me pareció que a muchos de nosotros nos motivaron más los descuentos para viajar y las aventuras que el sueldo en sí.

Los precios bajos y las condiciones flexibles de los billetes de avión iban acompañados del hecho de ser viajera *stand-by* o sea, se puede subir al avión solo si hay asientos libres. A veces había menos tensión alrededor de este asunto —se podía mirar la existencia de asientos libres por un programa del ordenador y si unos días antes del viaje había más de diez asientos libres, podías estar bastante tranquila ya que ibas a subir —y otras veces, que eran más, era bastante frecuente que los compañeros no sabían al empezar sus vacaciones dónde iban a acabar, si en Asia o en alguna isla caribeña. Todo dependía del avión que tuviera asientos libres. Eso sí, algunas veces tenías que volverte a casa con las maletas.

Aquel jueves de mayo, cuando fuimos con Berit hacia el aeropuerto, el estado de los vuelos a París era esperanzador y embarcamos sin problemas. Disfruté de todo lo que sigue al abrochar los cinturones y de esa alegría insensata que me causan los aviones, el volar y todo lo que tenga que ver con ese mundo. Además, estábamos eufóricas porque íbamos a París —ninguna de las dos había estado ahí antes, pero de adolescentes habíamos leído muchas veces “Arco de triunfo” de Remarque y nos hechizó. Y ahora... París, ¡por fin!

El sábado por la noche, cenando y tomando vino rosado con nuestro buen amigo Edward y su novio francés Pierre, imponente, alto, pelo rizado y con un inglés que casi ni parecía francés él, junto a Sena en el restaurante La Fourmi Ailée, estábamos aún más emocionadas que al llegar.

—Las expectativas son un asunto sospechoso y fui consciente del peligro de venir aquí con unas demasiado altas y decepcionarme, pero ¡París es verdaderamente fabuloso! Una ciudad como a mí me gustan —afirmé contenta.

—Pensé con cierta preocupación en qué me iba a decepcionar, pero la verdad es que estoy pasándolo muy, pero que muy bien. Es exactamente como lo imaginé, saún mejor diría. ¡Y los castaños rosados están en flor! —se unió Berit a mi regocijo.

Ed y Pierre se miraron y sonrieron.

—Entiendo que vosotros os entusiasméis menos —me reí.

—Pues sí, esta ciudad ya no nos hace suspirar cada dos por tres, pero estamos muy bien aquí —me sonrió Ed—. Bueno, ¿qué habéis hecho ya por aquí?

—Bebimos una copa de vino rosado en una cafetería en los Campos Eliseos y subimos el Arco de Triunfo, los 284 escalones fueron bastante fáciles y ¡la vista era impresionante! Pasamos por el cementerio de Pere Lachaise, vimos las tumbas de Wieralt y Wilde... La zona de Marais’ fue linda y ahí hubo una cafetería, Les Philosophes, donde tomamos un café latte especialmente bueno. Paseamos por las rutas de Hemingway en la orilla izquierda, fue fantástico... Bueno, y luego fuimos de compras por Rue de Rivoli.

—Y vimos una cantidad exagerada de gente guapa y elegante, hay tanto estilo por aquí —añadió Berit.

—Sí, a mí también me gustaría ser parisina, *parisienne* —dije fantaseando.

Pierre me sonrió y dijo: —Pero ya lo eres, un poco al menos.

Le agradecí el cumplido sonriéndole.

Después de la cena dimos un paseo largo, parándonos a los pies de la torre Eiffel iluminada. La cola para comprar entradas era larguísima a pesar de lo tarde que era, así que descartamos el plan de subir. Estábamos charlando los cuatro cuando una pareja enamorada, dirigiéndose hacia la escalera del restaurante, llamó nuestra atención.

—Oh, mi amor, al restaurante de la torre Eiffel... ¿de verdad? imitó Pierre con voz aguda la posible frase de la mujer, y nos reímos los cuatro mirándonos.

—Fue un fin de semana largo genial... Pero me arrepiente un poco de no haber subido —le confesé a Berit el día siguiente, volviendo a casa.

—Sí, lo fue... A mí me pasa lo mismo —respondió Berit que enseguida supo de qué le estaba hablando.

—Pero ¿sabes qué?, estaba pensando que como París es seguramente el destino más romántico, me hice la promesa de volver con el gran amor de mi vida, con mi alma gemela, y subiremos juntos a la Torre Eiffel para cenar en el restaurante.

—¡Es una idea maravillosa!

Al volver a la oficina el lunes por la mañana estaba especialmente afectada. París, todas las impresiones fantásticas y el hecho de que esa ciudad era una fiesta, resonaba en mi alma con una cadencia nostálgica, aunque también me gustó estar de vuelta e ir a trabajar. Más porque a mi tarea habitual, la gestión de la revista a bordo se había añadido la de llevar y actualizar las redes sociales —la página de Facebook y el blog, lo que me hizo sentir orgullosa ya que la idea de su creación era mía y Tom me apoyó enseguida. Yendo a la oficina pensé en la frase que dice que la felicidad es cuando por la mañana quieres ir a trabajar y por la noche volver a casa, y parafraseé con inspiración en mi mente que la felicidad también es cuando quieres viajar y volver a casa después.

La suerte atrae a la suerte. Mi felicidad fue en aumento cuando nos juntamos a comer Devon, Margaret y Karl, el jefe de AMN, la empresa de mantenimiento de nuestra flota. Karl era mayor y extremadamente seductor, con un sentido del humor lujurioso y a la vez encantador. Otra persona más que me resultaba muy simpática sin una razón aparente ya mucho antes de que él dijera que yo era muy bella —esto me llegó, ya que las mujeres aman con los oídos y yo era un poco adicta a los cumplidos.

Así que brillé en la compañía de gente amable y compartí mis impresiones de París, nos reímos mucho.

—Igual debería volar también a algún lugar si esto sienta tan bien. Un par de amigos acabaron de invitarme a Inglaterra a jugar al golf —dijo Devon.

—¡Qué gran idea! Yo también pensé en que el próximo viaje podría ser Londres para ir de compras —me entusiasmé.

—Bien, entonces mis amigos pueden jugar solos al golf —dijo Devon con un brillo sagaz en los ojos.

—Sí, y nosotros podemos ir de compras juntos —desvié la broma sorprendida después de una pequeña pausa.

6

Si adoras tu trabajo tienes suficiente con descansar cada día un poco y los fines de semana, pero el sistema y las leyes ordenan que todo el mundo debe descansar al menos 28 días al año. Nordic Air posibilitó a sus trabajadores unos días extra de vacaciones al año, a los que se sumaron ahora los días por la reducción del sueldo.

No quería malgastar los meses de verano yéndome de la tierra patria, a la vez que quedarme en la capital no ayudaba en la sensación de vacaciones. Encontré el término medio —alquilé una habitación en la mansión de un compañero de la universidad en un idílico pueblo costero y me dediqué durante una semana entera a nadar, tomar el sol, caminar y leer buenos libros en una hamaca. También a dormir mucho, a comer bien y beber mejor en los bares encantadoras del lugar.

El final de mis vacaciones coincidió con la fiesta del fuego del Festival de Canto y Danza en el puerto deportivo. Fue una noche espectacular, el mar en calma y el cielo azul. Lo pasé bien con los amigos que hice allí, hombres barbudos que me llevaron de excursión en una vieja barca de madera que transportaba la llama del Festival, y para terminar Jaan Tätte^[1] cantó: —No sé si estoy de camino al mar o a la tierra... —que se escuchaba desde la otra orilla del lago y atravesaba el alma. Extraordinario.

Caminando de vuelta a casa me llamó Greta, mi tía favorita, con quien compartí aquellas impresiones y emociones que tanto resonaban en mi alma.

—También tuviste suerte con el tiempo.

—Exacto, ¡fue maravilloso! Todos despejado y el sol brillando, aire caliente y el mar templado

—Parece que le has caído en gracia a Dios —se rio.

Fue una idea interesante y me persiguió durante un buen rato. Sí, era feliz... Y el dicho “dónde hay, siempre habrá más” parecía cumplirse.

Fue maravilloso estar de vuelta en la oficina, reencontrarme con mis queridos compañeros de trabajo y disfrutar de los cumplidos por el tono de piel y por mi rostro descansado. Ahora era el turno de Ilse para descansar, y me tocaba asumir sus tareas durante unos días. Había pendientes bastantes preguntas de la prensa, lo que se me juntó con la gestión del siguiente número de la revista y las actualizaciones periódicas del blog y del perfil institucional de Facebook. Traté de no pensar en el hecho de que durante mis vacaciones Ilse prácticamente no tuvo que ocuparse de mis tareas, ya que la revista se publicó cuatro veces al año, cada tres meses, y con la ayuda de la profesionalidad, la exactitud y la rapidez de Margaret, que revisó los textos en inglés, pude hacerlo todo sin la intervención de Ilse, mientras yo sí que tenía que ocuparme de sus tareas, aunque esa pequeña injusticia me molestaba bastante.

Por otro lado, gracias a las preguntas de los periodistas me relacioné mucho más con Tom, Devon y Mía, y experimenté cierta sensación de éxito profesional, nos entendíamos bien y el equipo iba sobre ruedas. Me sentí competente y disfruté de ello.

Los periodistas plantearon preguntas incómodas y directas sobre el hecho de que los aviones nuevos, que fueron anunciados en primavera, aún no estaba operativos a principios del verano. Las respuestas que pulimos con mucho esmero entre Tom, Devon y yo fueron obras maestras de la corrección política y la diplomacia. La crisis económica cada vez más profunda dificultaba financiación de la transacción de los aviones y las negociaciones sobre las condiciones del acuerdo iban de un atasco a otro. La dirección trabajó incansablemente para solucionarlo y hasta que se vislumbró un camino claro para arreglar la situación no quisieron darles más razones a los medios, ya de por sí muy críticos, para que añadieran más leña al fuego. Pero la empresa no podía mentir ni dejar de contestar a los medios, así que decidimos hablar de los vuelos de ensayo en Canadá, con imágenes del nuevo avión y los colores corporativos con las mejores tonalidades, porque la verdad era que los aviones estaban ya casi a punto.

Otro factor que complicaba las cosas fue Baltic Air, el rival más agresivo de la competencia y su política de difamar y atacar a nuestra compañía con cualquier comentario o noticia. Los valores esenciales de Nordic Air eran la diligencia y la dignidad y nunca se pusieron a su nivel para responder con lo mismo. Pero las malas artes e intenciones de esa competencia tan salvaje, y sobre todo las horas extra que suponían me atormentaron durante una buena temporada.

A la vez me preocupaba un poco mi pequeña crisis financiera —mi coche se estropeó y tuve que llevarlo al mecánico. Un miércoles lo hablamos con Margaret y Devon en la comida.

—La comunicación es muy importante también en esta área —anoté después de haberles dado un pequeño resumen.

—¿En qué sentido? —preguntó Margaret divertida.

—Pues, aunque por un lado creo que en el taller saben lo que hacen, por el otro me siento un tanto insegura —no sé de este tema tanto como me gustaría y en el taller trabajan hombres de pocas palabras, que no te explican mucho las cosas —dije.

—Y si te lo explicaran, ¿qué sacarías de esto? Si no te sientes cómoda en ese tema —preguntó

Devon.

—Como no soy especialista en mecánica, está claro que me podrían estar contando lo que quisieran, y yo estaría más contenta que ahora. Especialmente si con todo ello viene una buena solución, o sea, un coche que funciona.

—¿Podemos ver aquí paralelismo por ejemplo con... no sé, digamos... la aviación? — preguntó Devon avisado.

—Sí, creo que sí —me reí—. Probablemente pasa en muchas áreas, que la gente aguanta mejor los problemas si saben, o al menos si tienen la ilusión de saber qué está pasando.

—Habla con ellos —soltó Margaret una de sus frases favoritas.

Le sonreí.

—Sí, uno de mis lemas dice más o menos lo mismo: la base de las relaciones felices es la comunicación abierta. Aplicable tanto en la vida profesional como privada.

8

Hubo más y más comidas alegres donde compartíamos las impresiones del fin de semana, ideas interesantes, chistes y bromas. En agosto había leído una frase sobre el poder de las palabras y el deseo —pide y se te dará - estaba fascinada con esa idea y un día, cuando Karl estuvo comiendo con nosotros, lo compartí con el grupo. Karl respondió con el siguiente chiste.

Un hombre va de visita a la casa de su amigo. Un tipo pequeño desconocido, con una corona en la cabeza, le abre la puerta. El hombre piensa que es un familiar o algo así y entra. Ve que el amigo restriega una lámpara de cobre y le pregunta: —¿Qué haces?

El amigo contesta que es una lámpara mágica con un genio que cumple todos tus deseos. El hombre prueba también —frota la lámpara, se aparece el genio y el hombre pide el deseo, a lo que el genio: —Tus deseos son órdenes.

El hombre va corriendo al baño y vuelve enfadado. Le pregunta al amigo: —Oye, ¿ese genio tuyo está borracho o qué? ¡Estoy seguro de no haber pedido una bañera llena de maíz^[2]!

—El amigo contesta: —Borracho, sí, yo tampoco quise un rey de medio metro^[3]...

Todos nos reímos.

Una semana después era la fiesta de despedida de la directora de recursos humanos, una mujer preciosa y amable de ojos brillantes y piel y pelo oscuros. Fuimos con Devon al centro de la ciudad a comprar flores ya que él tenía que pasar por el banco y me pidió que lo acompañara, él no sabía nada de flores y mucho menos elegir las correctas para la ocasión.

—Entonces te espero —dije al bajar de su flamante Audi negro junto al centro comercial.

—Entonces vengo.

Nos miramos y empezamos a reírnos.

—Suena a escena de alguna obra de teatro aficionado —anotó Devon y volvimos a reírnos.

Al volver Devon dijo que necesita pasar por la terminal.

—Vale! Me encantan los aeropuertos... Siempre me hacen querer volar a algún lado.

—Pues a mí me hacen simplemente querer volar.

—¿Cuánto tiempo llevas volando?

—Mucho.

—¿Te gusta?

—Gustar es decir poco, es más bien una necesidad, una parte inherente de mí.

—¿Una pasión? ¿Una obligación interna?

—Sí, se puede decir que sí. No sé qué sería de mí si no pilotase aviones. Ahora, como miembro de la dirección tengo menos rutas, así que por las noches voy a menudo a pilotar avionetas y a enseñar, si no, la vida me sabe a poco.

Pensé un momento.

—A mí me pasa algo parecido con las relaciones y la escritura. Es muy inspirador que tú tengas esa misma sensación...

Me miró de reojo.

—¿Lo crees?

Le devolví la mirada.

—Sí.

A finales de agosto hicimos una escapada urbana a Londres con Berit. Fue un fin de semana largo fantástico: nos quedamos con amigas, Kairi y Laila, dos rubias divertidas que estudiaban y trabajaban ahí. Visitamos todos los puntos de interés turístico obligatorios y alternamos por parques, fiestas y restaurantes.

El jueves por la noche tras la llegada cenamos en el Young Cheng en Chinatown. Todos los clientes, excepto nosotras, eran chinos, lo interpretamos como una buena señal de la calidad de la comida, y no nos decepcionaron. El viernes sacamos las fotos de rigor del Big Ben y subimos al London Eye, después descansamos en el magnífico parque de St. James con los sándwiches deliciosos de Pret-A-Manger y un café latte, y por la noche paseamos por el Soho. El sábado hicimos día de shopping: Oxford Street fue espléndido, aunque en HMV había demasiadas películas y discos tentadores, igual que libros en Waterstone, y no quiero ni mencionar lo de las tiendas de ropa y calzado. Tuvimos que descansar de ellas en Starbucks y recuperar fuerzas con enormes y deliciosos cafés lattes. Por la noche en Camden disfrutamos primero con *fish & chips* y *ale* en un típico pub inglés y después seguimos gozando con desconocidos grupos musicales en The Dublin Castle.

De vuelta a casa, en un estado total de agotamiento y felicidad, le pregunté a Berit si conocía el juego de tres preguntas que te ayuda rápidamente conocer si eres compatible con la persona o no.

—No. ¿Qué juego es ese?

—Tienes que contestar a tres preguntas. A la última no pude contestar antes de este viaje.

—¿Y las preguntas son...?

—¿Gato o perro? ¿Maleta o mochila? ¿London o París?

—Hum... perro y maleta, pero la pregunta de las ciudades es complicada, no sé cuál de ellas me gusta más.

—Sí, lo mismo me pasa a mí —tengo un gato, en sentido del estilo de vida elijo antes la maleta, aunque haya hecho la mayoría de mis viajes con una pequeña mochila... y ciudades... las dos son maravillosas, pero me quedo con París.

9

Un viernes por la noche, a finales de septiembre, fui con Devon al sur de Estonia —su casa de campo estaba cerca de Otepää y yo tenía una fiesta en Tartu con los compañeros de la universidad. La semana anterior acabamos los dos comiendo a solas, hubo muchos chistes pícaros entre nosotros, y me dejó una sensación muy bonita y agradable. En el viaje largo en coche, sin embargo, todo fue distinto, él estaba más serio y la conversación fue agradable también, pero mucho más correcta.

Estábamos hablando sobre cómo con algunas personas existe una afinidad casi espontánea mientras que con otros eso no ocurre nunca, cuando de repente me vinieron las imágenes del sueño que había tenido con él. Le miré por un momento, me miró, vi la belleza de sus ojos. Le sonreí decidiendo que era mejor no hablar de eso, no era el momento.

El sueño había sido precioso y muy revelador: Devon me llevaba a volar con el avión hinchable de las promociones publicitarias, uno que estaba medio vacío en la oficina de Ilse encima de la caja de los regalos corporativos, seguramente era de ahí de donde mi subconsciente lo recogió. Cerca de Padise el avión comenzó a perder aire y a descender. Aterrizamos suavemente, llevamos el avión al taller, donde los mecánicos nos prometieron ponerle parches y llenarlo de nuevo, y después fuimos al palacio de Laitse a beber coñac.

Más tardé soñé que bailábamos un vals en una sala enorme con lámparas de araña y suelo elegante de madera, él me sujetaba con fuerza, me sentí especialmente joven, esbelta y bella, y supe que si él fuese más joven... ¡Oh, qué locura! ¿De dónde venía eso? Adoro a mi subconsciente.

Mi alma tintineaba cuando bajé de su coche en frente de la cafetería Werner en la calle de Ülikool. Le deseé un buen fin de semana y le acompañé con la mirada hasta que desapareció. Entonces di la vuelta para entrar en la cafetería, al lado de la puerta de Werner hay una pared llena de carteles, mi mirada se quedó clavada en el texto de uno: —Los buenos pensamientos tienen ojos bellos. —Sonreí. ¡Qué frase más bonita!

Cuando una hora más tarde mis compañeros de la universidad me recogieron con su coche en Werner, yo continuaba en mi estado de ensoñación.

—¿Con quién visite a Tartu? —curioseó Brita.

—Con un colega de trabajo.

—¿Es guapo?

—Sí... Y muy simpático.

—Un conocido justo me dijo que “simpático” se dice sobre las personas con quien no quieres acostarte —anunció Arabella.

—Thor, eres la única persona simpática en este coche —soltó muy audaz Risto al volante.

Nos estuvimos riendo durante un buen rato.

10

Mis compañeros de trabajo empezaron a burlarse llamándome adicta a las escapadas urbanas, cuando al principio de octubre fui con Arabella a disfrutar el fin de semana largo a Barcelona. Pero era verdad que ese formato de vacaciones cortas encajaba conmigo de maravilla. También me enamoré de esta ciudad. Barcelona es una ciudad espléndida: temperatura ideal, un sol brillante, un mar Mediterráneo cálido y unas playas de arena fina preciosas, marisco espectacular y sangría, la original arquitectura de Gaudí, el mercado La Boqueria, el ambiente de las Ramblas, las vistas desde el balcón de nuestro apartamento alquilado... ¡Ah!

Al volver el lunes el avión estaba bastante lleno y nos sentaron separadas en asientos libres. A mi lado se sentó una mujer joven con su niño pequeño, le ayudé a entretener al niño y empezamos a hablar de la vida y de las relaciones. Ella estaba casada con un británico de Brighton, que temporalmente trabajaba en Barcelona, por eso vivían ahí, y que ella iba a visitar a sus padres en Estonia.

—Es curioso, que estuve con mi ex durante muchos años, pero nunca tuve la sensación de querer casarme o tener hijos. Pero entonces conocí a mi marido y todo fluyó por sí solo, naturalmente... Eso te hace casi creer que con la persona adecuada las cosas simplemente pasan de verdad —dijo pensativa. Pensé en mi ex y no pude hacer otra cosa que estar de acuerdo con ella.

Durante la semana siguiente, en las plantas inferiores de la oficina, reinaba el desasosiego —a mí también me llegaron los preocupantes rumores sobre la nueva directora de servicio. Escuché las historias de los que habían tenido contacto con ella, pero mantenía mis reservas, prefiriendo relacionarme sin prejuicios y confiando en mis propias experiencias.

El viernes se celebró la reunión sobre el nuevo concepto de los servicios a bordo, adonde yo también estaba invitada. Fui con el corazón tranquilo ya que sabía que la revista funcionaba bien y no necesitaba ninguna reforma —fue muy leída, la valoración de los lectores era positiva y los números de la venta de publicidad buenos, la revista fue un canal de publicidad atractivo y, a pesar de la crisis económica, seguía teniendo beneficios —a través de los compañeros de la universidad que trabajaban en las editoriales sabía que eso se podía decir sobre muy pocas revistas.

Me encontré sentada en la mesa grande en frente de la nueva directora de servicio, Annabel, y de repente comenzó su ataque frontal.

—¿Y tú quién eres?

—Soy responsable de la revista a bordo de Nordic Air y sus redes sociales.

—Fíjate... Pero ¿para qué necesitamos una revista a bordo?

Por un momento me quedé muda. ¿Cómo de estúpida tiene que ser la persona para hacer una pregunta así? Y, además, ¿a qué venía esa prepotencia cuando acababa de llegar? Hasta las compañías aéreas de bajo coste, donde lo ofrecido a bordo se había reducido a lo mínimo, tenían su revista. Pero me recuperé rápido.

—Es un canal importante de comunicación y marketing de nuestra empresa donde informamos sobre lo ofrecido a bordo y sobre Nordic Air, igual que sobre las rutas —con los tentadores artículos de viajes avivamos el deseo de los viajeros a de seguir viajando con la compañía a algunos de nuestros destinos. Además, es un canal efectivo para dar a conocer y vender Estonia como destino turístico —para muchos extranjeros es el primer contacto con nuestra tierra y somos responsables de su primera impresión, y con la publicación también aumentamos los beneficios —disparé.

Annabel pareció un poco sorprendida, puede que no esperaba que me recobrará tan pronto, pero continuó disparando.

—No obstante, me gustaría tener un estudio más detallado sobre cómo funciona todo esto y de qué se trata esa revista a bordo exactamente —esto no es suficiente para ir a la dirección —soltó con arrogancia.

—Pues, te mandaré al mail un informe más detallado sobre el contenido y los números. Y la dirección sabe muy bien de qué trata una revista de a bordo —dije tranquila. Sentí lo recta que estaba mi espalda y la miré directamente en los ojos. Era evidente que no sabía con quién estaba hablando.

Al salir de la reunión, sin embargo, noté un cierto temblor en las manos. Eran las cinco, así que recogí mis cosas, al llegar al coche, marqué el número de Margaret que estaba de vacaciones.

—Increíble —dijo cuando le había soltado de golpe lo que acababa de ocurrir.

—Pues sí... Yo de verdad pensaba no tener prejuicios contra esa mujer, más bien creía que los demás estaban exagerando, estaba preparada pensar bien de ella y... ¡Entonces me sale con esas formas!

—Pero le respondiste perfecto, ¡bien hecho!

—Gracias, necesitaba escucharlo

La misma noche me junté en el Chicago con mis compañeros de la universidad. Compartí con ellos también los sucesos del día, cuando a la mesa de al lado llegaron Mia, Annabel y una rubia muy linda. Mia me vio y vino enseguida a hablar conmigo.

—¡Tú también aquí!

—Sí, con los compañeros de la universidad...

—Nosotras tres trabajamos juntas antes y también salimos para charlar un poco, de vez en cuando solemos hacerlo. El resto de los bares de la ciudad vieja estaban medio vacíos, pero aquí ¡hay tanta gente!

—Sí, el lugar es bastante nuevo y a mí me encanta. Buenos cócteles, comida rica y buen servicio y muchas noches música en directo. Pero me sorprende que otros lugares estuvieran vacíos.

—Pues las consecuencias de la crisis económica o quién sabe... pero bueno, ¡disfruta de la noche!

Mia volvió a su mesa y yo continúe con el grupo mientras juntaba las piezas del puzle en mi cabeza. Así que Mia y Annabel eran amigas y viejas compañeras de trabajo... Muy interesante.

El domingo me levanté inexplicablemente temprano. Llegué a la pista de hielo un poco antes de las diez, Tom ya estaba ahí. Había poca gente en los asientos, él me vio e hizo una señal con la mano para que me sentara a su lado.

Estábamos viendo hockey sobre el hielo en sillas de ruedas y charlamos amablemente, él pareció mucho más sencillo y relajado que en la oficina. A Estonia no le fue bien sobre el hielo, el equipo de Noruega comenzó ganando con rapidez y fueron claramente mejores, por algo era el país más fuerte del hockey sobre el hielo en sillas de ruedas. Comentamos el partido y pensamos que era una especie de recordatorio sobre el hecho de que la mayor parte de los problemas diarios de la gente sana eran pseudoproblemas y esos deportistas merecían muchísimo respeto... Y, por supuesto, el apoyo de la empresa, la razón por la cual estábamos ahí.

En el descanso fuimos a la cafetería, Tom tomó un café y yo un té.

—Por cierto, ¿has visto el borrador de tu editorial? —recordé entonces que Tom me pidió ayuda para escribir el editorial de la revista y yo había escrito algo el viernes y se lo mandé.

—¡Sí! ¡Era muy bueno! —se espabiló Tom. Y añadió entonces: —Para serte sincero tu estilo me agrada bastante más que las cosas escritas por Ilse.

Me sentí apreciada. Por un segundo se me pasó por la cabeza comentarle el incidente con la nueva directora de servicio, pero lo dejé pasar, tuve la sensación de que no era momento de compartir aquel momento desagradable.

Después del partido Tom firmó con solemnidad el contrato de apoyo del equipo de hockey sobre el hielo y lo mismo hicieron dos empresas de telecomunicaciones. Saqué un par de fotos y seguí la ceremonia, cuando todo se había acabado, nos despedimos y cada uno se fue por su lado. Me giré por un instante para verle atravesar encorvado la tormenta de nieve hacia su coche, esa imagen dejó una sensación extrañamente tierna en mí.

Fui al Boheem, una camarera muy amable me sirvió *café latte* en una preciosa taza con rayas, lo bebí con ganas, mientras volcaba las fotos al portátil y escribía una entrada de la ceremonia para el blog. Subí el texto y lo compartí también por Facebook. ¡Ah, me encantaban ese tipo de tareas!

Levanté la mirada, fuera nevaba, al lado de la ventana había una foto grande con un poema de Elo-Mall Toomet^[4]. Lo leí y me fascinó.

*to get it
to the sunlight
sometimes takes walking
dangerous paths
where good folks
simply don't go*

11

De vez en cuando me gusta jugar a escoger un libro nuevo e interesante, o de repente uno viejo y querido, y abrirlo al azar. Mirar qué encuentro ahí, y ver si esas líneas casuales son realmente tan casuales o encajan con el momento.

En esa oscura noche de noviembre mi mano escogió de la estantería bajo la luz deslumbrante de mi acogedor hogar “La forma del tiempo” de Doris Kareva^[5]. Lo abrí al azar y leí...

*Todo lo que necesitas vendrá a ti
de una manera velada u otra.
Si lo reconoces
será tuyo,*

*Todo lo que quieres vendrá a ti,
Te reconocerá y será parte de ti.
Respira, cuenta hasta diez.*

El precio se sabrá más tarde.

Estaba embelesada. Un poema precioso. Y aunque Kareva era una de mis favoritas desde hace tiempo, no había descubierto aquella obra maestra hasta ahora. Me tocó el alma, últimamente era muy sensible tanto a la belleza visual como verbal.

Por la noche soñé de nuevo con Devon, me llevaba a volar con la avioneta y me apretaba fuerte mientras maniobraba haciendo acrobacias en el aire. Me desperté con muy buena sensación.

Cuando fuimos a comer al día siguiente esa sensación seguía conmigo. Nos servimos y acabamos de sentarnos en la mesa, entonces pasó Emma, nos vio, vino a mí y dijo sonriendo amablemente: —Me dijo Margaret que también tuviste un incidente con Annabel. ¡Felicidades! ¿La aerolínea de verdad necesita una revista a bordo?

Cuando Emma se fue, Devon me estaba mirando con ojos grandes.

—¿Qué pasó?

Le hice un resumen de la reunión, eligiendo muy bien las palabras e intentando mantener la neutralidad.

—Pero... ¿Por qué no viniste enseguida a contármelo?

—Hubiese sido infantil, ¿no? Pensé que igual lo podía gestionar yo sola. Además, tenía la sensación de que no hace falta explicarle a la dirección por qué una aerolínea necesita la revista a bordo.

—En ese sentido tienes razón. Pero podrías haber hablado de esto. Hubiese sabido mencionar a los nuevos miembros de la dirección que no hace falta reparar cosas que funcionan... Y además del contenido de la pregunta importa también la forma en la que se cuestionan las cosas.

Mi corazón se conmovió con aquel apoyo incondicional suyo.

Un par de noches más tarde volví a soñar con Devon, lo que poco a poco dejó de sorprenderme.

Yo cabalgaba con un caballo negro precioso hacia un supermercado en un suburbio —al principio iba por la autovía y luego por una pradera verde y frondosa. Me encontraba con un par de amigos que habían alquilado una avioneta de un naranja metálico. El siguiente en parecer era mi amigo Risto que me invitó a su caravana para contarme cosas del corazón. En su caravana estaba su padre que pintaba de prisa un retrato de nosotros dos.

Por la mañana estaba igual de asombrada que divertida —¿de qué iba todo esto? ¡Es impresionante!, mi imaginación era tan creativa. Luego me pregunté si debía buscar en Google lo que simbolizaban aquellos detalles de mi sueño, pero decidí no hacerlo. Lo realmente importante era solo lo que significaban para mí y qué tipo de emociones me provocaba todo esto.

El final de noviembre llegó con una gran tormenta de nieve así que dejé a mi coche delante de mi casa como un duendecillo del jardín, y fui a la oficina en tren. A pesar de lo resbaladizo que estaba el suelo llegué bien casi hasta la oficina, pero unos metros antes de la puerta me resbalé y me caí de culo. Estaba un tanto indignada, pero a la vez me pareció muy divertido, ya que iba pensando en el último sueño y de repente me di cuenta de que Mr. Devon suena como *Mr. The One*, el Elegido, el Alma Gemela, y al revés. ¡Si no hubiese estado ya tumbada en el suelo me hubiese caído seguro al descubrirlo!

12

Para el comienzo de diciembre tuvo un problema de visión, así que un día, cuando fui a su despacho, puso sobre la mesa unas gotas para los ojos y me dijo que necesita mi ayuda.

—¿Quieres jugar a los médicos? —no pude dejar de bromear.

Devon se rio. —Básicamente, sí.

—Espero que el problema con la vista no interfiera en tu participación en la fiesta de Navidad. Abajo en la secretaría estaban preocupados ya que ni tú ni Tom habéis comprado entrada todavía.

—¿Tú ya has comprado la tuya?

—Sí, he comprado dos. Para mí y para mi pareja de baile.

—Vaya... Entonces no debería sorprenderte que ni Tom ni yo hayamos comprado las nuestras aún —dijo Devon. Otra vez ese brillo pícaro en los ojos que me solía dejar sin habla.

La fiesta de Navidad, que se celebró un viernes al principio de diciembre, fue muy bonita y jovial, dejó esa sensación de que la gente es bella y buena. Todo el mundo se había arreglado, los juegos eran divertidos, los canapés deliciosos, las bebidas de calidad, la compañía agradable y el baile hasta la medianoche al ritmo en vivo de Anne Veski y su “reina de jardín de rosas —y otras canciones, fue muy entretenido. En el sorteo gané el libro “101 fines de semana en Europa —Tom, Devon, Mia y Margaret se rieron de mi manera de celebrarlo, pero me sentí genial ganando, estaba realmente contenta.

Mia me regaló un par de cumplidos preciosos. Como ella era bellísima y deslumbrante, me agradó especialmente el hecho de que ella pensó lo mismo de mí. Pero cuando mencionó que parezco tan apacible y correcta, y a su lado la jefa del servicio de catering a bordo añadió que por ello debo sentirme tan sola en la cuarta planta, noté como alguien sonrió de manera maliciosa. Yo me sentía fenomenal ahí.

Dos días después, un domingo, hice escala en Copenhague para ir a una formación en Viena. Me quedé en un bonito hotel cerca del centro y de la calle de tiendas, cené en la compañía de unos amables italianos y una croata que también iban a la formación. Fuimos al encantador Café Sperl, escogí sopa de pollo con jengibre, strudel de manzana y bebí una *melange*. La tarta Sacher estaba igual de rica y el ponche sabía de maravilla.

Viena era muy agradable. Tenía la sensación de estar viviendo durante una semana la vida de otra persona (¿de una universitaria vienesa?). Escuché a menudo la canción “Take This Waltz” (*And I’ll dance with you in Vienna... ..*) de Leonard Cohen, que añadió ciertos matices al ambiente y se convirtió en la banda sonora de mi escapada.

El mercado navideño y la plaza de Ayuntamiento eran impresionantes. En el mercado bebí ponche de naranja (zumo de naranja con vino blanco, ron y especias), que estaba muy rico, y comí castañas asadas muy útiles para calentar las manos. El ponche lo servían en una taza bonita y el árbol de Navidad estaba lleno de luces rojas grandes en forma de corazones, de un quiosco se

escuchaba “All you Need Is Love” de The Beatles... Maravilloso.

El jueves nos llevaron de excursión por el edificio principal de la universidad de Viena, el patio interior y la sala de lectura de la biblioteca eran extraordinariamente bellas. Por la noche me encontré con un concierto en la iglesia de Mariahilfe, el coro se llamaba Heart y cantaron alegres canciones de góspel, - ¿el corazón canta de alegría?

En el barrio de fiestas, el Ron Con Soda ubicado en “el triángulo de Bermuda —donde festejamos en la penúltima noche, fue esplendido el bar cubano de cócteles, con una selección impresionante de ron y caipiriñas y mojitos que sabían cómo tenían que saber. Y nuestro grupo fue genial —tanto los vieneses como los del resto de Europa.

Al volver a casa —flotando en el cielo europeo —pensé en lo agradecida que me sentía por esta fantástica semana en Viena. Mi corazón de verdad vibraba de alegría.

También me gustó volver al trabajo. Mi mesa estaba llena de bolsitas de regalos de los compañeros de publicidad— vino, chocolate y el libro de cocina de Maru. Los aparté hacia una esquina de la mesa, Devon vino a preguntarme algo y miró con curiosidad para ver qué tenía ahí.

Miró fijamente a una de las botellas de vino y dijo con esa mirada pícaro: —Dime cuándo y dónde.

Le miré directamente a los ojos y tuve unas ganas locas de contestarle —¿en tu casa o en la mía? —pero mi yo sensato me frenó y ganó. Esta vez.

Devon hojeó "El mundo sabroso de Maru" miró atentamente una receta y murmuró algo sobre un plato que se podría hacer hasta en su apartamento de soltero, pero también dejé esa insinuación colgando en el aire.

Antes de la Navidad fuimos con Berit al balneario GO Spa en Kuressaare, volamos con la pequeña Saab de Nordic Air, tanto el trayecto como el aterrizaje y la estancia fueron una gozada. La Navidad la pasé tranquilamente con mi familia. Entre las Navidades y la Nochevieja hubo un par de días de trabajo más, no cogí vacaciones y fui a la oficina, ya que lo pasaba genial ahí.

El día 30 de diciembre fue la última jornada de trabajo antes de la Nochevieja. Ya comenzó a oscurecer y fuera estaba nevando. Tardé en salir de la oficina. Devon se había ido al terminal, pero yo no quería irme todavía, quería desearle un buen fin de año. Al final me rendí y apagué suspirando el ordenador. Tom estaba con su familia de vacaciones en Madeira, así que él no estaba. Le deseé feliz Nochevieja a Margaret, pasé por la oficina de mi jefa Ilse y le dije lo mismo.

Ilse levantó la mirada y sonrió.

—¡Igualmente!

Avanzando considerablemente más lento de lo normal hacia mi coche estaba reflexionando sobre el hecho de haber tenido tanta suerte con los compañeros de trabajo.

Antes de sentarme en el coche eché un vistazo hacia el camino de la entrada. Nada. Me senté en el coche, arranqué el motor, puse la marcha atrás para salir de mi sitio. Tras haber pasado la barra de la seguridad, suspiré una vez más y pisé fuerte.

Al final del estrecho camino de la entrada vi a su Audi negro. Paramos los dos, Devon bajó la ventanilla, hice lo mismo.

—Que bien que te haya visto, pensé que te habías ido ya —dijo.

—Yo también pensé que no podría desearte feliz Nochevieja.

Nos callamos por un momento y nos miramos.

—Pues... ¡Feliz Nochevieja! —dije por fin.

—Igualmente... Lo mismo, feliz Nochevieja y ¡prospero año nuevo! —respondió Devon.

Subí la ventanilla y seguí conduciendo. Nevaba, estaba oscureciendo, las farolas estaban encendidas y la luz era de película. Y entonces sonó en la radio “Just Say Yes” de Snow Patrol, subí el volumen y tuve la sensación de que el corazón se me iba a salir del pecho, porque no podía ser real tanta alegría, iba a volar con el coche sobre la nieve, atravesando la noche de invierno y las luces resplandecientes del aeropuerto hacia alturas nunca vistas.

Just say yes / Just say there's nothing holding you back / It's not a test / Nor a trick of the mind, only love...

II parte

Altura de vuelo 10.000 m/*Cruising altitude 10.000 m*

1

En el primer día de trabajo del año Devon llegó a la oficina para la hora de la comida. Margaret estaba en casa enferma, Tom, aún con su familia, había perdido el avión en Lisboa e Ilse estaba sentada en su despacho. Devon alzó la voz nada más entrar. —¡Feliz año nuevo a todos! — después se acercó a mi mesa, me dio la mano primero y enseguida me abrazó. Fue algo inesperado para mí, y esa sorpresa me encantó. Le felicité también mientras sentía que mi alma tintineaba de nuevo con él tan cerca, ¡qué felicidad! ¡qué momentos tan preciosos!

Devon volvió a su despacho, deseándole: —¡Feliz año nuevo! —también a Ilse. Yo me senté y continué leyendo la entrada de un blog al que había llegado no sé muy bien cómo.

"El amor verdadero simplemente se siente con distinta intensidad. Si una persona refleja tu amor de manera más clara e intensa, y si ella siente lo mismo hacia ti, entonces se puede decir que estáis unidos por un vínculo de amor. El vínculo que os une es el mismo que te une a tu vecino, al pájaro, al árbol o a la flor. Solo difiere la intensidad de ese sentimiento." (Eckhart Tolle).

Leí ese párrafo y entonces volví a leerlo de nuevo. Impresionante. En el momento justo... Y también el hecho de que por fin una reflexión que me explica la posibilidad de sentir grandes emociones, a la vez, hacía varias personas. Porque —¡gracias a Dios! —hubo bastantes más instantes que reflejaron esa intensa alegría, ese amor tan brillante. Aunque sí, últimamente con una persona en especial todo era más deslumbrante...

2

Tenía bastante trabajo, pero a mi buzón de correo electrónico llegó un bonito mensaje de cadena, me quedé leyéndolo y me inspiró. Hubo varias frases —pensamientos interesantes que de vez en cuando está bien recordar.

—Reconcíliate con tu pasado para que este no estropee tu presente.

—No compares tu vida con la de los demás —no tienes ni idea sobre el camino que están recorriendo.

—Deshazte de todo lo que no sea útil, bello o no produzca alegría.

—Enciende las velas, duerme entre las sábanas del domingo, ponte esa ropa interior bonita, no la guardes para momentos especiales —hoy es un momento especial.

—Sal todos los días, los milagros están esperando en todas partes.

Copié algunas rápidamente en la ventana de Skype de Berit. Sonó el teléfono.

—Aquí abajo te esperan unas flores —dijo la recepcionista Margarita.

—¡Oh! ¡Ahora bajo!

Bajé las escaleras corriendo, en el mostrador de la recepción me esperaba un ramo precioso de rosas de color rosado. Sin ninguna tarjeta. Cogí las flores y agradecí a Margarita.

—¡Oh, estás muy bronceada! —apunté.

—¡Gracias! Acabo de llegar de vacaciones —me sonrió.

—¿Adónde fuiste? ¿A Isla Margarita de nuevo?

—Sí.

—¿Cuántas veces has estado ya?

—Siete.

—¡Mola! —me reí. Un día Margarita había ido de vacaciones —seguramente por el nombre —a la isla Margarita en Venezuela, se enamoró de ella hasta las trancas y empezó a ir con frecuencia, su historia se convirtió en una leyenda en la oficina.

Subí con las flores por las escaleras, con una sonrisa de oreja a oreja y a la vez intentando adivinar quién podría haber sido. Limité rápidamente el círculo de los posibles sospechosos, o más bien medio círculo —tenía varios pretendientes agradables con quien había salido últimamente, pero mi corazón solo se aceleró al pensar que pudo haber sido alguien de la oficina, alguien... No, no, no, no podía ser, ¡era una locura!

Sin embargo, al final resultó algo decepcionante. Unos días más tarde me enteré de que las había mandado un chico muy educado con quien había tenido una cita hace poco.

3

Los demás estaban todos fuera de la oficina en ese día de marzo así que Devon y yo fuimos a comer a la cafetería de la planta baja a solas. Con el primer plato me senté en la mesa de la esquina de la parte de atrás de la cafetería, cerca de la ventana. Devon vino hacia mí un rato después, pero se paró con su bandeja en otra mesa para charlar un poco con Dmitri de *flight op*, del centro de operaciones.

Cuando por fin se sentó conmigo, me miró en los ojos y me vaciló: —Pensaste que me iba sentar ahí, ¿eh?.

—Sí —respondí mirándole en los ojos—. ¡Casi se me para el corazón!

—Entonces debería haberme quedado más, luego podría haberte practicado la respiración artificial.

Nos reímos y seguimos con otros temas, pero algo de esto se quedó resonando en mi alma. Una broma bastante en el límite...

Más tarde, de vuelta en mi mesa, algunas líneas comenzaron a dar vueltas en mi cabeza, las anoté.

*a veces pienso
si de verdad
quiero esas cosas
que a veces pienso
que quiero
o me gusta solo
la belleza del juego*

A mediados de marzo Berit y yo estábamos hartas del frío nórdico y del invierno oscuro, y nos fuimos a Bali. Los vuelos TLL-HEL-BKK-DPS, o sea Tallin-Helsinki-Bangkok-Denpasar, fluyeron sin contratiempos (excluyendo la turbulencia que duró horas, causada por un fuerte viento a favor, en la ruta del Helsinki a Bangkok) y pudimos subir sin problemas a cada vuelo, hubo suficientes asientos libres. El vuelo más largo de Finnair lo pasé viendo la bonita película “Julie & Julia” sobre un blog de comida, y la mitad de una de Harry Potter.

De martes a jueves pasamos en el acogedor pueblo de Sanuri, una preciosa aldea de pescadores. Nos bañamos en el mar y en la estupenda piscina climatizada del hotel, y aprendí a valorar que el mar en Estonia refresca cada estación del año mientras en Bali fue como un baño caliente. La temperatura solía ser entre 28 y 30 grados y húmeda así que la sensación fue muy parecida al estar en la sauna. En la playa, una balinesa simpática nos dio masajes con aceite de jazmín, por las mañanas disfrutamos de las crepes de plátano y por las noches diferentes delicias de los restaurantes. En cada sitio zampamos gambas sin medida y disfrutamos de zumos recién exprimidos muy baratos.

De Sanur fuimos al centro de la isla, a Ubud. Fuimos al Bosque de los Monos, donde correteaban muchos monos sagrados, que nos vaciaron rápido de los plátanos comprados en la

entrada. Berit trató de ignorar a uno y este en respuesta le intentó bajar los pantalones. Cuando salvamos la vida, pudimos reírnos de todo lo que estaba pasando.

—¿Sabes? Las expectativas son siempre algo sospechosas —dijo Berit un par de noches después, tras el viaje en autobús, cruzando las montañas hermosas de la costa del norte, para ir a Lovina a ver a los delfines, bebiendo ron con coca cola al lado de la piscina del hotel.

—Lo sé... ¿Pero a qué te refieres exactamente?

—Esperaba más de Ubud que de otros lugares, pero resultó ser la decepción más grande de Bali. Los monos están bien y los pendientes de plata comprados del mercado son preciosos, pero en general... No tenía una sensación buena y quién sabe si era porque yo me encuentro simplemente mejor cerca del agua o solo es que no somos compatibles y ya está.

—Sí, yo sentí algo parecido, la serpiente atropellada que vimos el primer día estropeó el comienzo... Y yo también creo que con los lugares pasa más o menos lo mismo que con las personas -somos compatibles o no. Aunque una cosa graciosa fue ver en una parada de autobús un letrero con "*go with the flow*" ¡eso me encantó! Fluye. Una buena señal.

—¡Es verdad, sí! Pero hablando de lugares —de Sanur no sabía mucho antes y tampoco esperaba nada y, sin embargo, es un lugar paradisiaco...

—El paraíso está dónde estoy yo —citó a Voltaire.

Nos reímos con alegría.

Esta vez la vuelta a casa fue complicada —en Bali cogimos el vuelo a Bangkok, pero después nos dejaron en tierra tanto para volar a Estocolmo como a Copenhague y pasamos la noche en los bancos del aeropuerto. Había bastante gente como nosotras, pero conseguimos encontrar una esquina acogedora y dormimos hasta la mañana siguiente. Por la mañana perdimos varios vuelos otra vez, al final estábamos perdiendo la esperanza y preparadas para volar a cualquier ciudad de Europa. Al final nos metieron en el vuelo de 12 horas de Thai Airways a Londres Heathrow. Cuando el piloto anunció que sobrevolamos a Lituania, teníamos ganas de pedir un paracaídas. Estábamos casi en casa...

Es extraño lo relativa que es la distancia —Londres, que desde Estonia parece una ciudad lejana, era para nosotras ahora un lugar al lado de la casa. ¡La vieja Europa! Como los billetes de los trabajadores de la aerolínea eran muy flexibles pudimos coger con los cupones sobrantes el vuelo de SAS a Estocolmo, pero en Estocolmo ya era de noche y la fiesta se acabó, todos los vuelos habían partido ya. El cansancio era tan grande que cuando nos enteramos de que el hotel más barato del aeropuerto estaba lleno, ya nos daba igual todo y cogimos una habitación en el Radisson más caro. Fue divino estirarse en una cama enorme y disfrutar de un desayuno formidable. El vuelo de la mañana a Tallin de Nordic Air estaba agradablemente vacío y entrar en la aerolínea propia era como llegar a casa. Estupendo y cálido.

El frío y la nieve resultaron hasta agradables después de una semana en los 30 grados de calor húmedo. ¡Y volver al trabajo fue una maravilla! Oficialmente yo todavía seguía de vacaciones hasta el miércoles, pero a pesar del jet lag fui a la oficina, a mostrar mi bronceado y encontrarme con mis queridos compañeros.

Devon dijo que se alegraba de que estuviera de vuelta. También fue agradable compartir mis impresiones con Ilse, Margaret, Tom y Mia. Y me sentí muy halagada cuando Emma vino a echar pestes sobre la directora de servicios y dijo que estaba muy feliz de tenerme de vuelta y también

apra echarle una mano con la edición de los textos.

Luego pude hablar un rato más con Devon, quien me contó cómo la semana anterior habían observado con Tom, desde la ventana de la cuarta planta, el aterrizaje de emergencia de un avión de carga polaco sobre el hielo de lago Ülemiste. Algo que había alertado a todo el mundo, aunque afortunadamente todo salió bien. De alguna manera llegamos con la conversación al tema de los restaurantes, y mencioné que todavía no había comido en el Ö ni en Tigu.

—¿Es una invitación? —preguntó Devon con una sonrisa.

Esta vez le seguí el juego.

—Pero ¿qué harías si te dijese que sí?

Me miró y sostuvo la pausa. El aire fue electrizante.

—Me han recortado el sueldo, no puedo —dijo al final.

Me reí. Tenía un gran sentido del humor.

4

Un jueves de abril la nube de ceniza que había dejado un volcán islandés en erupción se extendió por Europa dejándome con mucho trabajo para el fin de semana. Se cancelaron todos los vuelos del viernes, del sábado y del domingo de la compañía, me comuniqué con los viajeros en la página de Facebook y a través del blog de la compañía, además de sustituir en Twitter y en el foro de clientes a Emma, que estaba de visita en Bruselas y también atrapada por la ceniza. Ofrecí soluciones para los que quisieron devolver o cambiar billetes, y consolé y animé aquellos que no pudieron llegar a su destino o volver a casa y estaban retenidos en algún aeropuerto. A ratos me sentí impotente, pero la gente estaba agradecida y eso alivió mi malestar por lo ocurrido.

A las cuatro de la tarde del viernes la situación fue ya muy tensa y a través de Facebook empezaron a llegar mensajes quejándose de no poder contactar con el centro de atención al cliente. Corrí a la tercera planta para preguntar si alguien estaba trabajando en el centro por la situación de urgencia, aunque solía estar cerrada los fines de semana. Annabel, nuestra increíble directora de servicios, me respondió que no, no lo habían pensado y para qué. Salí de su despacho enseguida. Pues nada.

Seguí trabajando en Facebook hasta muy tarde por la noche y durante la mayor parte del sábado, feliz por poder ayudar de verdad a mucha gente y a otra ofrecer mi apoyo moral.

Por la noche del sábado fui con Berit a la fiesta de cumpleaños de un amigo, fuera de la ciudad, fue una celebración agradable. Comimos, bebimos, charlamos y al final decidimos todos pasar la noche ahí. Entre medias seguía respondiendo, con el portátil en el regazo y la copa de coñac en la mano, en la página de Facebook de Nordic Air a la gente perjudicada, estando muy atenta a no cruzar la línea de lo formal y lo sosegado en mi comunicación. En la compañía no estaba bien visto trabajar más contenta de lo normal, ni en la cabina del piloto ni en otros lugares.

En ese momento entró a su cuenta Emma, nos llamamos por Skype. Ella y sus amigos estaban también disfrutando de la noche, y me gritó; “¡Eh! ¿No quieres un coche nuevo? Emma puede traértelo desde Bruselas —y otras bromas similares, aunque encontrarte en esa situación siendo pasajera *stand-by* era un tema bastante serio. Afortunadamente tenían esperanza de volver a casa dos días después por tierra con el coche de los diplomáticos estonios.

A las cinco de la mañana por fin pude acostarme.

El domingo continuó el mismo ritmo, el lunes ya hubo refuerzos en el centro de atención al cliente, y mejoró todo con la perspectiva de reapertura de los cielos europeos.

Para el martes se había planificado la firma del contrato de la cooperación entre Nordic Air y la capitalidad de la cultura, y la presentación de nuestro nuevo Boeing con su flamante e innovador diseño. Después de otra reunión de crisis en la cuarta planta se decidió seguir adelante con el acto, a pesar de todo lo que había pasado el fin de semana. Además, con cada hora que pasaba la situación iba mejorando.

Después de tanto tiempo yo llevaba de nuevo el uniforme de la azafata de vuelo y recibí una lluvia de cumplidos. Devon me miró de arriba abajo cuando aparecí en su puerta, y me dijo que debería llevarlo todos los días. Y no fue el único, lo escuché varias veces y entre todos me

subieron mucho el ego.

A la vez que cortábamos la cinta y presentamos el nuevo avión un piloto de Nordic Air hizo un ensayo de vuelo. Ahuyenté las imágenes construidas por mi imaginación vivaz sobre qué pasaría si mientras los periodistas están invitados al aeropuerto, algo fallase en el vuelo de inauguración... No, no, no, no quise seguir con esas ideas. Una imaginación demasiado viva no ayuda siempre.

Por suerte, todo salió bien y el miércoles se retomó la mayoría de los vuelos. También el ritmo de mi trabajo se calmó y no tuve que renunciar a mi hora en la peluquería. Antes de ir al centro de la ciudad estuve un rato en la puerta del despacho de Devon y charlé con él, me pidió sentarme con él, así la conversación fue todavía más agradable.

Hablamos de su aparición en la televisión la noche anterior, que yo había visto a pesar de mi rechazo a la tele.

—Sabes, ayer viéndote pensé que los comunicadores muy buenos son seguramente aquellos que disfrutan cuando hablan en público y a la vez son grandes profesionales y apasionados de su trabajo —expuse la idea que estaba rondando en mi cabeza desde la noche anterior.

—Yo apostarí por lo segundo —acordó Devon.

—Sí, a mí también me parece que en tu caso la cosa iba por ahí —le sonreí.

Con el nuevo peinado de vuelta en la oficina, fui a la tercera planta a la mesa de Emma, un momento después apareció Devon. Bromeamos y pasamos un rato divertido.

—Por cierto, en el periódico publicaron una entrevista con Mart Laar^[6] en su 50 cumpleaños donde dijo que su mejor elección en la vida había sido su esposa y que todavía sigue siendo un hombre joven - ¡qué buena actitud! —me recordó algo de lo que hablamos.

—Y yo soy todavía mucho más joven que Laar —dijo Devon.

—Ah sí, ¡es verdad! Bueno, no sé si mucho más... Y pronto es tu cumpleaños.

—Vaya, te acuerdas. ¿Vas a prepararme una tarta?

Pensé un momento: —Esto podría generar demasiadas preguntas...

—¿En qué sentido?

—Pues mira, hace poco era cumpleaños de Tom y no le preparé nada, ¿qué conclusiones podría sacar la gente si aparezco en tu cumpleaños con una tarta?

Reímos.

5

El lunes siguiente, en el cumpleaños de Devon, le llevé un ramo de tulipanes amarillos, le abracé y le felicité. Justo detrás de mí vinieron otros compañeros así que nuestro abrazo duró un suspiro, pero tuvo un efecto espectacular en mi cuerpo, durante el resto del día sentí que podría volar. Tampoco pude calmarme por la noche, conduje la ciudad sin destino fijo, me hubiera gustado volar, cantar a viva voz y cometer locuras. Al final aparqué el coche cerca del mar y me embriagué del cielo azul, de la magnífica puesta de sol y de un avión que pasó volando sobre mí muy alto.

El día siguiente en la comida Devon contó por alguna razón que ver aviones volando le alegra el día de manera instantánea.

—¿En serio? Anoche fui a ver la puesta de sol cerca del mar y cuando vi un avión en el cielo, mi alegría se engrandeció —salió de mi boca—. Fui sola, por cierto, tan increíble cómo suena.

Margaret y Devon se rieron, pero la mirada de Devon fue más profunda que usualmente.

—Los aviones me han hecho sentirme así desde siempre —dijo por fin.

Al final del día Devon se paró al lado de mi mesa.

—Cuando alguna vez más te sientas así, mi número abreviado es 5777. Podría decirte qué tipo de avión es solo por el sonido —me dijo y se fue.

Recogí rápido mis cosas, apagué el ordenador y salí literalmente volando de la oficina. Pensándolo después me parece que salí aguantando la respiración. Solo en el coche me relajé, me dije: —¡Dios mío, dios mío, dios mío! —y me reí un tanto histérica. Me costó creer que todo esto estaba pasando de verdad. Era la gran alegría, la embriaguez y la gratitud en persona.

Y entonces sonó de la radio “Parachute“ de Cheryl Cole, pisé fuerte, escuché la letra, subí el volumen y canté...

"I don't tell anyone about the way you hold my hand / I don't tell anyone about the things that we have planned /.../ Won't tell anybody how you turn my world around / I won't tell anyone how your voice is my favourite sound /.../ I don't need a parachute / Baby, if I've got you / Baby, if I've got you / I don't need a parachute / You're gonna catch me / You're gonna catch if i fall..."

“No le cuento a nadie cómo me coges la mano/no le cuento a nadie las cosas que hemos planeado/.../No se lo contaré a nadie cómo remueves mi mundo/ No le cuento a nadie cómo tu voz es mi sonido favorito/.../ No necesito un paracaídas/cariño, si te tengo a ti/ cariño, si te tengo a ti/ no necesito un paracaídas/me cogerás/ me cogerás si me caigo...”

El día siguiente recibí en mi correo electrónico la pregunta de un lector del blog que me dio una razón fantástica para escribir a Devon.

De: Laura

Para: Devon

Asunto: Pregunta del lector

Buenos días,

Encontré en mi correo este comentario, ¿me puedes ayudar un poco con la respuesta antes de viajar a Suecia?

¡Mucho sol & buena primavera! (Y preciosas puestas de sol y aviones...)

Laura

----- Mensaje reenviado -----

Para acortar el camino de frenado los motores se pasan al modo de reverso, donde las fuerzas de tracción son dirigidas en el sentido contrario de la marcha del avión.

¿Eso significa que el motor del avión comienza a girar al revés del sentido de las agujas de reloj como usualmente?

Eso me interesa muchísimo, ya que he visto que en el aterrizaje las cubiertas del motor se giran hacia atrás, cerrando parcialmente la parte exterior de aquel, y formando un cono donde el aire saliente de la turbina comienza a salir en dirección de la marcha del avión.

La respuesta llegó rápido.

De: Devon

Para: Laura

Asunto: Re: Pregunta del lector

Buenos días,

Aquí la respuesta a la pregunta.

El motor no comienza a girarse en dirección contraria, solo el aire saliente del motor está dirigido hacia adelante. Usualmente ese aire va hacia atrás y produce fuerza de empuje que lleva al avión hacia adelante.

Con ese sistema de las cubiertas y tapas visibles se cierra el flujo del aire hacia atrás y se empuja hacia adelante, lo que ayuda al avión a frenar.

Saludos,

Devon

P.D. ¡Gracias por tus buenos deseos! Espero en el futuro poder compartir mis experiencias...

Por dentro me alegre en cuanto había acabado de leer el mensaje. Pulsé “Responder” y escribí:

De: Laura

Para: Devon

Asunto: Re: Pregunta del lector

¡Gracias por responder tan rápido!

Estoy maravillada con tu oferta de ayer.

Laura

Por la noche llegó un mensaje de Devon.

—¿De verdad te atreves? Si es así, hablamos mañana, cuando esté de vuelta en Estonia. Devon.

Devon estaba en la reunión del Consejo con el resto de la dirección en Estocolmo. Le contesté por la mañana, después del mensaje de Flight Ops avisando de que el vuelo del mediodía en el que iba a volver había sido cancelado por razones técnicas.

—Sí, yo me atrevo. ¿Pero tú te atreves? ¿Cómo están las cosas con tu vuelta? ¿Y si en vez de lo planeado vamos a ver la luna?

La respuesta no se hizo esperar:

—Claro, quien se aventura, Dios le ayuda. Sin embargo, mi vuelta de hoy se ha complicado, llegaré con el vuelo de la noche. Devon.

Miré el tiempo en Estocolmo por internet y le contesté:

—¿Disfrutando del Estocolmo soleado? Hay gente que sabe vivir... En todo caso estaré en casa escribiendo hasta tarde así que llámame, cuando estés de vuelta.

Esa tarde fui a ver a Berit y ya estaba llegando a casa, alrededor de las diez de la noche, cuando Devon me llamó.

—Laura.

—Hola, soy Devon.

—Hola Devon.

—Es demasiado tarde y estoy muerto de cansancio así que tengo que pedirte disculpas y proponerte dejar nuestra cita para otro día. Aunque me hubiera encantado verte esta noche.

—Sí, a mí también... Pero te comprendo.

Charlamos un ratito más hasta que terminé la conversación diciendo que estoy a punto de aparcar el coche y para entrarlo de lado necesito a las dos manos. Al acabar la llamada comprendí que al fin y al cabo no estoy para tantas maniobras, así que giré hacia la calle siguiente y aparqué ahí. Estaba subiendo las escaleras de mi casa cuando sonó el teléfono. Devon.

—¿El coche con la matrícula de 277 es tuyo?

—Sí... ¿Por qué?

—No ha sido un aparcar de lado demasiado difícil —anotó riéndose.

—¿Has venido?

—Sí, tenía curiosidad. Nuestros coches están juntos ahora mismo.

—¡Espera! ¡Bajo!

Bajé volando las escaleras de nuevo. Salí por la puerta trasera, el enorme Audi negro estaba al lado de mi pequeño Mini blanco. Me senté en su coche, me abrazó, su olor fue divino y la sensación de estar cerca de él, fue tierna y acogedora.

—¡Qué bien que hayas venido al final!

—Sí, aunque estoy muy cansado, pero quería venir a verte. Me gustaría ir a cenar contigo un día de la semana que viene y poder tener por fin tiempo para nosotros.

—Me encantaría.

—Me encanta que te encante. Hablamos sobre esto pronto y concretamos, ¿te parece?.

Le miré profundamente en los ojos, le deseé buenas noches y caminé hasta la puerta de mi casa. De nuevo con la sensación de poder despegar ahí mismo y volar.

Estaba ya en la cama, cuando llegó el mensaje.

—¿Tú entiendes lo qué está pasando? Devon

—Llevo ya tres días preguntándomelo tan a menudo que es un milagro que saque adelante la revista... ¿Pero tú?

—Tampoco hay nada extraordinario aquí, primavera y una persona que te hace bien. Soñé contigo esta noche, estuvimos en ese mismo Audi negro y nos besamos. Devon.

Ay, era astuto tanteando el terreno de esta manera. Pensé un rato y contesté: —Tienes sueños muy bonitos...

—Es verdad, ya veremos que me trae la noche de hoy. Devon

El día siguiente en la oficina Devon estaba ocupado todo el día. A la hora de comer él quiso unirse a nuestro grupo con Margaret e Ilse, pero en ese momento llegó la directora de recursos humanos con estudiantes de la Academia de Aviación, y se fue con ellos de mala gana.

Por la tarde pasé por el despacho de Tom —la nueva directora de marketing había empezado a prometer publicidad en la revista a bordo a los colaboradores sin avisarme. Eso complicó bastante la planificación del contenido y yo estaba indignada. Tom me apoyó de manera amable después de haberle contado el problema. Al final acordamos que yo hablaría con la directora de marketing, pero si eso no soluciona el problema, Tom me ayudaría. Salí contenta de su despacho.

Por la noche llamó Devon y maldijo, eso sí con humor, el momento que los estudiantes de la Academia habían elegido para llegar. Más tarde me llamó una vez más para decir que soñó conmigo también esa noche. Me alegré.

Estaba tremendamente nerviosa antes de la primera cita con Devon en Ö. Me recogió en taxi. En casa esperándole y retocando mi brillo de labios por tercera vez, pensé que iba a desmayarme. Mis manos temblaban. No recuerdo haberme puesto tan nerviosa jamás por nadie.

Me gustó el modelo que elegí, mi falda blanca, suéter negro, medias de rejilla con encaje y botas altas negras. Mi pelo y mi piel fueron sedosos y deslumbrantes, llevaba ropa interior preciosa. Fuera hacía un frío insólito para el mes de mayo así que me puse una chaqueta de piel de conejo y me llevé el pequeño bolso negro con la cadena plateada. Me sentí joven, preciosa y sexy... Y a la vez, por alguna razón, un poco como una prostituta de lujo, me sorprendí pensando eso. Seguramente porque la situación fue un típico cliché —en una aerolínea la ex azafata de vuelo, que ahora dirige la revista a bordo y lleva las redes sociales, sale con el capitán de vuelo y el miembro de la dirección, el vicepresidente de operaciones...

Él también estaba nervioso. Me cogió de la mano en cuanto me deslicé a su lado en el asiento trasero del taxi, y noté que llevaba demasiado perfume. Pero estaba bien, a quién no le gustan los

hombres que huelen bien. Actuó como un perfecto caballero —me abrió todas las puertas, me ayudó a quitarme la chaqueta de piel... Pequeños gestos que significan mucho para mí. Nos sentamos en mi mesa favorita en la esquina izquierda de la parte de atrás, en el fondo sonó discreto el disco de Michael Bublé. “*Come fly with me, let's fly, let's fly away...*” Ven a volar conmigo, vamos a volar, volaremos lejos de aquí... No pude imaginera una letra más oportuna para el momento.

Estaba tan nerviosa que el acto de comer, que suele ser una de mis actividades favoritas, me exigía un cierto esfuerzo. Tres platos, más las elecciones del chef como entrantes. Todo estuvo delicioso.

La conversación discurrió como un baile lento —fluido. Él llevándonos a los dos.

Nada más empezar me dijo que después de un divorcio doloroso no tenía ninguna intención comprometerse en serio con nadie. Y también que pensaba que a él no le iba a pasar de nuevo que alguien le acelerase el corazón con su sola presencia. También que le sorprendió que conmigo volvió a vivir algo así y que se sentía muy afortunado por ello.

Le pregunté algo sobre ser *number one*, ya que había oído rumores sobre sus numerosas amigas. Teniendo en cuenta su puesto, su aspecto, su mente y su carácter toda aquella popularidad entre las mujeres no era ningún milagro. Dijo que eso para él no era demasiado importante, lo que le importaba de verdad era la aviación. Y contó la historia de un amigo difunto, que se había casado cinco veces, y cuyo tercer matrimonio se acabó cuando su esposa le hizo a elegir entre ella o volar. Según me contó, su amigo simplemente salió por la puerta, lejos de allí y ya no volvió.

Su sinceridad me dejó un tanto perpleja, me impresionó. Así que cuando me preguntó si estoy preparada para arriesgarme, salté de cabeza, y le dije que sí. Cuando le pregunté si él estaba dispuesto a arriesgarse, pensando en las consecuencias que puede tener empezar esta historia y hacerla pública, pareció sorprendido, como suele pasarme a veces cuando hago preguntas directas, se lo pensó un momento y dijo que sí.

Bebimos vino, comimos despacio y tanteamos los límites del otro.

Cuando acabamos de cenar, él pagó la cuenta y pidió un taxi. Vivimos bastante cerca así que tenía poco de tiempo para pensar. No tenía intención de acostarme con él todavía, pero sentía curiosidad y quise conocer cómo vivía y dónde, así que cuando me invitó a tomar un vino más en su casa, respondí que sí.

Vivía apenas a unas calles de mi casa, en un pequeño piso de alquiler —ese fue su hogar de lunes a viernes, pues los fines de semana se iba a su casa de campo al sur de Estonia, en el bosque, en las orillas de un lago para recargar energías. Para él era algo imprescindible para mantener la tranquilidad y el equilibrio necesarios en su trabajo y todas las tensiones que acumulaba como miembro de la dirección.

Su apartamento estaba en la primera planta y estaba a oscuras. Un pasillo, una pequeña cocina integrada en el salón con una mesa y dos sillas, su televisión, dos grandes sillones grandes de cuero, y una cama enorme en el dormitorio. Estaba en la cocina y miré alrededor cuando Devon se me acercó, con energía y de manera inesperada me besó. ¡Y menudo beso! ¡Nunca había sentido ningún beso directamente hasta en las rodillas! —que por unos instantes temblaron como si fueran a desplomarse.

No recuerdo donde quedó el plan de beber vino, el caso es que un rato después estábamos abrazándonos echados en su cama, pero un rato después le dije que iba a marcharme, que no

quería continuar. Todavía me quedaba mi principio de no acostarme con ningún hombre demasiado rápido y esa parte racional decidió que era hora de parar e irme a casa convencida de ello. Pero tal vez era demasiado tarde, aquella relación amigable entre dos compañeros de trabajo se había transformado ya en algo totalmente alocado.

Devon me entendió.

Esa primera noche con Devon, cuando me fui heroicamente a casa, por la noche empecé a encontrarme realmente mal. Tenía náuseas así que levanté y empecé a pensar en las posibles causas de este malestar. Probablemente era por la mezcla de vino y nervios, pero la fan de las teorías *new age* buscaba razones espirituales. ¿Mi mente había limitado la realización de mis verdaderos deseos y por eso mi Yo Superior estaba acosándome ahora? ¿O simplemente estaba jugando a algo demasiado peligroso?

Por la mañana seguía sintiéndome débil y escribí a mis compañeros de la planta —Ilse, Margaret, Tom y Devon -, para decirles que no me sentía bien y que trabajaría desde casa. Un instante después tenía un correo nuevo en mi buzón. Devon.

De: Devon

Para: Laura

Asunto: Una confusión

De hecho, debería haber sido yo el enfermo de hoy :)

<http://forte.delfi.ee/news/teadus/kauni-naise-seltskond-voib-mehe-tervist-rikkuda>^[2]

Devon

Me reí con ganas y estaba embriagada de la ternura y de su sentido del humor. Es maravilloso que exista gente que hace a todo el mundo a su alrededor sentirse mejor.

Unas horas después estaba ya recuperándome a marchas forzadas, y parte del mérito lo tenía Anabella que me trajo agua mineral Borjom, fresas, plátanos y requesón, y me ofreció su agradable compañía. Por un momento miré mi buzón de correo y vi un nuevo mensaje.

De: Devon

Para: Laura

Asunto: Se alargan las sombras un poco más

¿Cómo te encuentras?

La oferta de hoy —sushi y vino rosado en la mesa de mi cocina sigue en pie.

Devon

Esa noche la pasé ahí. Fue una noche de mayo preciosa, en Silk compramos sushi para llevar, lo comimos en su cocina, bebimos vino rosado con hielo y fuimos a la cama. La electricidad que había crepitado entre nosotros desde que nos conocimos se convirtió en una llama. Me acarició

hasta que llegué al orgasmo, y luego me abrazó fuerte susurrándome al oído que lo pasaríamos muy bien juntos. No quise pensar en el futuro en aquel momento, pero tenía razón.

Después vinieron unos bonitos días de trabajo llenos de bromas con dobles sentidos, noches románticas con conversaciones profundas sobre la aviación, la vida, la gente y las relaciones, a veces detrás de la mesa de mi cocina y a veces detrás de la suya. Igual que muchas noches apasionadas y llamadas dulces. Era feliz.

Un día se le ocurrió a Emma que los cuatro —ella, Margaret, Devon y yo —podríamos salir alguna noche. Unos días más tarde estábamos cenando en Chicago y charlando tranquilamente. Fue agradable y a la vez extraño estar sentada enfrente de Devon y fuera de la oficina fingir que no había nada entre nosotros, cuando había tanto.

Como vivíamos muy cerca el uno del otro, pudimos compartir taxi e irnos a casa juntos sin levantar sospechas. Delante de mi casa le pregunté si quería subir, y me dijo que sí. Estábamos sentados en la mesa de mi cocina, hablando y de vez en cuando sucumbiendo a los encantos de la mirada del otro, con momentos preciosos de silencio, una sensación emocionante, divina.

Le dije que no tenía ninguna intención de domesticarlo ni nada parecido, a lo que él respondió que le parecía bien y que yo era demasiado inteligente para intentar algo así con él, que yo era una chica muy lista.

Un par de días después llevé tarta de arándanos y mascarpone a los compañeros, el resultado de la inspiración culinaria de la noche anterior. Tom comió, me halagó y aquel día fue muy amable conmigo. Después comí con Devon. Tenía una reunión por la tarde fuera de la casa y estaba intentando convencerme para que le guardara otro trozo.

—Hum..., no sé, igual soy demasiado buena contigo.

—No se puede ser demasiado buena —respondió Devon. Y añadió con un brillo socarrón en los ojos: —Hay suficiente espacio para la evolución.

Divertida balbuceé algo incomprensible como respuesta.

Por la noche, en la mesa de su cocina, los temas tomaron tonos más serios. Mencioné algo que había dicho Berit. Devon se molestó y me preguntó si había hablado algo de nosotros dos y a quién y qué exactamente. Contesté que un poco, a un par de personas cercanas. Miré su ceja fruncida y dije que soy extrovertida, y necesito hablar de las cosas para tenerlas más claras para mí.

—Además mi gente cercana es de confianza —acabé la conversación.

—Está bien.

Seguimos con temas no mucho más ligeros. Devon me preguntó sobre un pretendiente, que quién es para mí.

—Buena pregunta —dije. Pensé un poco—. La verdad es que más bien amigo porque sabes que algunos hombres son más bien como chicos y otros son Hombres, con mayúscula. Y no tiene nada que ver con la edad Y claro que conozco la teoría de que dentro de cada hombre vive un niño pequeño, pero no hablo de esto.

—¿Es algo parecido a conducir un coche, puedes ir por la carretera de piedras igual que por el asfalto liso, pero la sensación es totalmente diferente?

Le miré asombrada.

—Qué buena comparación, exactamente así es.

La semana siguiente eran las vacaciones de Devon. Los días eran espléndidos, soleados y cálidos así que Emma y Egert, los dos cumpleaños de la semana organizaron una tarde una pequeña fiesta con mucho helado de vainilla y fresas. Tom vino a hablar conmigo, los temas fueron muy triviales, pero el espacio que se creó entre nosotros fue una vez más muy tierno y cálido.

Más tarde me llamó Devon.

—Hola. ¿Qué tal?

—Muy bien.

—Bueno, estamos ante el caso de “solo pregunta cosas cuyas respuestas sí quieres escuchar.

Me reí.

—En el trabajo todo bien, Emma y Egert hicieron su fiesta con helado y fresas. Y el tiempo también acompañaba.

—Aquí es verano y es el paraíso. Todo está floreciendo y los pájaros cantan.

—Claro, estás en el sur... Aunque a mí me gusta pensar que el paraíso está dónde estoy yo.

—¿O dónde estoy yo?

—O cada uno tiene su paraíso —encontré una buena solución.

—La verdad es que no discuto el hecho de que dónde estés tú está el paraíso... Tú simplemente eres como... que te toque la lotería o algo así, solamente hablar contigo me hace bien.

Ronroneé contenta al teléfono.

Después de la conversación fui a sacar la basura la basura, y al llegar a la parte trasera de la casa quedé paralizada por un momento. Había ropa tendida, entre otras cosas una toalla con un fondo azul de nenúfares rosas con hojas verdes y dos cisnes blancos, unidos por los cuellos. El día anterior en la floristería había parado a admirar una pintura sobre cristal con la misma imagen, y ahora esa misma escena me miraba en el patio interior de mi casa. Dos sitios diferentes en dos días distintos... ¿Una señal? Los cisnes simbolizaban amor verdadero para mí, y no compré la pintura sobre cristal porque más grande que la tentación de tenerla era el miedo a que se pudiera romper con facilidad - ¿no era ese pensamiento igual de simbólico?

La mañana siguiente, antes de ir a la oficina, pasé por la floristería y esa pintura se vino conmigo. Había decidido que la quería tanto que estaba dispuesto a arriesgarme con la posibilidad de que algún día se pueda romper y entristecerme.

En la oficina abrí el portal de noticias de ERR^[8], y me encontré con la noticia de la caída de un avión pequeño en un aeropuerto pequeño de Estonia, cuyo piloto había muerto. Mis manos comenzaron a temblar, Devon también pilotaba avionetas... Afortunadamente alguien en los comentarios escribió el nombre del fallecido, no se trataba de él. Puf. Malas noticias en todo caso, pero di las gracias a Dios de que él estuviera bien.

Me alegré cuando se acabaron las vacaciones de Devon y, después de una semana y media, nos encontramos de nuevo en el trabajo. Me encontré pasando mucho tiempo en su despacho y él

pasó a menudo por la sala donde yo estaba, pero aun así tenía la sensación de que era yo quien lo buscaba a él. Por la noche no me llamó, aunque estuviera en Tallin

El día siguiente hablé en la conferencia anual de la comunicación junto con la jefa de marketing de la agencia de viajes más grande de Estonia y la representante del Ministerio de Exteriores sobre la experiencia de nuestras organizaciones durante la crisis de la ceniza volcánica. Las valoraciones fueron muy positivas y el jefe editor de un gran periódico de negocios alabó en su presentación el blog de la compañía. Y como siempre, donde hay, viene más aún — por la tarde me llamó Devon y preguntó si quería ver por la noche Eurovisión con él. Dije que sí, me recogió, bebimos vino rosado y hablamos.

La inquietud de la noche anterior todavía flotaba en el aire así que le pregunté directamente y de alguna manera para provocarle también, que qué pasaría si yo encontrase ahora una relación con futuro, cómo se lo tomaría él. Nuestra relación secreta parece que no tenía mucho futuro, y durante esas vacaciones la ilusión, no sé cómo de fundada, sobre lo nuestro, había empezado a inquietarme.

Devon respondió que merezco mucho más de lo que él puede ofrecerme así que me dijo que la alegría por mí si algo así pasara, estaba seguro de que sería más grande que tristeza por perderme. Una bonita respuesta, correcta, pero no me di por vencida, no quería conformarme con eso.

Le pregunté también si pasar tiempo juntos lejos de su apartamento entraba en las cosas que él veía posibles. Y él me sorprendió diciéndome que las cenas y las puestas de sol están bien, pero que tal vez esas cosas se acaban, y era hora de empezar a hacer planes fuera de Tallin.

A finales de mayo, en una mañana brillante, caminamos en un grupo grande hasta el edificio antiguo del aeropuerto —el concurso para encontrar los nuevos uniformes para Nordic Air estaba terminando y presentaron a los trabajadores y a la prensa las cuatro colecciones finalistas. Un presentador de noticias con ojos preciosos me miró un buen rato cuando pasé a su lado, me alegró, igual que mis compañeros divertidos, Devon y Emma, con quien habíamos reído durante todo el camino hasta ahí. Un vestido con un estampado de pequeños aviones me encantó tanto que lo hubiera añadido sin pensar a mi vestidor, otro encanto era la modelo de pelo oscuro de la última colección, tan elegante, serena y bella. Lo mencioné a mis compañeros.

—Oh, ¿debemos mirar a las modelos? Pensé que estábamos eligiendo uniforme... ¿por qué no me lo dijiste enseguida? —me vaciló Devon.

Fui a visitar a Greta y no pude evitar la tentación de hacerle un pequeño interrogatorio sobre su feliz relación con un hombre mayor casado, que ya duraba cinco años.

—¿Cómo gestionas el deseo?

—Bueno, por un lado, es una manera maravillosa de desarrollar mi paciencia y crecer, por el otro, con los años es más fácil —me dijo pensativa. Y añadió entonces: —Y sabes, ese tipo de relación tiene muchas cosas a favor, igual que para disfrutar del mar no tienes que comprarte una casa al lado del mar, tampoco necesitas poseer otras personas para disfrutar de su compañía y de su amor.

—¡Una idea preciosa! Y correcta, las relaciones que de alguna manera se consideran en propiedad se dan a menudo por sentado, aunque no se puede poseer de verdad a nadie... ¡Pero la comparación con las vistas al mar era genial! Hace tiempo entrevisté a una mujer que vivía en una

joya arquitectónica al lado del mar y dijo que presta atención a esa vista espectacular al mar desde su ventana sobre todo cuando alguien le visita y exclama oh, ¡qué vistas!

—Exacto, así es.

—Aunque yo creo que para mí sería diferente, yo notaría, disfrutaría y valoraría esas escenas del mar, aunque me despertara todos los días con ellas —dije.

Greta se rio.

—¿Pero por qué me preguntas por eso?

—Ah... por nada.

Por la noche del último sábado de mayo mi teléfono sonó de manera inesperada. Estaba visitando a unos amigos, pero por alguna razón lo escuche. Un mensaje.

—¿Qué tal? ¿Me extrañas? Devon.

Me reí con alegría y contesté que sí, expresando a la vez una cierta sorpresa —no solía saber de él nada durante los fines de semana que estaba en su casa de campo.

—Te estoy pensando, sí, aunque siento que para salvaguardar mi vida de ahora (que disfruto y valoro) debo tener cuidado contigo. Devon.

6

Un día de junio mi tutora de la Universidad de Tartu me preguntó por Skype si me gustaría comenzar el año que viene a dar clases de e-marketing con ella. Era una incondicional de mi universidad así que salté de alegría y me sentí como si me hubieran pedido la mano. Por la noche lo celebré con Devon en la mesa de su cocina.

—Además de ser una propuesta increíble a nivel profesional y un reto, me ofreció la excusa perfecta para visitar Tartu de manera regular y ¡eso me hizo muy feliz! A veces he pensado que mi relación con Tartu es como una relación de amantes perfecta —dije.

—¿En serio? Es una declaración muy interesante.

—Bueno, pero piénsatelo: nos vemos un par de veces al mes, a veces más a menudo, y aprovechamos al cien por cien de ese tiempo juntas —un verdadero tiempo de calidad. No nos agobiarían ni la rutina ni los problemas cotidianos, todo es sorprendente y especial.

—¿A veces has pensado que tu relación con Tartu podría algún día acabar en convivencia? —me interrogó Devon de manera astuta.

—Sí. Y es un tema interesante, poder saber si todo seguirá así de bien o si la rutina acabará con esa relación tan especial.

A principios de junio hubo otro día importante cuando dieron la noticia de la adquisición de la mayoría de las acciones de la compañía por parte del Estado, y SAS^[9], que llevaba tiempo queriendo irse de la empresa y hasta ahora poseía la mitad de la compañía, se quedaría con el diez por ciento de esta. Más transparencia en el consejo de dirección por eso de que sería algo público. Aquello que podría haber sido una buena noticia, provocó sentimientos ambiguos en muchos compañeros —la gestión de los políticos no goza de demasiada confianza. En la planta de la dirección era un día especialmente raro. Tom, Devon y Mia estaban bromeando con “nos vamos ya o esperamos un poquito” y en el ambiente se respiraba de todo menos alegría.

Más tarde le pregunté a Devon sobre las razones de esa ambigüedad. Me explicó que según la regla el Estado no es un buen propietario para una aerolínea. Para ofrecer estabilidad y un desarrollo sostenible es considerablemente mejor contar entre los socios con grandes compañías aéreas y con sus redes de destinos, con otros inversores apasionados de la aviación con conocimientos específicos del sector y con posibilidad de ser un apoyo real en caso de que vengan problemas.

Entre Devon y yo también había sentimientos confusos. Al hilo de los mensajes de los sábados por la noche surgió demasiadas veces el tema de la cautela interior, nos escribimos correos sobre esto durante varios días. Al final puse palabras a la idea de que si consigues alcanzar aquello en lo que piensas y de lo hablas abiertamente, entonces merece la pena pensar y hablar de las cosas y experiencias buenas. No de lo que temes y no quieres.

En principio, Devon estaba de acuerdo, pero cuando después mencionó que, aunque sienta mucho hacia mí, no considera que sea del todo correcto expresarlo si no tiene planes de que la relación vaya a más. Esto me sacó de quicio de nuevo. Le cité la metáfora de que el amor es como

tocar la flauta, expresando la emoción traes al mundo más amor y más belleza, sin quitar nada a nadie.

—Sí, pero no quiero crear falsas expectativas en ti —dijo Devon cuando seguimos con la conversación cara a cara.

—No te preocupes, no tienes mucho que hacer en estas elucubraciones. Si las tengo, las tengo... y entonces son mis expectativas y es mi problema cómo las gestiono —esquivé.

Claro que tenía expectativas. Cuando todo (o casi todo) está fenomenal con alguien, entonces te gustaría tener más y más, es bastante normal. A la vez comprendí que con estas expectativas podría hacerme daño. Buscaba soluciones - ¿y si consiguiera ver la relación con Devon como la de un follamigo sin obligaciones en vez de la historia de amor del siglo? Entonces si después ocurre algo más, siempre sería una sorpresa agradable, un plus a lo que hay ahora. Sin embargo, a pesar de que esto lo confundía mucho algunas veces, yo no estaba convencida del todo de querer comprometerme. Aún valoraba mucho mi libertad y la soledad elegida con la que vivía.

Pero claro, en los grandes momentos de pasión y deseo las soluciones que encuentras en la mente y en la razón, suelen ayudar poco.

En una de esas noches de anhelo me sentía triste. No podía quedarme en casa así que fui a poner gasolina al coche y después fui a la oficina a imprimir algunos documentos. Devon estaba ahí y fue encantador, enseguida captó cómo me sentía.

—Ahorramos la llamada —me dijo viniendo a mi mesa—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿o qué te gustaría hacer?

—Quiero ir a un lugar especial, una pequeña iglesia junto al mar, antes de que lilas dejen de florecer. Voy cada año y este aún no he estado por allí.

—¿Está lejos?

—No... Unos 50 kilómetros quizás.

—¿Puedo acompañarte?

Le sonreí.

—Sí.

Dejé mi coche en casa y él me recogió con el suyo. Un arcoíris doble rodeaba el sol abrazado por las nubes, esa luz nos acompañó casi todo el camino. Lo contemplé y pensé que no hay mal que por bien no venga. Gracias a las nubes y la lluvia aparecía el arcoíris y las emociones oscuras, que me habían invadido hace unas horas fueron el comienzo de una noche preciosa.

Las lilas al lado de la iglesia ya habían florecido casi del todo y había muchos mosquitos, así que pensé que esta vez no encontraría la flor de suerte de 5 pétalos, pero cuando estaba a punto de abandonar el intento, apareció, como si alguien la hubiera puesto ahí para que yo la encontrara ese mismo día. Un milagro, una alegría pequeña y enorme.

Devon quería ver más lugares como ese, así que nos acercamos al mar, y paseamos y hablamos largo y tendido. Pude abrir mi corazón y decirle todo lo que se había acumulado ahí. Que me gustaría estar con él desde el lunes hasta el viernes, sin límites, quería saciar mis ganas de estar junto a él.

—Aunque me tiente muchísimo, no puedo —la razón y la prudencia no me permiten estar tanto tiempo contigo. No quiero que mi vida de ahora cambie tanto. Además, sé que si paso demasiados días seguidos a tu lado, entonces querré más, y empezaré a amarte y peligrará el estilo de vida que también amo tanto.

—¿No te parece que esa manera tuya de agarrarte a tu estilo de vida me sitúa ante elecciones un tanto complicadas? Estás dispuesto ofrecer amistad y sexo, vínculo espiritual y físico, pero nada de vínculo emocional, amor y todo lo que eso conlleva. Creo que todo el mundo necesita las tres partes y las merece, lo que significa que puede que lo más razonable para mí sea renunciar a eso... Pero mi corazón me dice otra cosa.

—Tú lo mereces todo.

—Gracias, sí... Pero teniendo en cuenta la complicidad extraordinaria de nuestros cuerpos se me hace difícil creer que haya alguien en algún lugar que me pueda ofrecer más. Me molesta saber que yo estoy dispuesta a todo y tú no.

La noche siguiente fui con Berit a Solaris, donde anunciaron el ganador del concurso de uniformes. El favorito del público coincidió con el mío, pero el jurado decidió a favor de otra colección, por suerte bastante bonita y elegante.

Más tarde paseamos en Kadriorg. Le puse al tanto de la situación y le comenté la conversación con Devon de la noche anterior.

—¿Qué hago? Una parte de mi dice que ponga fin ahora mismo, cuando todavía puedo. Otra parte quiere seguir, pero... ¿seré capaz? —suspiré al final.

—Bueno, vas a saber cuándo ya no podrás más, eso me lo dice la experiencia —anotó Berit.

—Simplemente... Todo lo que siento con él y hacia él... Y luego... Ah, no sé. Y acabar con todo... Por un lado —si lo hago por mi serenidad mental y equilibrio, por amor a mí misma, para volver a sentirme alegre, entonces es lo correcto y bueno, ¿verdad? Por otro lado... ¿Igual es una defensa del ego, de unas expectativas infundadas, de un modelo, de un patrón de comportamiento que no me hace bien? He pensado en ello hasta volverme loca. Es curioso que hace no mucho pensé que las cosas se aclaran cuando se piensan y reflexionan despacio, pero la verdad es que de tanto pensarlas acaban volviéndose más confusas aún.

—Sí, tus queridos gurús de *new age* también dicen que es mucho más efectivo dejar la mente en blanco y escuchar tu alma, el corazón, tu intuición —dijo Berit.

—Y a la vez es tremendamente dulce —por la mañana tenía una reunión en Finlandia, cuando volvió vino a verme y me trajo chocolate... Ese tipo de detalles hacen que me derrita. Y entonces solo quiero ser buena con él.

Más tarde ya en casa, sentí sin embargo que así no podía continuar, no podía más, aunque le quisiera mucho. Ese mes había sido precioso por un lado, pero emocionalmente me destrozó. Le escribí una carta porque según mi experiencia es una de las mejores soluciones cuando las cosas que te gustaría decirle a alguien no paran de dar vueltas en tu cabeza y no te dejan tranquila. La comunicación abierta es la base de relaciones felices...

De: Laura

A: Devon

Asunto: ...

Querido Devon,

Te quiero mucho (¿soy o no soy valiente?), pero después de pensarlo bien he comprendido

que me estoy haciendo daño, y así la cosa no tiene sentido (ni tampoco belleza). Así que he tomado algunas decisiones: ha sido un placer (¿me parece que ya lo dije?), pero por mi alegría, por mi serenidad y por mi equilibrio no considero posible seguir esta relación con tu parte razonable y cautelosa.

Algunas de tus palabras me han dejado la sensación de que no era nadie especial para ti. Y yo sé que soy preciosa, sabia y buena (como cuando te toca la lotería, dijo alguien alguna vez) y merezco mucho más. Merezco toda la atención, el amor y el romanticismo posible.

(Ahora debería pulsar “enviar” rápido antes de comenzar a pensar que nunca había sentido con nadie que TODO está tan BIEN —como si fuera cierto eso de las Almas Gemelas predestinadas a encontrarse. - Y que por primera vez en mi vida me gustaría ser monógama...)

De todas maneras —te regalo la libertad y espero que la uses bien. Que disfrutes de tu estilo de vida cómodo, prudente y sin ataduras, para lo que sea que quieres hacer.

Y si en algún momento te arrepientes o quieres comprometerte más por las razones que consideres, llámame, invítame a cenar y recordamos lo bonito que fue todo en aquella primavera maravillosa.

Seremos amigos...

L

La mañana siguiente entrando por la puerta de la oficina sonó mi móvil. Devon. Contesté.

—Sí.

Estaba riéndose.

—Buenos días. Escucho que estás en la oficina así que probablemente no podrás hablar con total libertad... Mejor te escribo.

Abrí el ordenador, un momento más tarde llegó su correo.

De: Devon

A: Laura

Asunto: ...

Buenos días de nuevo,

Lo que pasó justo antes fue bastante divertido, estaba convencido de que no estabas en la oficina y decidí llamarte y entonces oigo desde el otro lado del pasillo cómo contestas mi llamada.

No pude contestar a tu carta y esta mañana he estado pensando en qué sería más razonable, la carta o la charla. De todos modos, te propongo conversar mañana por la noche mientras cenamos en algún lugar bonito.

D.

Así salimos a cenar por segunda vez a Ö. El ambiente era maravilloso y la comida deliciosa, nos sirvió un joven moreno, alto, con gafas de pasta, muy gracioso y especialmente atento conmigo. Una noche fantástica. Me encontré más libre y segura de mí misma que de costumbre. Me sentí bien a su lado, y disfruté del encuentro. Cené un filete de ternera y para el postre me pedí una espuma de chocolate, bebimos una botella de vino rosado y para acompañar el postre tomamos coñac y café latte.

Le pregunté sobre qué me hubiese escrito él. Dijo que estaba claro que antes o después uno de nosotros iba a escribir esa carta, y a pesar de todo me dijo que le había sorprendido recibirla. Dijo que la carta reflejaba los mismos sentimientos que albergaba él hacia mí y eso le hizo pensar que llegará un momento en que no podrá controlar la situación. Y que una cosa estaba mal en mi carta, yo pensaba que no significaba nada para él, pero no es así, significo mucho.

Sabe que merezco ser la primera en la vida de alguien, serlo públicamente, pero él no me lo puede ofrecer. Pero que he sido su número uno durante todos los momentos que hemos compartido. En otros el primero seguía siendo la aviación.

Me dijo que tenía buen ojo cuando pregunté sobre él y Emma —tenía razón, hace tiempo hubo algo entre ellos. Y me contó cómo dejó su matrimonio —con dos bolsas de plástico llenas de cosas. Y que el final del matrimonio tenía que ver con otra mujer.

Le conté la historia de mi expareja y mientras lo hacía entendí que esa historia no era ni de lejos para mí.

Fuimos a casa de Devon, tocó el saxófono para mí, charlamos... Me ofreció una manta para dormir separados, pero no me quedé a pasar la noche y me llevó a casa.

Antes le pregunté si en algún momento había pensado que podríamos ser el uno para el otro, algo así como la pareja más perfecta del mundo, si alguna vez había pensado que podría ser almas gemelas. Respondió que como en el mundo hay más de seis mil millones de personas, él cree que hay muchas parejas perfectas en realidad para cada uno de nosotros. Y dijo que el día a día, la rutina junto a él, no me gustaría. A lo que le contesté que eso lo debería decidir yo si se da la ocasión.

Cuando pienso en todo ello mi ego convierte todo en un gran drama, pero opté por tomar todo aquello con ligereza.

Lo que tenga que venir, vendrá...

O como dijo el ex responsable del servicio a bordo, muerto en una cirugía coronaria (¡demasiado joven para eso!) hace dos días, en uno de sus últimos posts de Facebook: —nada es casual, todo va como tiene que ir, ¡cuidad a la gente que queréis y disfrutad de la vida!.

A mediados de junio organicé una fiesta para mi familia y amigos en la casa grande y hermosa de Greta —quería celebrar la invitación de dar clase en Tartu y agradecer a la gente de Nordic Air que me había llevado a esa invitación.

La mañana fue gris, pero por la noche el tiempo mejoró. Con los preparativos más o menos acabados, nos sentamos en la terraza, mi hermano Henry nos trajo a cada uno una copa de vino rosado con hielo.

Pronto comenzaron a llegar los primeros invitados —había invitado casi 30 personas, la familia, muchos amigos, compañeros de universidad y del trabajo, Margaret, Emma, Devon y Tom.

Sopesé la invitación de Mia y Egert, eran simpáticos, pero al final me pareció que nuestra relación no era tan cercana como para una invitación de este tipo, y consideré que hubiese sido incómodo.

Los invitados trajeron mucho champán, flores y regalos bonitos, las presentaciones fueron divertidas y el ambiente en general muy agradable. La fiesta se me pasó sorprendentemente rápido y envuelta en una niebla ligera, el tiempo voló desde las siete hasta la medianoche casi sin darme cuenta.

Traté de estar con todo el mundo y no encontrarme demasiado cerca de Devon, a la vez que estaba muy consciente del lugar de la fiesta en el que estaba él en cada momento. Uno de los ratos más divertidos fue el de enseñar la casa a Berit, a Adrián y a Devon, querían descubrir las partes menos públicas del hogar precioso de Greta. Una de las habitaciones de arriba tenía piano, Devon lo tocó para mí, Berit y Adrián desaparecieron por la planta baja y pudimos estar los dos solos.

—Voy a irme pronto a casa, pero más tarde, tal vez podrías venir —me dijo cuando íbamos a bajar.

—Sí... te llamaré cuando acabe aquí.

Sobre la una la mayoría de los invitados se habían ido. Mi familia seguía bebiendo vino en la terraza y yo escapé sin hacer ruido.

Devon estaba durmiendo, pero mi llamada le despertó. Me deslicé entre sus brazos, disfrutamos de momentos intensos de placer y después me quedé dormida entre sus brazos mientras me invadía un dulce sueño. Caminaba por un sinuoso camino estrecho y estaba dudando, sentí que por ahí no se podía continuar. Pero alguien en algún lugar me estaba animando a que siguiera un poco más. En un momento vi una pequeña ardilla preciosa y al rato aparecía en una encrucijada de caminos, fue fácil elegir la dirección correcta, encontrar la mejor opción. Al final llegaba a un barco blanco precioso, con buena compañía y un ambiente festivo, al que subía buscando una cómoda cama donde me quedaba profundamente dormida. Soñaba que dormía dentro de mi sueño. Y después despertaba por la mañana, mientras el barco había empezado a navegar por un mar azul claro, como el del cielo, con un sol majestuoso brillando entre varios arco iris resplandecientes.

Cuando me desperté de aquel viaje estaba emocionada por toda aquella belleza. .

El lunes siguiente, después de la fiesta, vino Devon a mi casa a tomar té y comer tarta, ¡miau!, fue una noche bonita y preciosa. El disco de Laura “Los caminos de hierba del verano” que me regalaron sonó durante las cuatro horas, calculo que unas cuarenta veces.

En algún momento me dijo: —¿Por qué no viniste a trabajar a la compañía hace diez años con la misma edad que ahora?

Y cuando hablamos de los celos, reconoció que el jueves en la fiesta le fue bastante difícil observar cómo todos los hombres jóvenes me abrazaron... Pero luego pensó, la podéis abrazar, pero yo seré él que mañana le dará los buenos días.

Más tarde fuimos de la mesa de la cocina al sofá, cambié la falda por el pijama. Y entonces describimos cada uno lo que nos gustaría hacerle al otro. Esas fantasías serían para el futuro, y aunque la tentación de que se quedara a pasar la noche fue grande, fuimos y le eché de mi casa a tiempo, además yo tenía que salir muy temprano por la mañana para ir a Tartu.

7

A principios de julio descansé de nuevo en Haapsalu. Me bañé, tomé el sol, leí en una hamaca y disfruté del tiempo de cafetería en cafetería.

Tuve suerte con el clima también esta vez, una ola de calor y mucho sol, pero mi estado emocional era mucho más sombrío que la última vez que estuve allí. Eché de menos a Devon, que me dio esperanzas varias veces por si venía alguna noche a verme a Haapsalu, pero no lo hizo. Una noche, sin embargo, había estado volando sobre Haapsalu, eso me alegró y a la vez me enfadó —me alegró que se sintiera atraído por el lugar en el que estaba yo, pero me molestó que no se dejara llevar y viniese a abrazarme. Y con toda aquella inquietud, con todas aquellas emociones negativas apareció la pregunta que me venía hostigando desde dentro: ¿el amor no debería hacerte más feliz?

Devon me llamó una noche, después de haberle mandado un correo con mis reflexiones de aquellos días.

—Tienes la voz triste —me dijo.

—Pues sí.

No me apetecía hablar demasiado.

—Es grandioso que una mujer bella y joven como tú me mande mensajes y correos.

—Me parece muy bien que para ti sea grandioso. Para mí, no obstante, es más bien triste, melancólico, siento inestabilidad ante el futuro y muchos miedos...

—No sufras.

—Es fácil decirlo.

Una noche, cuando estaba echada resignada en la hamaca con un libro y mirando al mar, los amigos a quien visitaba iban a ir al puerto deportivo, habían quedado allí, y me invitaron a ir con ellos. No tenía ganas, pero acepté - ¿tenía algo mejor que hacer? Resultó ser una de las grandes lecciones de la vida del tipo “di sí a la vida y a las ofertas que aparezcan o al menos ¿por qué no? — la gente con quien habían quedado en su yate eran un escritor estonio que vivía en Suecia y su encantadora esposa, una actriz islandesa. No sé si era por la escasez de romanticismo en la que yo estaba o por alguna otra razón, pero salió el tema, y me contaron su historia de amor. Quedé maravillada, él le había pedido la mano dos veces y las dos veces ella se había negado porque no quería casarse, todo estaba muy bien sin ese trámite. Al final él, rechazado, pero sin perder la esperanza, navegó con el yate que él mismo había construido, desde Suecia hasta Islandia y le pidió la mano por tercera vez. La mujer describió vivazmente la situación, ella pensando en que dios mío, dios mío, navegó hasta aquí solo por mí, está totalmente loco, navegó hasta aquí, ahora no puedo decirle que no... Pero ella seguía poniendo más condiciones, se casarían, pero solo en la iglesia que ella decidiera y con el sacerdote que ella eligiese. Él lo consiguió todo. ¿El cielo ayudó? ¿Ayudó mucho? Precioso.

Después de las vacaciones en Haapsalu, un sábado fui con Berit en la misma dirección, a la

playa de Nõva. Tomamos el sol y nos bañamos, fue muy agradable. El sol acarició mi espalda y estuve a punto de dormirme allí sobre la arena.

—Sabes, me pasó una cosa graciosa que confirma definitivamente que la frase „pide y se te dará“ funciona —dijo Berit sentada a mi lado en la toalla.

Abrí un ojo:

—Cuéntame.

—Hace un par de días encontré en la casa de mis bisabuelos un cuaderno de cuando tenía unos 10 o 11 años. No sé si te acuerdas —uno donde tenías que anotar tu comida, bebida, hobbies favoritos, y tu sueño más grande. Y solo lo compartías con las amigas

—Sí, sí, me acuerdo.

Me di la vuelta y me incorporé también.

—Bueno, yo tenía una edad que todavía no se me notaban los pechos, aunque me hubiera gustado tenerlos ya. Pero tampoco me atreví escribir directamente que mi mayor deseo era tener unos pechos grandes, ya que lo iban a leer mis amigas, así que al final escribí que me gustaría tener un cuerpo con más curvas.

Las dos sonreímos.

—Y me parece un ejemplo perfecto sobre la importancia de ser radicalmente exacta con las palabras cuando modulas tus sueños. Porque si hubiera escrito directamente que quiero tetas grandes, la grasa de mi cuerpo se hubiera colocado de otra manera, en esa edad tan tierna, y ¡no dirigiéndose toda a mi culo!

Nos reímos. Berit era preciosa y sabía que no solo lo opinaba yo, pero como casi todas las mujeres ella fantaseaba con pesar tres kilos menos y que su vida fuese mucho más bonita.

—Sí, yo también creo que en la auto programación reside un potencial enorme —reflexioné—. Hace tiempo leí un artículo en Elle británico donde la periodista intentó con la hipnosis aumentar los pechos— en vez de copa A quería B o C, no me acuerdo. Y aunque al principio ella fue bastante escéptica, ¡funcionó!

Berit se ríe.

—Pues sí, la autosugestión es un arma poderosa también en las manos del aficionado —como escribió Hiram^[10] en su “Sabor amargo. —Así que es muy probable que con los profesionales de la sugestión se pueda hacer milagros.

—Sí, pero por otro lado parece demasiado simple o directamente increíble, demasiado esotérico... Aunque creer en esas cosas sin perder el sentido común no le hace mal a nadie.

—Yo pienso lo mismo —dijo Berit. Y añadió tras una pequeña pausa: —Así que soy millonaria y tengo pechos grandes.

Nos reímos a carcajadas.

Me levanté.

—Voy a darme un baño.

Caminé hacia el agua y la arena blanca crujió suavemente bajo mis pies. El agua estaba caliente y transparente. No se veía ni un alma, aunque era julio y uno de los pocos días veraniegos realmente cálidos. Adoro ese vacío y ese silencio. Salir solo unos setenta kilómetros de la gran ciudad merece la pena.

Cuando nos sentamos en el coche a las cinco, el sol lo había caldeado bastante. Berit arrancó y a los pocos minutos el aire acondicionado comenzó a soplar aire fresco.

—¿A qué hora tienes que estar en esa fiesta de cumpleaños? —me preguntó.

—A las siete. ¿Por qué?

—Pensé que podríamos ir a comer a Haapsalu.

—¡Oh, vamos! Tenemos tiempo de sobra, y yo puedo llegar un poco más tarde.

Me hubiese encantado ser siempre tan zen, pero el mes de Julio me trajo unos cuantos momentos poco agradables. En muchos casos todo empezó en mi cabeza —no aguantaba muy bien estar en casa con aquel tiempo precioso, sobre todo por las noches del viernes y los fines de semana, me hubiese gustado salir más o tener más planes, preferiblemente con mi persona más querida, pero Devon estuvo todo el tiempo escondido en su casa de campo. También disfruté estando en casa, había suficientes cosas que hacer como pensar, escribir, meditar, pasear, ir a las cafeterías, a la playa, a las fiestas, también hubo suficientes amigos y gente cercana con quien hacer todas esas cosas. Pero de todos modos había alguien en mi cabeza quejándose y poniéndose triste por no poder estar con Devon. Anhele.

La cosa empeoró tras el choque frontal con Arabella, que fue otra sorpresa desagradable porque no estaba acostumbrada a ese tipo de cosas con mis amigos, donde siempre había reinado la comprensión y el apoyo mutuo.

En un domingo desconsolado le conté a Arabella que tengo una relación con alguien que no quiere comprometerse, pero que provoca en mí sentimientos más fuertes que nunca nadie antes. Me dijo bruscamente que terminase con eso ya.

—Estás perdiendo tiempo con una historia sin futuro —añadió.

—Sabes, es un tema muy interesante, lo he pensado. Mi expareja quiso estar conmigo toda la vida y nuestra historia parecía tener futuro. Pero el día a día se convirtió en un infierno y afortunadamente se acabó todo. Con él las perspectivas futuras, es verdad, no son demasiado buenas, pero cuando estamos juntos es precioso....

—Sí, pero en algún lugar habrá alguien para ti con presente y futuro. Termina esa historia.

—Pero si mi corazón dice que él es ÉL...

—¿Pero si dice que no tiene intención de romper con su vida ni lo hace? ¿Qué haces entonces? ¿Esperas eternamente? Estás perdiendo el tiempo

En ese momento me tragué las lágrimas.

Más tarde conduciendo hacia la casa de mi madre y pensando en terminar la relación con Devon las lágrimas salieron y entonces no pararon de recorrer mis mejillas. Cuando aparqué, traté de recomponerme en el coche, me soné la nariz, me sequé los ojos e intenté tener un aspecto aceptable. Pero las madres son madres, naturalmente vio que algo me pasaba en cuanto entré por la puerta.

—¿Qué pasa?

—Ah... relaciones. Pero no quiero hablar de ello.

—Vamos a pasear, ¿te parece?

—Sí.

Dimos una vuelta larguísima y fue una charla muy interesante. Y me hizo sentirme mucho mejor. Hablamos de la voz del corazón versus la de la mente —por alguna razón siempre me había parecido que para mi madre la intuición era muy importante, pero ahora escuché (estupefacta) que la mayoría de las decisiones en su vida, al llegar a un cruce, las había tomado siguiendo la voz de la mente.

—Y ahora mira adónde he llegado —dijo con cierta amargura—. En paro y sola.

Esas palabras tuvieron un verdadero impacto en mí y en ese mismo momento me prometí escuchar siempre a mi corazón y decidir según sus dictados.

El día siguiente Devon me observó durante todo el día como un gato a un pollito. Lucía una falda negra nueva y una blusa blanca con mangas rosas. Me dejé camelar y por la noche me esperó en su casa con la mesa puesta, una botella de vino rosado y fresas. La noche fue ardiente, en todos los sentidos —la ola de calor seguía y la temperatura interior subió hasta los 30 grados así que los amigos que habitaban casas frescas de madera se volvieron muy valiosos.

La mañana me sorprendió con problemas en el coche —la luz de batería se encendió y el escuché ruidos extraños en el motor, llegué hasta la oficina, pero estaba asustada y deprimida. Fui a comentárselo a Devon, él lo tomó genial —dijo que podía ser el alternador o la correa de distribución y añadió: —Es técnica, es fácil. No como las relaciones humanas.

Me redirigió a un amigo, que tenía su propio taller, llevé mi coche ahí y lo dejé por algunos días para arreglar. Mientras yo me deslicé por la noche otra vez a los brazos de Devon.

La claridad y el sol de la mañana del miércoles fueron deslumbrantes. Delante del espejo de Devon me peiné, me puse mascarilla de ojos y un poco de brillo de labios. Él vino detrás de mí y me miró.

—¿Lista?

—Sí.

—Vámonos entonces.

Su espléndido perfume flotó en su Audi negro. Él condujo tranquilo y seguro. Cuando giramos en frente del edificio de Nordic Air vimos a Peter, el director financiero, fumando en la puerta. Tuve un presentimiento no del todo agradable...

Devon aparcó en su sitio, a la derecha, al lado de la puerta, salimos del coche y Peter vino hacia nosotros. Me miró y después dirigió su mirada a Devon.

—Enhorabuena, tiene muy buen gusto —clavó sus ojos en los de Devon. Los hombres se miraron un buen rato.

—Desafortunadamente no se puede decir lo mismo de usted —dijo al final Peter dirigiéndose ahora a mí.

—¿Gusto en los vecinos que ofrecen transporte cuando tu propio vehículo está en el taller? —pregunté con frialdad.

—¿Por qué te pones roja?

—No me pongo roja, solo te parece que lo hago.

Se vacilaron un poco más sobre el tema de los hombres viejos y mujeres jóvenes, pero ya no era capaz de seguirles. Solo advertí cuando Peter miró de nuevo a Devon directamente y muy largo en los ojos. Cuando subí las escaleras percibí un leve temblor en las rodillas. No hacía falta ningún tipo de explicaciones. La historia era creíble —mi coche estaba en el taller y es totalmente comprensible que un compañero de trabajo, que vive cerca, me traiga a la oficina. Pero Peter era un zorro viejo y tenía muy buen olfato...

Unos días después también mi teléfono decidió ponerse en huelga. Como a mi Nokia de tiempos remotos se le había pasado ya la fecha de caducidad, y me pareció que necesitaba uno

nuevo. Recogí fuerzas durante un par de días, y al final de la semana reuní toda mi valentía y pasé al despacho de Tom.

—¿Puedo molestar un poquito?

—Sí, claro.

Me senté en la silla del otro lado de su mesa.

—Mi móvil viejo se ha roto y eso me hizo preguntarme si quizás Nordic Air quiere comprarme uno nuevo teniendo en cuenta que soy la responsable de las redes sociales y es una herramienta de trabajo.

—Hm... una pregunta con sentido. Sí, por qué no —pensó en un momento—. ¿Has pensado en alguno en concreto?

—Pues iPhone 4S o iPhone 5, son lo que he mirado.

—Yo también tengo iPhone 4S.

—Sí, ese me parece bien.

—Entonces está claro, di en el departamento de la tecnología informática que lo has hablado conmigo y rellena papeles necesarios de la contabilidad y que te pidan el teléfono ya.

Cuando salí del despacho de Tom estaba muy contenta. ¡Fue tan fácil! ¡Pide y te darán!

El día siguiente desayuné con Berit en Boheem. Le comenté las últimas victorias en el trabajo, pero también la discusión con Arabella.

—Oye, si algún consejo te hace sentirte muy mal y te hace llorar, ¡no deberías ni considerar escucharlo! Además, sé un poco crítica con la fuente, mirando las relaciones de Arabella yo no estaría tan segura de tener en cuenta sus consejos sobre relaciones —soltó Berit.

—Sí —estaba de acuerdo con ella—. Es que estaba tan confundida en aquel momento que no podía pensar claro ni valorar adecuadamente las cosas.

—Pues, es comprensible... Tú sabes bien que actuar tiene sentido cuando la situación o la voz interna te exige actuar, y no cuando alguien te diga que hay que hacerlo. Acepta tranquilamente que hay ciertas obligaciones y la gente tiene expectativas, escúchalas y luego haz lo que a ti mejor te parezca.

—Sí. Y también pensé en esa frase preciosa que quienes te quieren, quieren lo mismo para ti que lo que quieres tú, es decir, aceptan tus elecciones.

—Efectivamente, no te puedes traicionar, a los demás tampoco, pero antes de nada a ti misma.

—Y sabes, otra cosa que pensé... Quiero una relación estable y convivencia, porque llegué a la conclusión de que puedo hacer todo lo que quiero también estando en pareja; quiero compartir con alguien todo lo que la vida ofrece; sé que en la vida que merece la pena vivir existen el amor y la libertad, son las dos caras de la misma moneda, la persona necesita a ambos.

—Sí, estoy de acuerdo contigo del todo. Y creo que lo que tenga que venir, vendrá, antes o después.

—Solo que... Gran parte de este julio ha sido un infierno. Y lo extraño es que a pesar de mi melancolía tengo el mismo efecto en los hombres que la miel en las moscas. Los he conocido en todos los lugares pensables e impensables. En la playa, el domingo en la cafetería, en la conferencia de historia... He salido con unos cuantos, pero eso solo profundiza en mi sensación de que no consigo, no quiero, no puedo... solo quiero estar con Devon.

Berit me miró con compasión.

—No se me ocurre otra cosa que decirte, salvo tu frase favorita, sigue el flujo de la vida —me

dijo al final.

Una noche de julio Devon estaba muy cansado, le dejé en paz y me quedé en casa leyendo, escribiendo, escuchando música, y bebí una cerveza Saku on Ice. Estaba bien. Y a la vez no paraba de pensar en el hecho de que él podía preferir dormir solo a dormirse entre mis brazos.

Por la mañana bajando las escaleras comencé un juego: si me besa al llegar al coche, no saco el tema, si no, lo sacaré. No me besó y saqué el tema.

Y le dije que estoy pensando en ofrecer una oportunidad a algún otro pretendiente. Porque siento que no tengo fuerzas para salir con cinco hombres diferentes, no me produce alegría y yo creo en las cosas que me traen alegría.

Y que echo de menos la sensación de ser cuidada y amada.

Devon opinó que lo importante era lo que yo sentía... Y sé que tiene razón... Y le quiero... Pero soy mujer y parece que necesito palabras, y la sensación de ser amada también.

En la barra de seguridad le pedí perdón por haber sacado esos temas así por la mañana, y fue muy dulce y me impresionó su manera de contestar, de que no debería pedir disculpas, que podemos hablar siempre de todo. Pero cuando añadió que en una cosa mi sensación interna se erraba y que él no era mi alma gemela, entonces... Me destrozó.

8

A principios de agosto pensé que mi preciosa historia con Devon había terminado. Fui sincera conmigo misma y reconocí la verdad —la mayor parte del tiempo yo no era muy feliz. Sí, hubo esa sensación inmejorable, en algunos momentos, estando juntos y... Pero también hubo demasiada desolación y estrés porque no me prestaba suficiente atención, me pareció que no le importaba. Y eso me hizo actuar de la manera que no casaba con la visión que yo tenía de mi yo superior.

Fui a comer con Thor, los compañeros de estudios y amigos son un regalo del cielo, en general, pero en especial en situaciones así. Mis ojos se llenaron de lágrimas, puso sus manos sobre mis hombros y me abrazó.

—No seas tan amable conmigo, o lloraré a lagrima viva —le advertí.

—No pasa nada.

—Eres tan tierno —le dije cuando me había recuperado un poco—. Es que andaba metida en una historia muy grande y ahora me parece que todo se ha acabado.

—Comprendo.

Sabía que comprendía, también yo había estado a su lado en sus momentos duros. Es una buena sensación. En lo bueno y en lo malo. Uno al lado del otro. Tener a alguien en quien confiar.

Inspirada por la receta para sanar el corazón partido (“vitamina E, dormir mucho, beber grandes cantidades de agua, viajar lo más alejado posible de la persona amada, meditar y aclararle a tu corazón que el destino lo quiso así”) del libro “Come, reza, ama” de Elizabeth Gilbert y por la invitación de Margaret, a principios de agosto fui a Estocolmo. Fueron unas minivacaciones muy placenteras —Margaret y su pareja sueca Stig me recogieron del aeropuerto, holgazaneamos en la bonita casita del lago de Stig, nos bañamos, comimos sushi en un restaurante cercano y por la noche salimos a tomar copas. Además, Estocolmo me alegró con el próximo episodio de la magia de las vallas publicitarias —toda la ciudad estaba cubierta de carteles donde se podía leer —*this fall a great story begins* —este otoño comenzará una gran historia... y dos noches seguidas conseguí ver las luces artificiales. Antes del vuelo de vuelta pasamos por Sigtuna, un pueblo dulce e idílico donde viven muchos pilotos y azafatas de vuelo, por la proximidad del aeropuerto y con altos precios inmobiliarios. Me enamoré hasta las trancas de este pueblo.

Al volver de Suecia, me sentí mucho más animada. De nuevo me sentí viva.

Una noche estaba de camino para ver a Berit cuando presencié algo extraño.

—Sabes, creo que acabo de ver un rayo en un cielo claro —dije cuando la vi en NOP.

—¿En qué sentido?

—Viniendo hacia aquí, me paré en un cruce para mirar que no viniesen coches y por casualidad miré hacia el pararrayos del tejado de una casa de madera. De repente hubo una chispa, un estallido y un ruido atronador. Por un momento pensé que algo había explotado en algún lugar cercano, pero luego vi que, aunque delante de mí el cielo estaba claro, detrás asomaron las nubes de la tormenta.

—¡Brutal! Por cierto, justo estaba hojeando un libro de Deepak Chopra y ahí leí que esperamos que el amor nos llegue como un rayo en un cielo despejado, cuando la verdad es que el amor crece a través de contacto diario y de la rutina.

—Oh... ¡qué bonito!

—Y como ya estamos yendo por el camino del *new age* entonces, ¿sabes?, se me ocurrió una idea muy interesante sobre el tema de la casa versus la vida.

—¿Cuál?

—Pues si decimos que tu entorno físico refleja lo que pasa en tu interior, entonces... estoy encantada con mi dormitorio, pero con el resto no tanto. Y de repente me di cuenta de que en mi vida pasa algo similar —estoy encantada con mi relación, pero el resto tiene espacio de mejora de sobra.

—¡Qué alucine! En el sentido de que... Yo estoy muy contenta en mi estudio con todo, pero la inexistencia de dormitorio... Me gustaría tener mi dormitorio, personal, para diseñarlo según mi gusto. Y en comparación —me gusta mi vida mucho, pero me encantaría poder añadirle una relación estable.

Seguimos con el tema y nos inspiramos las dos, después limpié la casa y estuve recolocando muebles hasta muy tarde.

Devon se había ido a descansar a su casa de campo durante dos semanas y su miraba ya no centelleaba delante de mis ojos a diario, eso me facilitó bastante la vida y me ayudó a concentrarme más en el trabajo. Sin embargo, tenía material al que dar vueltas ya que nos había invitado a visitarle a su casa de campo, a unos cuantos compañeros del trabajo y a mí, — reflexioné largo si ir con el grupo o si ir sola. Al final decidí ir con el grupo.

Devon había construido una sauna al lado del lago y para celebrarlo organizó a finales de agosto una fiesta para los compañeros más cercanos. Invitó a su casa del sur de Estonia a Tom, Margaret, Mia, Emma, Egert (quien vino con su simpática esposa Anni y sus dos hijos, Pärli de cuatro años y Hubert de seis) y a mí.

Saldríamos el jueves por la tarde y aquella mañana en la oficina estábamos entusiasmados. Aguantamos cada uno en su mesa hasta las dos y después nos organizamos en tres coches para salir. A la mitad del camino hicimos una parada deliciosa y divertida para comer en el fantástico restaurante de Põhjaka Feudo, y seguimos hacia el sur.

Estaba encantada con la escapada, aunque iba con ciertas dudas sobre si era lo más correcto, por todo lo que había habido entre nosotros desde la primavera. Fui contenta porque me había invitado a su fiesta, pero a la vez albergaba sentimientos encontrados. Pero bueno, la buena compañía, la sauna y el lago... Solo estas tres cosas eran razones suficientes y apetecibles.

Justo antes de llegar una pequeña ardilla cruzó la carretera delante de nosotras, provocando agitación en Margaret, Emma y en mí. Del sueño veraniego, donde apareció la misma ardilla, me acordé mucho más tarde.

Cuando llegamos, estaba lloviendo, pero a pesar de ello Devon nos estaba esperando fuera. Durante las vacaciones le había crecido la barba y estaba inquietantemente sexy. Nos enseñó su propiedad, era impresionante. Un hermoso terreno verde rodeado de bosque, manzanos, con una vieja casa de campo junto a un lago, y al lado la nueva sauna y un romántico embarcadero.

Egert y Anni estaban celebrando su aniversario de bodas así que Egert preparó mojitos y ron con coca-cola para todos. Devon, que además de otras virtudes sabía y disfrutaba cocinando,

había hecho carne a la brasa y una ensalada exquisita. Comimos, bebimos y conversamos durante un buen rato, y después los hombres fueron a sauna y solo quedamos las mujeres

Pärli bailaba por la habitación, y llegó hasta Mía y se sentó a su lado. Mía acabó la frase a medias y sonrió a la pequeña niña rubia.

—Sabes —dijo Pärli con confianza—. En casa no tenemos luz.

—¿En qué sentido? ¿Se fue por la tormenta? —preguntó Mía amablemente.

—No. No tenemos luz en general.

Todo el mundo comenzó a reírse.

—Quien iba a decir que un gran miembro de la dirección de una aerolínea tiene que vivir en aquellas condiciones —no pude dejar de vacilar. Anni, que había salido un momento de la habitación, volvió, le contamos lo que había dicho Pärli, empezó a reírse también y aseguró que en su casa están todas las comodidades modernas.

Poco a poco la conversación se fue apagando, hasta que notamos cierto aburrimiento en el aire así que fue fácil unirme cuando Mía puso sobre la mesa el tema de la sauna diferente para hombres y para mujeres. Traje mi bikini del coche y fuimos, Margaret, Emma y Anni con los niños.

La estampa de la sauna junto al lago era preciosa. Después de unos veinte saltos desde la sauna al lago empecé a sentirme muy bien. Teniendo en cuenta mi consumo razonable de alcohol en general, es verdad que había bebido demasiado —primero mojitos, luego cuba libres y en la sauna un poco de cerveza—, pero gracias al calor de la sauna y el frío del lago, aún mantenía la cabeza en su sitio. Fuera oscurecía, el cielo estaba claro y millones de estrellas brillaban. Nadé lejos de la orilla, eché la cabeza hacia atrás y disfruté del toque aterciopelado del agua en mi cuerpo y de la oscuridad de la noche aún más suave encima de mi cabeza. Oí un bufido detrás de mí, giré la cabeza y ahí estaba Devon. Con su barba y sus bufidos parecía una morsa, me acordé de la canción “El error de morsa” de Jaan Tätte, y comencé a reírme por la asociación espontánea.

—¿De qué te ríes? —me preguntó al acercarse.

Nadé rápido y me alejé.

—De nada. Estoy feliz.

—¿Por qué?

—Por la sauna, por el lago, por la gente divertida.

—Me alegre.

Nadé de vuelta hacia el embarcadero, al llegar a la parte baja del agua, me puse en pie y en dos pasos estaba en la orilla. Saliendo del agua me acordé de haber encontrado en un periódico una lista de las escenas de películas más sexys de todos los tiempos y la primera era la salida del agua de Ursula Andress como chica-Bond, esa idea me hizo gracia, me imaginé que era ella.

Fui a sauna un rato más, pero sentí que ya era suficiente. Me estaba vistiendo cuando sentí físicamente que alguien me estaba mirando. Me di la vuelta, la puerta estaba entreabierto, Devon estaba en el otro lado de la puerta y me estaba comiendo con la mirada. Antes en la oscuridad de la sauna me había cogido la mano y aunque según sus propios estándares eso había sido terriblemente peligroso e irracional, le dejé hacerlo y disfruté del temblor excitante que provocó en mí.

Los demás estaban bebiendo y charlando delante de la sauna, me uní a ellos. Después me alejé un momento y mirando al cielo vi varias estrellas fugaces. Agosto es una época mágica, la lluvia de estrellas de San Laurentius y las Perseidas, solo mira hacia arriba y desea...

—¿Qué haces? —preguntó Margaret, cuando vi otra estrella fugaz y fascinada cogí una bocanada de aire.

—Estoy mirando estrellas fugaces y pidiendo deseos.

—¡Yo también quiero! —resumió Margaret la reacción de todos y la gente sentada antes debajo del techo de la terraza salió a mirar el cielo conmigo.

—¿Sabéis que no podéis decir qué habéis deseado porque entonces no se cumple? —preguntó Devon.

—Deseo que Italia ganase el partido de fútbol entre Italia-Estonia —dijo Egert.

Todos se rieron.

La charla seguía, pero había menos estrellas fugaces que antes, perdí la noción del tiempo.

Advertí que Tom había ido solo al embarcadero a ver estrellas y se había quedado fuera de la conversación, pareció sentirse tan solo. No fui consciente, pero acababa de dar solo unos pasos y me había ubicado a su lado, como si hubiera llegado flotando.

—¿Hay alguna fugaz?

—Pues no —contestó un tanto indignado.

—Antes había muchísimas, habrá más...

Nos quedamos hablando, y los otros nos gritaron alguna broma desde la sauna, pero no les prestamos atención. La distancia entre nosotros se hizo cada vez más corta y de repente Tom me abrazó. No supe cómo reaccionar, pero como era agradable, le dejé hacerlo. Y reconocí, sin ganas, una chispa de alegría dentro de mí —si Devon lo vio, pues... No era bonito actuar de esta manera ni pensarlo siquiera. Como tú no me quieres, entonces mira lo que hago, en vez de a ti abrazo al presidente, aunque no hubo manera de evitarlo. ¿O no quise evitarlo?

La noción del tiempo seguía perdida, noté que los otros ya se habían marchado a dormir y nos quedamos Tom y yo solos. Miramos al cielo, él perdió la esperanza de ver una estrella fugaz y yo empecé a sentir frío así que nos fuimos hacia la habitación.

—De ninguna manera quiero presionarte y no tengo ninguna intención, solo te pregunto... ¿quieres dormir sola o puedo invitarte a dormir entre mis brazos? —me preguntó parándose cerca de la casa.

Pensé rápido.

—No voy a acostarme contigo... En ese sentido... Pero si quieres que vaya a dormir simplemente a tu lado, eso lo puedo hacer. Puede que me salves de una posible muerte por congelación —ofrecí.

—Mira, ¡Una estrella fugaz! —dijo con una sonrisa.

Eran sobre las siete cuando me desperté con la luz del sol en mis ojos cerrados aún. Llevaba toda la ropa puesta, Tom estaba a mi lado, yo entre sus brazos y sus cálidos ojos marrones brillando.

—¡Buenos días!

—Buenos días... ¿Has dormido algo? —le pregunté.

—No mucho... solo te estaba mirando —respondió.

—¿Qué hora es?

Tom se estiró hasta su reloj.

—Las siete.

—Sabes que ahora debería irme a mi cama —dije. Y trepé sobre él rápido fuera de la cama.

Tom pareció de repente del todo abatido.

—¿Y así te vas?

—Pues sí.

Me habían reservado una cama en la misma habitación que Margaret y Emma, y hasta mi cabeza medio dormida y no del todo sobria entendió que era mejor estar ahí cuando se despertasen. Entré en la habitación con sigilo y afortunadamente nadie se despertó. Estiré la manta hasta la barbilla, aunque seguía teniendo frío.

No pude dormirme, no paraba de pensar. Me desperté en los brazos del señor Presidente. Me desperté en los brazos del señor Presidente. Oh. Dios. Mío. Gracias a Dios que tenía la cabeza en su sitio y solo me limité a dormir a su lado. Pero, aun así. Tan poco tiempo después de la aventura con Devon, ahora esto. Después de la aventura no del todo acabada. Y Tom estaba casado y padre de dos niños, uno de ellos muy pequeño. ¿Por qué lo hice? ¿Por qué lo hizo? Pufff...

Comprendí que no podría dormir. Me levanté. Delante de la casa había una terraza con sillas, saqué una de ellas al sol y me calenté ahí. A los pocos minutos vino Tom y se sentó a mi lado. Noté su mirada en mí. Traté de aparentar serenidad y fingir que estaba concentrada en calentarme al sol.

Poco a poco empezaron a levantarse también los demás, Devon sirvió el desayuno y Emma le ayudó. Todo el mundo estaba un poco somnoliento, pero poco a poco iban espabilando. La pequeña Pärlí mostró a Devon, ante la atenta mirada de su hermano un truco con un vaso, Devon la observó con atención y mi corazón se encogió de dolor. Además, eso. Que mi corazón seguía queriéndole y que también había pensado hasta en tener familia un día con él. Y en vez de eso... Yo había aterrizado rápido después de una aventura con el vicepresidente directamente en los brazos del presidente. Fantástico. Simplemente fantástico.

Nadamos un poco más y fuimos al lago con la barca, saqué las piernas sobre el borde de la barca, el agua fue sanadora, me hizo volver a estar conmigo misma.

A la hora de comer, después de largos agradecimientos al generoso anfitrión, arrancamos varios coches para volver a Tallin, menos Tom que fue a su casa de campo con su familia. Estábamos con Mía en el asiento de atrás, ninguna demasiado habladora tal vez por la falta de descanso, así que tratamos de dormir cada una en su esquina. No sé ella, pero yo no conseguí hacerlo, los pensamientos galopeaban como caballos salvajes por mi cabeza.

Dormí un poco en casa, por la noche vino Thor a recogerme para ir juntos al cumpleaños de Risto. Otra colección de hombres que han llegado a mi vida y con los que viví diferentes capítulos de mi vida, causando afortunadamente situaciones bastante menos complejas que la colección más nueva...

—Bueno, ¿qué tal la fiesta de ayer? ¿Qué pasa?, tienes una cara rara.

—No iba a hablar de esto con nadie y si lo cuentas, te mataré, pero... me desperté entre los brazos del presidente. Y me siento fatal, justo después de Devon una cosa así...

Thor se rio.

—Perdóname, mi querida, lo que voy a decir ahora, pero me alegro de conocer a la persona

que de verdad dirige a la aerolínea nacional.

—Vete ya sabes adónde...

—No te enfades, ya sabes que estoy bromeando.

El sábado por la mañana fuimos con Berit, su novio Adrián y Risto en barco a Finlandia, por la noche era el concierto de U2 en Helsinki. Al volver a casa el domingo por la tarde estaba tan cansada de los acontecimientos pintorescos de las últimas tres noches que me metí temprano en la cama y me dormí. No me dio tiempo preocuparme de cómo sería la mañana del lunes y el reencuentro jovial con mis dos compañeros de trabajo favoritos. Ni con todos los demás.

El lunes por la mañana, sin embargo, estaba muy preocupada. Pero como la preocupación no es una actividad nada constructiva, reuní toda mi valentía y me fui a trabajar con ánimo.

Tom vino enseguida a hablar conmigo, en cuanto llegué a la oficina. Me preguntó por el concierto y fue muy amable así que me hizo sentirme mucho mejor. Devon vino un poco más tarde y me preguntó sobre el fin de semana, y lo hizo de manera relajada y agradable.

Me senté a mi mesa y abrí el buzón de correo. Tom me había escrito el sábado por la noche. Abrí el correo.

De: Tom

A: Laura

Asunto: ...

Laura,

Aquí estoy sentándome un sábado por la noche y leyendo “La Chica del Dragon Tatuado” (por cierto, decidí comprar la trilogía solo cuando un crítico literario comparó al autor con Astrid Lindgren) y escuchando mis canciones favoritas. Ese momento silencioso perfecto para estar solo... Pues bien, ¿por qué te escribo sobre esto? Simplemente me encontré con la canción “Want You To Know” de Freelance Hellraiser (quizás la conoces, la utilizaron en un anuncio) y me quedé escuchándola...

I want you to know you make me happy

I want you to know you make me sad

I want you to know you make me happy

You were the best thing that I ever had...

Quiero que sepas que me haces feliz

Quiero que sepas que me pones triste

Quiero que sepas que me haces feliz

Eras lo mejor que nunca tuve

Y entonces me entraron unas ganas irresistibles de escribirte... La verdad es que los dos últimos días he estado en un campo de batalla „interior“ donde mi yo racional está luchando (una lucha sin sentido) con las emociones... En paréntesis, me encantan los puntos suspensivos. Deja tantos cabos sueltos para que la mente pueda volar...

Pero esa lucha en realidad no tiene mucho sentido porque ¡las emociones tienen que ganar siempre! Sí, las últimas citas en tu blog ¡dieron en la diana! Otro paréntesis, soy lector regular de tu blog desde hace mucho tiempo.

Bueno, y era verdad que vi una estrella fugaz antes de entrar dentro en la noche de Võrumaa. Y fue en ese momento que entendí que estaba perdido (como siempre, la frase inglesa de „I'm lost“ es bastante mejor y con más significados). Esos momentos en aquel jueves fueron un verdadero despertar, cuando comprendes cuántas cosas en la vida has hecho mal y lo bonita que podría ser de verdad... Laura, ¡gracias por esto! Eres especial... Todavía me cuesta creer mi suerte, aunque vaya a ser corta... Ahora viene otro lugar para puntos suspensivos porque no hay palabras...

¿Qué pasará ahora? De verdad, no lo sé... ¡Yo ya tengo mi “subidón” y estoy feliz, aunque nuestro jueves solo será un recuerdo de estrellas fugaces y de posibilidad de pasar una noche fría de manera cálida —sin expectativas! No obstante, acabo de engañarme con la última frase... ¡Brutalmente! Cuando has vislumbrado un mañana diferente y mejor, no quieres conformarte con menos...

Ahora lucharé mi batalla con el teclado (o tecla “borrar” o “enviar”) y si esta carta te llega, es que las emociones ganaron...

Tom

Me agarré con las dos manos de la mesa porque me pareció que si no lo hacía me iba a caer de la silla. Era una de las cartas más bonitas que he recibido en mi vida. Había comenzado a volar muy alto con cada frase, pero intenté parecer tranquila y prudente y serena, y escribir el editorial de Tom.

Devon iba a venir a mi casa a tomar té el miércoles por la noche, pero su vuelo con un aprendiz se alargó —vieron desde el aire como el siguiente avión de transporte de Polonia se cayó, afortunadamente sin víctimas, pero cerraron la pista de aterrizaje durante unas horas. Al final pensó en ir a aterrizar al aeropuerto de Rapla, pero por fin le dieron permiso para aterrizar ya que la distancia de freno de una avioneta es más corta y abrieron un trozo de pista para ellos.

Una semana después de la fiesta de Devon, a finales de agosto, se organizaron los días de verano de Nordic Air, más bien el día de verano, fue un jueves, y ese año se encargaba de todo la división financiera y comercio. Por la culpa de la crisis económica el presupuesto estaba ajustado y cada división organizaba por turnos días de primavera, de verano, de otoño y de invierno.

Estaba en el mismo equipo que Tom, Devon, Ilse y Egert. Fuimos todos en coche de Tom al aparcamiento debajo de la plaza de Libertad, paseamos por la ciudad vieja y buscamos respuestas a las preguntas de la gymkhana que se había montado. Ilse se separó y fue sola, y los demás nos quedamos tomando cerveza en la plaza ayuntamiento, fue muy entretenido.

Algunas respuestas me las dieron amigos por teléfono, otras las encontré gracias a mi nuevo móvil y Google. Al final del juego volvimos al coche, a la siete nos reencontramos con el resto de

los equipos debajo del semicírculo del Auditorio del Festival de Canto. Comimos, bebimos, charlamos y cantamos, lo pasamos genial.

Al acabar los juegos de orientación y la exaltación de la amistad entre todos, un par de horas después la gente empezó a despedirse.

—¿Nos vamos también? ¿Puedo llevarte a casa? —se ofreció Tom.

—Sí, eso sería muy amable de tu parte —sonreí y miré largo en sus ojos que llevaban brillando de manera especial toda esa semana.

—¿Os vais ya? —nos preguntó Devon—. ¿Me podéis llevar también?

—Claro, por qué no —contestó Tom animado.

Nos despedimos de los demás y nos marchamos. Caminamos los tres por el camino ancho y directo hacia el aparcamiento junto al mar. No vi la imagen desde fuera, pero debía de ser algo parecido al final de una película de acción cuando los tres supervivientes caminan hacia la puesta de sol. Mis dos hombres y yo. ¿Cuánto sabían ellos de la poética de esa situación? Devon intuyó algo, estaba convencida.

—Tengo mi coche en el Air, ¿vale? —dije a Tom sentada ya en el asiento del copiloto.

—Sí. Justo estaba pensando cuál es la mejor manera de ir —contestó Tom.

—Bueno, puedes llevar primero a Devon a casa y luego a mí a Air o a los dos a Air y yo llevaré a Devon a casa, vivimos muy cerca —ofrecí. Evidentemente no mencioné nada sobre haber quedado con Devon, por su iniciativa, para tomar té más tarde, que me apetecía muchísimo en esa fresca noche veraniega.

—A mí me parecen bien las dos opciones —comentó Devon desde el asiento de atrás.

Tom no dijo nada, arrancó el coche. Sentí hasta náuseas por la intriga - ¿cuál de los caminos elegiré? Y noté una pizca de decepción cuando comprendí que primero iba a llevar a casa a Devon.

—¡Buenas noches! —soltó Devon y saltó del coche cuando Tom se había parado delante de su casa. Cuando se cerró la puerta, Tom pisó el acelerador y el coche seguía su marcha. Cogió mi mano. Le miré y sonreí.

—Así que decidiste ir por aquí.

—Sí, pensé que así puedo abrazarte.

Era dulce.

Diez minutos después estábamos delante del edificio de Nordic Air. Desafortunadamente llegaron más coches —no era la única que había dejado el suyo ahí. Tom se paró delante de la puerta principal, le miré en los ojos, eché un vistazo a los compañeros de trabajo moviéndose de aquí para allá y volví a perderme en su mirada.

—Pues, me parece que lo del abrazo se queda en nada —admití.

Tom miró a otro lado.

—Sí. Pero mañana entonces —dijo.

—Sí. ¡Buenas noches!

—Igualmente.

Salté del coche y entré rápido por la puerta principal. Cogí mis cosas de la cuarta planta, corrí escaleras abajo, me senté en mi pequeño coche, arranqué y pisé el acelerador. Estaba dejando atrás la barrera de seguridad, cuando sonó mi teléfono. Devon.

—Muy oportuno —estaba riéndome al contestar.

—Claro, suponía que por ahora deberías ya estar en tu coche —sonó desde el otro lado.

—Estoy. Y en camino a casa.

—¿Te recojo dentro de un cuarto de hora delante de su casa?

—Genial.

Subí el volumen de la música y pisé más fuerte —un poco más de lo permitido en la ciudad, pero me sentía plétórica.

Ya había salido de la carretera principal cuando mi móvil sonó de nuevo. Lo miré sorprendida. ¡Tom!

—Dime...

—Hola! Yo... No puedo dejar de pensar en ese abrazo que no pudo ser y pensé en que ¿quizás paso en un momento por tu casa? —ofreció dudando.

—¿Dónde estás?

—En camino hacia Nõmme, pero no importa.

—No, pero sabes, es tarde y tengo bastante frío y si... ¿nos abrazamos mañana? —improvisé rápido sintiéndome fatal.

—Vale. Vale. Hacemos eso. Perdona.
—No, fue una idea muy dulce, no te disculpes.
—¡Buenas noches!
—¡Buenas noches!

Cuando colgué, mis manos estaban temblando. Joder. Por los pelos.

El momento siguiente vi un cartel publicitario al lado de la carretera "¿Quieres jugar a lo grande?" cogí aire. ¿Esto qué era? ¿Otra señal? ¿El universo se burlaba de mí?

Aparqué el coche delante de mi casa, el Audi negro de Devon ya estaba esperando. Por si acaso miré alrededor y entonces corrí de mi coche al asiento de copiloto del suyo.

—¡Hola!
—¡Hola! ¿Vamos?
—Sí.

Un suspiro se escapó de mis labios en cuanto salimos.

—¿Qué pasa? —me preguntó preocupado.
—Ah, solo... nada.

El piso de soltero de Devon era cálido y el té y el ron ayudaron subieron aún más la temperatura. Fue placentero charlar de las últimas fiestas, de la vida y del amor. Me sentí tan bien con él, tranquila y libre. Parecía que todo lo del verano estaba superado.

—Sabes, me siento muy agradecida. Eres tan inspirador.

—¿En qué sentido? —preguntó Devon.

—Estaba pensando en tu manera de vivir, la verdad es que es genial —durante la semana en la ciudad y desde el viernes hasta el lunes temprano en el campo. He reflexionado sobre dónde se está mejor, en la ciudad o en el campo, pero en realidad en cada lugar se está siempre bien.

—Me alegro si he podido inspirarte.

Hablamos de nosotros y de las relaciones, no estaba tensa y todos los temas fluyeron libres y de manera amable.

—Hubo un momento contigo que fue emocionalmente muy duro para mí.

—Lo sé.

—¿Pero no hiciste nada? Las mujeres aman con los oídos, ¿sabes? Así que es bastante fácil consolarnos.

—Lo sé. Pero no consideré apropiado decir cosas que hubiesen alentado tus sentimientos, cuando yo no estaba dispuesto a ofrecerte más.

Pensé un rato.

—Pero ¿qué hay de verdad en el dicho de que los hombres aman con los ojos? —hice un movimiento inesperado.

—Bueno, naturalmente otras cosas son más importantes... Pero sí, como persona te valoro cuando llevas vaqueros igual que cuando llevas un vestido, pero a mis ojos le gusta más el vestido.

—Sí, te entiendo, me pasa lo mismo si tienes una barba de tres días o de seis.

Nos reímos juntos.

En algún momento fuimos de la mesa de la cocina al sofá, me eché en sus brazos. Intentó besarme demasiado fuerte, traté de esquivarlo y protesté en voz alta.

—La verdad es que ahora por fin he decidido ser tu amiga —dije quitándome lo encima.

—Tienes un cuerpo tan bonito —me respondió.

Me reí.

—¿Estás escuchando de lo que te hablo?

—Sí. Eres mi amiga. La amiga más guapa que he tenido jamás. Te quiero tanto.

Nos reímos y charlamos un rato más. Cuando llegó ese momento complicado de decir en qué casa dormir, tomé la decisión correcta de marcharme, orgullosa de mi autocontrol.

9

Estaba algo nerviosa antes de la primera cena con Tom. Vino a recogerme y me llevó a Ö. Solo una parte de mí estaba tranquila y entretenida. Había pasado medio año de la cena con Devon en el mismo lugar —la misma decoración, solo un actor y la mayor parte del texto eran nuevos.

O más bien, hubo muchísimo menos texto. Pedimos, nos trajeron las primeras bebidas y vino el chef a saludarnos. Después comenzó la conversación lenta con Tom, intercambiamos frases cortas, aunque pesaba más su constante mirada. Yo apartaba la mirada, me incomodaba un poco, el ambiente se fue tornando un poco raro.

—¿En qué piensas?

Silencio.

—Eres tan preciosa —dijo por fin—. Todavía no me puedo creer que de verdad esté aquí contigo.

Le sonreí. ¿Qué más se puede hacer con un hombre que dice esas palabras?

A lo largo de la cena entendí que estaba muchísimo más tranquila que en la primera cena con Devon. Tenía buen apetito y supe qué elegir de la carta.

El grupo de solteros británicos que habían llegado después de nosotros se había sentado un par de mesas más allá y se les escuchaba cada vez más. Su aspecto era más cortés que la mayoría de su especie, pero al final su esencia prevaleció. Durante nuestro postre empezaron a cantar invadiendo todo el restaurant *“Let’s talk about sex, baby / Let’s talk about you and me / Let’s talk about all the good things and the bad things / That may be.* —Vamos a hablar del sexo, querido/ vamos a hablar de ti y de mí/ Vamos a hablar de todas las cosas buenas y las malas/ que pueden suceder...

Tom miró largo la mesa. Cuando por fin levantó su mirada, sonreí.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó cuando habíamos cenado.

—No sé —salió automáticamente.

—¿Tomamos un par de copas en algún lugar más tranquilo?

—Buena idea.

—Pero ¿dónde...?

—¿Has estado en el bar de la 30 planta de Swissotel? ¿Horisont? —le pregunté.

—No, pero suena fenomenal.

—Tiene unas vistas preciosas... Y buenas copas también.

Tom pagó la cuenta y fuimos en su coche a Swissotel. Alguien, a quien intenté ignorar, admitió en mi cabeza, que no me gustaba conducir ni que alguien lo hiciera ami lado después de haber bebido vino.

Aparcamos en una calle cercana, pasamos por el lobby de Swissotel y subimos en ascensor a

la planta treinta. Dejamos nuestros abrigos y encontramos sitio al lado de una ventana enorme panorámica. El bar estaba en penumbra y había poca gente, detrás de la ventana brillaban los rascacielos en medio de la noche aterciopelada, la iluminación de las calles, el casco histórico alejado y los barcos del puerto. Detrás de todo se podía intuir el mar oscuro.

La camarera me trajo un *Watermelon Martini*, y a Tom un *Lost in Translation*. ¿Casualidad?

Hablamos, pero los temas eran demasiado serios y no me sentí bien. Cogí de la mesa bajita mi glamuroso Martini, hice un gesto raro con la mano y la bebida se cayó encima de mi falda blanca y hasta dentro de mis zapatos, como pude comprobar un segundo más tarde.

Maldije para mis adentros. Salvé con un par de servilletas lo que pude salvar y entonces me quedé mirando a Tom sin saber muy bien qué hacer.

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Qué quieres hacer? —me preguntó.

—Pues teniendo en cuenta la situación, creo que irme a casa...

—Te llevo. Pero... —cortó la frase.

—¿Pero?

—¿Quieres ir sola o podríamos tomar algo más en tu casa?

—En principio podríamos, pero no tengo nada en casa y a estas horas... —miré rápido el reloj de pulsera que marcaba medianoche, "...no podemos conseguir nada de ningún sitio tampoco.

—Sabes... pasaremos por mi casa, tengo varios buenos vinos en mi casa.

—Pero... ¿Has bebido y vives en Nömmme?

—Es muy poco, no pasa nada.

—Vale.

Traté de no pensar en lo que podría pasar si policía nos parase y notase que Tom llevaba un par de copas. Tratándose de él, su posición... pero él mismo no parecía ser consciente de ello para nada.

Esperé en el coche, él subió y bajó con dos botellas de vino. Empecé a sentirme mejor solo cuando había aparcado su coche delante de mi casa en Kalamaja y subimos las escaleras. Abrí la puerta, entramos, encendí las luces, pero no todas para que la penumbra fuera acogedora.

Nos sentamos en la mesa de la cocina, Tom abrió una botella y lo sirvió en preciosas copas de Iittala.

—¿Por qué brindamos? —pregunté agitando pensativa el vino en la copa y mirándolo.

—Por ti.

—Mejor brindamos por nosotros.

—¿Por nosotros! —dijo Tom mirándome en los ojos.

Miró la mesa y después a mí.

—Sabes... siento que si no tuviera hijos mandaré ahora mismo un mensaje diciendo que ya no volveré más —salió de sus labios.

Estaba callada y no supe decir nada.

Le dejé pasar la noche, fue una noche hermosa. Por la mañana se fue a su casa de campo con su familia y yo fui a desayunar a Boheem con Berit. De un coche que pasaba despacio escuche la

letra de una canción “cuando los sueños se han hecho realidad, ya no se puede abandonar” ¿qué fue eso? ¿El universo y su amable sentido del humor?

Tom me llamó el domingo volviendo de su casa de campo. Yo estaba en la oficina imprimiendo las páginas recién diseñadas de la revista. La euforia que me había acompañado desde la mañana del sábado cesó de golpe hablando con Tom, al parecer algo en mí esperaba algo muy distinto a lo que escuché.

Luego pensé por qué fue así y en cómo consolarme y me acordé de que mirando estrellas fugaces en Võru deseé un amor grande - ¿es posible que el universo haya reaccionado enseguida? ¿Sabré recibirlo? ¿Es cierto que se cumplen los deseos en cualquier momento? Recordé algo que había leído en algún lugar sobre que la rápida satisfacción de deseos puede ocasionar ansiedad, la razón: toda la basura oculta en el subconsciente.

¿Qué haría si supiese que todo saldría bien, mejor de lo que pudiese imaginar? La respuesta era simple, fluyendo con tranquilidad, disfrutando cada momento... No estaría preocupada si tuviera lo que quiero, si las cosas fueran como deseo. Confiaría en la vida porque sé que todo irá como debe ir.

Una relación es creatividad, es autoexpresión, expresar lo que quieres ser y eres. ¿Qué quiero dar, cómo ser con esa persona?

El lunes por la noche estuve tres horas con Tom en Pirita, al lado del mar, en la cafetería Päril hablando sin parar.

—¿Sabes que inspiras a la gente? —preguntó Tom.

Le sonreí.

Los temas fueron tornándose cada vez más serios. Tom estaba convencido de que iba a terminar su matrimonio, yo lo dudaba.

Hace poco hablé con mi ex, también mayor que yo y con quién mantuve hace años una corta relación mientras su convivencia estaba, según sus palabras, en sus últimos coletazos. Nuestra relación se acabó antes de su convivencia, yo no quise seguir. Sin embargo, continuamos como buenos amigos. Hace poco me dijo que entonces debería haberle planteado un ultimátum o dejar a su esposa, o dejarme a mí. ¿Por qué no lo hice? Porque no parecía lo correcto. Si eres quieres estar conmigo vas a venir a mí, ¿no? Sin presiones, sin chantajes.

Honro la voluntad libre y creo que cada persona debe tomar sus decisiones. Por otro lado - ¿qué pasa con mi voluntad? Expresarlo no obliga a que nadie haga nada. Pero ¿qué era lo que yo quería?

La mañana siguiente le escribí a Tom poniéndole palabras a muchas ideas interesantes también para mí.

De: Laura

A: Tom

Asunto: ...

Buenos días,

No debería sentirme culpable expresando mi deseo de estar contigo —es lo que siento y no te obliga a nada. No obstante, después de la conversación de ayer pensé en haber dicho demasiado y tal vez pienso ahora que ¿quizás tu vida sería más sencilla si no contase tanto?

Laura

De: Tom

A: Laura

Asunto: ...

Hola Laura,

Me encogió el corazón leer sobre tu culpabilidad... Es lo ÚLTIMO que deberías estar sintiendo... No pienses así para nada... ¡Al revés! Cuando dos personas se sienten MUY BIEN juntos, no es culpa de nadie —solo las señales, el destino, la casualidad y todo lo que no controlamos... ni hay esperanza de poder hacerlo... pero podemos controlar todo lo que sigue desde ahí...

Tom

Todo el día en el taller de Peep Vain^[1]. Hace años había estado en uno y su estilo seguía siendo el mismo, pero hizo muchas preguntas adecuadas, más bien hizo que nos preguntásemos a nosotros mismos, y también utilizó escenas de las películas para inspirarnos, una de ellas incluía la frase “pide y se te dará —y me encandiló del todo.

Entre los asistentes estaba un conocido mío que en la pausa del café me contó la historia de su madre, había trabajado durante años en una fábrica de textil y con 45 años dio un giro radical a su vida, aprendió a dar masajes y comenzó a dedicarse a ello. Había dicho a su hijo que por primera vez en su vida tenía dinero en abundancia, a pesar de que el comienzo coincidió con la crisis económica.

—Impresionante, la verdad... —le dije—. Conozco la frase de que cuando encontramos nuestro camino y nuestra vocación, encontraremos amor y abundancia. La historia de tu madre lo ilustra perfectamente.

Por la noche fui con Greta al estreno de la película “Un hombre soltero” de Tom Ford, luego estuve un rato en su casa. No estaba segura de cuál de las tres opciones para pasar la noche elegir —quedarme con Greta, irme a casa o ir a ver a Devon. Decidí irme a casa, llamé a Devon para decirle que no iría con él, pero cuando estaba aparcando delante de mi casa y cogí el móvil, toqué sin querer alguna tecla, el teléfono marcó el número de Devon, y de repente sonó un grave: —Dime.

—¡Oh, al parecer te llamé sin querer!

—Mira por dónde... Quizás es una señal que deberías venir aquí de todos modos. Además, justo estaba escribiéndote un mensaje con un contenido muy similar.

Después de una amena negociación arranqué de nuevo el coche y me fui. En la radio estaba

acabando una canción y comenzaron los acordes de una canción totalmente desconocida.

—Ah... ¿qué es esto? —me dije de manera espontánea y subí el volumen. Aguanté la respiración mientras escuchaba y escuchaba.

“You must know me / I'm one of your secrets / I belong to you / I belong to you / And you belong to me...”

Me debes de conocer/ Soy uno de tus secretos/ Te pertenezco/ Te pertenezco/ Y tú me perteneces a mí...

Me sentí tan bien en la casa de Devon, cada poco tiempo me dijo: —eres tan dulce —y— eres tan bella —y— te echaba de menos —y otras hermosas frases. Le resumí la película de Tom Ford, que me dejó con la idea de que, si no eres feliz en el presente, no lo serás en el futuro y también que, si eres feliz en el presente, lo serás en el futuro.

—Estoy bastante de acuerdo con estas afirmaciones —anotó Devon.

—Me impresionas.

—Por cierto, ¿qué haces mañana por la noche?

—Hum... voy a ver el fútbol.

—¿En serio?

—Sí.

—No dejas de sorprenderme.

Era verdad que la noche siguiente iba a ver el partido de Estonia contra Italia. Después de haber buscado por internet la canción descubierta la noche anterior, “Secret” de Seal, la escuché unas diez veces o más para embriagarme de ella. Y para recordar la noche anterior.

Y era verdad que había sorprendido a Devon, ya que no es que yo fuese una gran apasionada de fútbol, pero Tom sí. Y como la compañía era patrocinador y la aerolínea oficial de la Unión Estonia de Fútbol, Tom tenía para cada partido invitaciones en el palco VIP.

Antes del partido comimos en un pub brasileño y bebimos un poco de cerveza, hubo música en vivo y mucho jolgorio.

—A ratos me es muy difícil creer que existes de verdad —dijo Tom después de una de las miradas prolongadas.

Le sonreí.

—Desde hace tiempo llevo en mi cabeza la idea de que cuando el aprendiz está listo, aparece el maestro.

Estaba sorprendida. Desde mi perspectiva yo era una chica muy corriente, no una gurú... y de repente escucho algo así.

—Creo que debo estar preparado para que llegue con tanta intensidad.

Ahora la silenciosa era yo, no sabía qué decir después de sus palabras.

El fútbol superó mis expectativas, fue interesante, y el palco VIP resultó un sitio muy agradable claro. Sin embargo, según Tom había demasiados políticos ahí, no los soportaba. La solución era fácil, nos centramos en el partido, en el otro, y en todos los privilegios que el lugar ofrecía, sobre todo en toda la comida y cerveza disponible. Fuera hacía un poco de frío, las mantas ofrecidas por la organización nos vinieron genial y en el descanso tomé un café latte de la máquina. ¡Miau! Así sí se podía disfrutar de un partido de fútbol.

Hubo hasta momentos inspiradores —Tom expuso un ejemplo muy bueno de la similitud entre

el fútbol y la vida ya que, en ambos, si tu meta es no perder, no ganarás nunca —la victoria llega cuando arriesgas. Estonia arriesgó y el uno a cero de la primera parte nos hizo pensar en la posibilidad de ganar, aunque no fue así, Italia remontó en el segundo tiempo y ganó por un gol.

Un par de días después, en un día otoñal especialmente hermoso, fuimos a pasear a Kadriorg. Del Park Café al lado del estanque llevamos para el paseo en vasos de papel una tila para mí y un té verde para él. Vagamos sin ningún destino fijo y nos abrazábamos de vez en cuando.

—¿Qué te parece ir la semana que viene a pasar un fin de semana largo a Londres? —preguntó Tom en un momento.

—¡Me encanta la idea! —me vine arriba.

—¡Genial! Entonces voy a arreglar los billetes y el hotel para dejarlo listo.

—Espera... ¿lo has pensado bien? —empezó a sonar la alarma de mi sentido común.

—¿En qué sentido? —me miró con los ojos como platos.

—Pues... Si vamos con nuestro vuelo, habrá muchos ojos curiosos y no les será muy difícil sumar uno más uno.

—Ah... No pensé en eso.

¿Y ese hombre era el presidente de la aerolínea? No hacía falta ser un genio para pensar en esos pasos previsibles...

—Pues bien, yo lo pensé.

—Pero entonces, ¿vamos a otro sitio? ¿Más cerca? ¿Riga o Tartu, por ejemplo?

Le sonreí.

—Tartu en otoño es muy bonito.

En ese bonito Tartu otoñal se celebraban en el mismo fin de semana los días de aeronáutica donde iba a ir también Devon. Cuando lo descubrí y pensé en ello me alteré tanto que la cosa acabó en un leve ataque de pánico.

Tom volvió de su casa de campo el domingo. Fuimos a una cafetería a tomar café latte y luego cogimos el coche para seguir charlando al lado del mar cerca del Museo de Aire Libre de Viimsi. La noche anterior me había mandado un mensaje “Hecho... —le había dicho a su esposa que se quería separar. Ella había llorado toda la noche y cuando Tom me habló de ello empecé a sentirme muy mal.

—¿Estás totalmente seguro de lo que haces? —le pregunté con cuidado.

—Créeme, si no estuviese totalmente seguro, no hubiera sobrevivido esa noche sin mantener mi decisión.

Estaba en casa, hecha un ovillo en el sofá, tratando de gestionar los pensamientos que me atacaban cuando llamó Greta.

—Dime.

—¿Qué te pasa?

—¿Cómo puedes saber por una sola palabra que me pasa algo?

—Suenas como si hubiera que llevarte con una cuchara grande de un lugar a otro.

—Muy graciosa.

—¡Vente aquí!

—Voy.

Fui, me hizo té y hablar me sentó bien. Y a la vez fue duro, porque de verdad no entendía qué me estaba pasando. No sabía lo que quería, y a la vez tenía mucho miedo, pero ¿de qué? ¿De que la historia con Devon saliese a la luz de alguna manera y arruinara lo que había entre Tom y yo? ¿O más bien la reacción de Devon cuando se enterase de la historia por Tom? ¿O ambas cosas? ¿O algo más?

Me estaba volviendo loca.

—Sabes, igual tiene que ver con ciertas creencias de que si alguien es tu alma gemela, no quieres a nadie más... Pero ahora mismo parece que sí que puedo, ya que no he podido soltar a Devon —dije suspirando.

—Tú misma has dicho que puede haber muchas almas gemelas y lo único que podemos desear es que no coincidan en el momento en que aparecen” ¿Quizás es demasiado tarde...?.

—Sí. ¿Pero qué hago ahora?

—No tienes que hacer nada ahora mismo. Fluye y observa y disfruta de la belleza del juego. La vida es eso, hacer preguntas, buscar respuestas y disfrutar del proceso.

—Vale, pero ¿¿si todo esto sale a la luz?!

—Mira, no adelantes acontecimientos. Además, no te has comprometido con nadie, y como tengo entendido, Tom sigue estando casado y viviendo con su mujer hasta ahora, así que nadie tiene derecho exigerte monogamia. Aunque tampoco se puede esperar al exigirlo, la fidelidad viene desde dentro o no... La monogamia debería ser una necesidad interna —si existe, está bien, pero no puede ser impuesto por la razón. Así que haz todo lo que de verdad quieres hacer que de verdad te alegra el alma. No te angusties ni examines demasiado las cosas — todos esos pensamientos sobre adonde nos lleva todo esto, y analizar los veinte diferentes guiones posibles no te resolverán nada. Confía en la vida y sigue su continuo fluir.

—Sí, tienes razón.

—Y puedes estar orgullosa de que haya tanta competición por tu corazón. Tom será muy afortunado si lo consigue.

El lunes, paseando hacia mi coche después de una reunión de trabajo, decidí por un impulso espontáneo entrar en la tienda esotérica de Loitsukeller. Miré alrededor hasta que un papel en la tabla de anuncios, que prometía viajes astrales y daba consejo en las cruces de la vida, atrapó mi atención. Marqué el número del anuncio, contestó una voz masculina y cuando escuchó que estaba en Loitsukeller, me pidió enseguida subir un par de plantas.

—¿Qué te preocupa?

—Estoy un poco atascada y no sé exactamente cómo seguir...

—Muy bien. Vamos a hacer una pequeña meditación. Siéntate cómoda, pero con la espalda recta y cierra los ojos.

Cerré los ojos.

—Respira tranquila e imagina que caminas por un sendero. Ahora llegas a un cruce donde el camino se divide en tres. ¿Adónde vas tú —a la izquierda, sigues recto o a la derecha?

Pensé un poco. Estaba a punto de elegir el camino que iba a la derecha, pero de repente pensé que el corazón está en la izquierda...

—Izquierda.

—¡No! ¡No te vas a ir ahí! —dijo el hombre de repente—. Vete a la derecha. Sigues por ese camino y al final te encuentras con una mujer anciana sentada al lado del fuego. ¿Qué te dice?

Imaginé esa situación, estaba silenciosa y abierta.

—Escucha tu corazón —dije al final.

—Muy bien.

Al acabar la meditación el hombre hizo con las manos algunos movimientos raros a mi alrededor. Me recomendó hacer yoga y continuar con meditación.

—Con esos ejercicios te fortalecerás. Recibes lo que das —si te das fuerza, vas a encontrarte en las situaciones donde también los demás te darán fuerza.

Le pagué y salí de ahí con sentimientos bastantes contradictorios.

Por la noche tuve una pesadilla y me desperté con un horrible ataque de pánico. No entendí qué estaba pasando, solamente tuve miedo de todo y físicamente no me encontraba bien. Pude tranquilizarme y dormir de nuevo solo cuando la oscuridad empezaba a desvanecerse. Pero aún no me sentía del todo bien, que escribí un correo para los compañeros de trabajo anunciando mi malestar y que ese día trabajaría desde casa.

Tom me llamó enseguida, al recibir el correo, le conté, vino por la tarde y vino por la tarde después de la última reunión del día. Fue muy dulce al sentarse conmigo y cogerme la mano.

Devon me mandó un mensaje, pero no pude contestarle.

Por la noche mi estado empeoró de nuevo, el pánico había vuelto, estaba vomitando y temblando y no entendía nada de lo que me estaba pasando. ¿Qué tengo que cambiar? ¿Cuál es el mensaje de todo esto?

Estaba claro que tenía que ver con los hombres en mi vida... Al final decidí no ir a pasar el fin de semana en Tartu con Tom. Le escribí diciendo que deberíamos darnos un tiempo, igual que le dije a Devon que seamos de verdad solo amigos y compañeros de trabajo, después de esos dos mensajes pude por fin serenarme y dormir.

Aquella semana Tom pasó la mitad de los días de trabajo en mi casa, estaba agradecida por su apoyo y su presencia. Como mi situación no mejoraba y en el trabajo era una época tranquila —el nuevo número de la revista acaba de salir de la imprenta y para la publicación del próximo quedaban tres meses —cogí vacaciones y delegué temporalmente las obligaciones de las redes sociales.

Reflexioné largo y tendido sobre la razón de este miedo, pero no llegué a ningún lado. A ratos me pareció entender que mi temor era perder a uno o ambos de mis hombres favoritos del momento, pero no comprendí del todo la raíz de ese miedo. No tenía miedo a estar sola, recordaba con agrado la sensación aquella de mi vida soltera que duró un par de años —hay tantos libros, música, películas y gente bonita en el mundo que para descubrirlos y disfrutarlos todos no nos basta con una vida...

Una noche fui con Tom a cenar sushi a Silk, las noches de los miércoles y jueves las pasé en casa de mi madre, me dio una planta medicinal para dormir bien, y con ella conseguía descansar durante seis-siete horas. Me desperté temprano por la mañana, pero saqué de la estantería el libro “Verónica decide morir” de Paolo Coelho y volví a leerlo.

Fue extraño que justo ese libro me encontró, el tema de los ataques de pánico estaba también ahí. Saqué varias ideas del libro —que la serotonina es responsable de nuestra capacidad de trabajar concentrados, de dormir, de comer y de disfrutar de los momentos placenteros de la vida; que todos deberíamos atrevernos a cometer errores que no nos atrevimos a cometer; que deberíamos tener la valentía de ser diferentes en vez de encajar siempre dentro del marco establecido y perder nuestra esencia dentro de toda la masa. Y que una de las razones del pánico

puede ser el deseo de soltar algo y la falta de valentía de hacerlo.

En teoría todo fue bonito, pero el jueves por la noche tuve que enfrentarme de nuevo con la sensación de un miedo que me estaba estrangulando. Esta vez llamé a mi padre, vino a verme y el hecho de que viniera y tratara de ofrecerme todo el apoyo en asuntos de corazón me emocionó muchísimo, sobre todo porque no era su fuerte. Vi cómo no se sentía cómodo hablando de ello, pero lo intentaba con mucho cariño. Me habló de cómo el miedo y la culpa no tenían sentido, de cómo cada uno somos los creadores de nuestra propia vida y de la libertad necesaria para hacer lo que realmente queremos hacer. Cuando llegué a los paralelismos con la teoría económica, empecé a reírme —fue tan dulce como intentaba encontrar las herramientas apropiadas para ayudarme desde su arsenal. Y las teorías de John Locke fueron sorprendentemente adecuadas para ello —el principio de ayudar a los demás y ser bueno con ellos, sin hacerte daño a ti misma, se encajaba muy bien con mis circunstancias.

—Este mundo es Disneylandia. Un lugar maravilloso y bello para crear y pasarlo bien... Solo recuerda que recibes lo que das. La vida es como un videojuego —dijo mi padre y citó a Neale Donald Walsch de su libro “Conversaciones con Dios”: —Todos los finales ya existen. El Universo solo espera cuál de ellos vas a elegir esta vez. Y cuando se acaba el partido, a pesar de haber ganado, perdido o quedado en empate, el Universo te preguntará: —¿Quieres jugar de nuevo?

Cuando se fue sobre la una de la madrugada, estaba ya muy tranquila y me dormí bastante rápido.

El viernes a las 11 tenía la cita para el masaje con la madre del conocido que me encontré en el taller de Vain. Al principio de la semana, cuando sufrí los terribles ataques de pánico, era una de las pocas cosas que me apetecía hacer y pensar en ello me alegró. Recibir un masaje de las manos de una genial y deslumbrante mujer de quien había oído tanto hablar.

Angélica me saludó en la puerta de su bella casa y me invitó a entrar. Me desvestí y me eché en la camilla. Ella puso con tranquilidad sus grandes manos cálidas sobre mi espalda.

—Tienes un miedo enorme. ¿Quieres cerrar tu corazón a cal y canto?

Estaba tumbada, hecha un lío. No lograba saber qué estaba pasando ahora mismo en mi vida... Y encima estas palabras.

—Es impresionante lo que acabas de decir —dije por fin, cuando había recuperado mi capacidad para hablar—. Llevo una semana con ataques de pánico y no he conseguido comprender nada.

—A mí me pasa que cuando doy un masaje y en algún momento me viene alguna idea a la cabeza, lo digo en voz alta. Las tensiones corporales tienen a menudo que ver con las emociones o los acontecimientos —explicó Angélica.

—El miedo y la culpa son emociones absurdas, solo nos paralizan, en general sin una razón válida —añadió un poco más tarde.

—Bien... pero me gustaría entender de qué tengo miedo o con qué tiene que ver exactamente —dije.

—Suele ser sobre todo con las relaciones, pero también llegué a pensar que algo que te pasó al comienzo de la semana.

Le comenté la visita espontánea a Loitsukeller y el hombre a quien me encontré ahí.

—Esa meditación de estar en el cruce y mirar hacia los finales de cada camino está muy

extendida. Yo la hice cuando estaba ante el dilema si seguir con un camino de trabajo o no. Ir a la izquierda significó seguir igual que antes, sin cambiar nada, el camino hacia la derecha simbolizó el riesgo y tomar solo las mejores decisiones para ti. Al final de mi camino de la izquierda tenía un esqueleto en ropas tradicionales de Estonia, al final del camino de la derecha una mujer alegre y rosada vestida con las ropas tradicionales de Seto... No entendí el significado de las ropas tradicionales, pero el resto del mensaje fue clarísimo.

—¡Ah! ¡Qué interesante!

—Y he hecho esa meditación con mucha gente... La verdad es que hay que dejar elegir libremente, pero una chica tenía al final del camino a la izquierda el suicidio, a ella le dije, que haga por lo menos un paso hacia la derecha, que haga algo diferente...

Pues bien. Pensé en qué podría tener yo al final de ese camino para que el hombre me redirigiera con fuerza hacia la derecha.

—Osho tiene una frase muy buena s —dijo Angelica cuando le agradecí y mucho más relajada me preparé para salir.

—¿Cuál?

—Era algo así como que no os olvidéis nunca de valorar todo según la sensación interior de bendición. Si vuestro interior está en paz, todo está bien —me sonrió cálido—. Así que confía en ti misma y haz todo lo que te alegra la vida, es lo que necesitas y es lo mejor para ti. Y atrévete a cometer errores —la mayoría se puede arreglar y aprender de ellos. No te preocupes de hacerlo bien. Hacerlo bien o mal es solo una ilusión. Todo es bueno para algo.

—Precioso... ¡Gracias!

La abracé y me fui.

Esa misma noche fui con Tom a Riga. El asfalto voló debajo de las ruedas y me sentí bien yendo en su coche. Cuando empezó a oscurecer mi sensación empeoró, el miedo estaba husmeando alrededor del coche. Le conté lo que sentía a Tom cuando ya no pude ocultarlo más, cogió mi mano y me sentí mejor.

En Riga conseguimos una habitación preciosa en la decimosexta planta de Radisson Blu y dejamos las cosas ahí. Fuimos a cenar abajo y luego subimos a dormir, era tarde y los dos estábamos bastante cansados. Me sentí bien en sus brazos y me dormí tranquila.

Por la mañana me desperté temprano. Tom estaba todavía durmiendo, me quedé de nuevo dormida en sus brazos.

Soñé que nos caíamos desde la decimoséptima planta con el ascensor que el día anterior se había parado de manera extraña. Lo único que sonó en mi cabeza fue ¡DIOSMÍOAYÚDAME! A lo que siguió: —¡Quiero hacer tantas cosas todavía con mi vida!

Y entonces me desperté. Tom pareció sentir mi susto, se despertó y me preguntó qué me pasaba. Le dije que fue una pesadilla.

Después de una semana de sufrimiento, del miedo abstracto que había crecido hasta provocarme enormes ataques de pánico, se instaló en mí una paz fresca, silenciosa. Fue interesante que esta vez —a diferencia de alguna que otra pesadilla tipo ay-dios-me-voy-a-morir— no me estaba arrepintiendo de no haberme acostado con algún hombre quien quería, o que no hubiese tomado el sol en un yate que navega por el Mediterráneo. Al final solo importaban dos cosas: haber amado y haberme realizado. Todo estaba bien con lo primero, con lo segundo, ya pensaría en ese en otro momento decidí.

Fuimos a desayunar y dimos un pequeño paseo por la ciudad, pero soplaba un viento fuerte, el

día era desagradable y hacía frío. Bebimos café latte en una cafetería y luego volvimos al hotel y a la cama. Fue divertido charlar.

—Si no fueses el presidente de una aerolínea, ¿quién serías? ¿Cuál es tu pasión?

—Por cierto, es gracioso, pero yo nunca quise ser presidente de una aerolínea, simplemente... pasó. Cuando comencé como vicepresidente en Nordic Air, otro miembro de la dirección me vio como un rival directo, le confesé sinceramente que no tenía ninguna ambición para ser presidente. Es sorprendente que al final es lo que pasó. Pero si no fuera presidente y cuál es mi pasión... Una de mis grandes pasiones es el fútbol así que posiblemente haría algo en ese campo.

Por la noche bebimos algunas copas en Sky Bar de vistas magnificas ubicado en la última planta y calvados en el lobby del hotel, jugamos a ruleta en el casino y bailamos en la discoteca.

Pasamos una noche sobriamente apasionada y pedimos el desayuno a la cama, el desayuno fue abundante y delicioso. En el camino de vuelta escuchamos el “Magnificent” de U2 y más buena música. Paramos en Supelsakstes de Pärnu, su tarta de chocolate con las pasas de chocolate y café latte eran divinos.

—Este fin de semana ha sido como un sueño. Hay momentos que todavía no me creo que estés aquí conmigo —dijo Tom cogiéndome la mano.

—Yo también pienso que todo fue genial... Es bueno que los dos sintamos en esta relación que hemos ganado el premio principal y nos esforcemos para merecerlo y desarrollarnos.

—Sí, aunque a ratos, junto a la sensación del premio principal, está el miedo a perderlo... y eso puede incitar a cometer estupideces.

—Tienes que estar seguro de hacer todo lo que tú quieres, lo que es mejor para ti. No nos pongas ni a mí ni a tu familia por delante de ti mismo —salió de mi boca.

Me miró y apretó mi mano.

—No importa lo que hagas o decidas, todo está bien.

La mañana del martes, más o menos un mes después del comienzo de nuestra historia con Tom, mi teléfono sonó muy temprano. Tom. Preguntó si podía venir a mi casa. Le contesté que sí y en poco tiempo estaba ahí.

—Katre y yo hemos decidido vivir separados.

No supe qué decir. Quizás debería haberme alegrado, pero mis emociones iban más bien hacia la culpa y el miedo. Además, saber que estas emociones no tenían demasiado sentido tampoco ayudó.

—¿Qué tal está? —pregunté por fin.

—Bastante bien. Dijo que ella también había comprendido que las cosas entre nosotros estaban mal desde hace mucho y el matrimonio se encontraba en un callejón sin salida.

—Admirable.

—Y luego dijo que tengo que amarte muchísimo para estar dispuesto a pasar por toda esa parte, la de los hijos y los padres y la opinión pública...

El jueves era el estreno de “Come, reza, ama”. Tenía una invitación para dos y cuando lo mencioné, Tom dijo que estaría encantado de acompañarme. Antes de la película comimos en Komeet, conseguimos una buena mesa al lado de la ventana. Ya estábamos sentados en la sala de cine, cuando con una sonrisa alegre y un ligero saludo con la cabeza nos cruzamos con Andres, el piloto principal de Nordic Air. Pensé que me iba a desmayar, pero Tom estaba muy tranquilo y dijo que todo estaba bien. Seguía igual de tranquilo cuando los paparazzis sacaron fotos de la

gente sentada en la sala. Impresionante.

El día siguiente estaba en el comedor con Tom, Devon y Margaret. Últimamente Tom venía a menudo a comer con nosotros y para ser sincera, no me gustó del todo porque causó cierto desconcierto en Devon y Margaret y convirtió una mesa divertida en un lugar bastante más correcto y serio.

Me percaté de que Andres venía con su bandeja de comida en nuestra dirección, dejó la bandeja en la mesa de al lado donde estaban sentados varios pilotos, y siguió hacia nosotros.

—¡Que aproveche!

Todos agradecieron cortésmente.

—Bueno, ¿qué tal te gustó la película? —preguntó dirigiéndose a mí.

Será bicho.

—Estuvo bien. ¿Y a ti?

—Sí, creo que lo mismo. Estuvo bien.

—Devon, ¿estás libre por la tarde? Pasaré a verte —se dirigió a él por fin.

—Sí, antes de las tres está bien —respondió Devon.

Le agradecí no haberle preguntado nada a Tom sobre la película, pensé distraída mientras Devon y Margaret estaban bromeando sobre la cita en el cine con el piloto principal.

A las tres arrancamos el coche para ir hacia el sur con Devon —él fue a pasar el fin de semana en su casa de campo, como siempre, y yo a Tartu.

Cogió mi mano en cuanto habíamos salido del territorio de Nordic Air. Su mano fue cálida y su olor maravilloso.

—¡Te eché tanto de menos! —exclamó—. Especialmente una noche, déjame pensar... fue el miércoles.

Le miré estupefacta.

—¿El miércoles? Misterioso. Te estaba pensando sin parar, no podía dejar de hacerlo.

—¿Cómo me pensaste? —preguntó de manera pícaro.

—No voy a darte detalles ahora.

Le sonreí. Me sonrió.

El camino pasó volando demasiado rápido, me hizo bien hablar con él. Se lo dije en algún momento, un poco después Devon dio un giro suave desde la carretera principal hacia un sendero del bosque.

—¿Me llevaste al bosque? —me reí sorprendida.

—¿Tienes algo en contra?

—No.

Paró el coche al lado de un claro del bosque.

—Solo quería abrazarte.

Nos abrazamos. Me sentí tan bien cerca de él. Y a la vez me perseguía el miedo de si se enterase de lo que estaba pasando...

—¿Vas a ser mi amigo también cuando encuentre a alguien? —salió de mis labios.

—Como tu quieras. Seremos amigos siempre.

—¿También cuando tenga menos tiempo para estar contigo y tomar té?

—Me tendrás a tu disposición y esperaré. Te quiero tanto que te esperaré el tiempo que haga falta.

Me abrazó de nuevo y entre sus brazos las lágrimas inundaron mis ojos. Qué demonios había hecho...

Antes de dejarme en el centro de Tartu pasamos por la casa de su hija menor que estaba estudiando en Tartu, Devon iba a llevarle algunas cosas. Nos saludamos y Devon nos presentó. Le observé con interés, tenía ojos de Devon y parecía una joven fascinante.

Risto estaba en Tartu por trabajo. Hacía un tiempo maravilloso, calor y sol, paseamos por las cafeterías de Tartu, nos sentamos delante de la Universidad y en el puente de Kaarsilla, paseamos más y charlamos. Fue muy agradable —una verdadera tarde romántica estudiantil, eso sí, con un amigo. Por la noche llegaron más compañeros de universidad, entre otros Thor, Brita y Arabella, celebramos y hablamos, fue una noche bonita y cálida. Y me alegré tanto de ver que el malentendido veraniego entre Arabella y yo hubiera quedado en nada, ella seguía siendo mi amiga y comprendí que, a su manera, me había deseado lo mejor. ¿Cómo iba a saber qué es lo mejor para mí si la mayor parte del tiempo ni yo lo sabía?

10

Hace tiempo que Devon había prometido llevarme a volar, pero ese día, después de comer, insinuó que esa noche iba a volar sin estudiante de copiloto. Era suficientemente listo como para leer los deseos en mis ojos. Fui antes a casa. Tom estaba de viaje. Estaba echada al sol cuando sonó el teléfono. Mensaje.

“Your ticket was sent to your e-mail.

Su billete fue mandado a su correo electrónico.

Abrí el ordenador.

De: Devon

A: Laura

Asunto: A volar

This is your electronic ticket to Nirvana.

Departure time is 18.30 and our courtesy service van (black Audi) will pick you up at 17.50 at your street.

Fligh duration is planned circa 1 hour.

Dress code: casual clothing (less is more) and open style hair.

Your Captain

Ese es su billete electrónico a Nirvana.

La hora de la salida es a las 18:30 y nuestro servicio de transporte de cortesía (Audi negro) le recogerá a las 17:50 en su calle.

La duración del vuelo será alrededor de una hora.

El código de vestimenta: ropa cómoda (menos es más) y el pelo suelto.

Su capitán.

Me reí.

A las 17:50 estaba Devon delante de mi casa, ya al sentarme en el coche estaba muy entusiasmada. Condujo tranquilo y seguro atravesando el atardecer con la puesta de sol hacia el aeropuerto, pasamos el control de seguridad de rutina, cruzamos la barrera y pasamos por los hangares dirección a la pista de las avionetas. Cogimos la pequeña Cessna 172M, antes de volar él repasó uno por uno, según la lista, todos los procedimientos del protocolo. Escuché fascinada cómo se comunicaba con las mágicas abreviaturas y el lenguaje de códigos con la torre de control (“Echo Sierra Foxtrot Charlie Charlie pide permiso para despegar “– sabía que esas palabras eran del abecedario de la aviación), pronto estábamos en el aire, aunque me costó creer que era posible con ese diminuto aparato donde nos sentamos.

Sobrevolamos Saku, hicimos un círculo sobre una pequeña iglesia rosa, y sobre algunas islas y después volvimos a Tallin.

—Las olas parecen mágicas desde arriba —afirmé mientras las observaba—. ¡Bellísimo!

Fue una experiencia asombrosa. A pesar de toda mi experiencia, el hecho de volar me seguía pareciendo un milagro —estar en el aire con una cosa tan pequeña y sentir la inmensidad del cielo... También me seguía pareciendo algo misterioso el vuelo de los aviones grandes, de cómo un Boeing 747 se despega de suelo y son capaces de atravesar medio mundo.

Simple y pura física, sí, claro... Pero también era magia.

Luego estuvimos en casa de Devon, bebimos té en la mesa de cocina y después fuimos a la cama. Estaba echada entre los brazos de Devon, me besó demasiado fuerte y entonces aullé.

—¡Más ternura!

—Perdona, perdona... no pude resistirme.

—¡Miau!

Le besé con ternura, suavemente, y le miré largo en los ojos.

—La verdad es que hay un tema que me inquieta.

—¿Sí? ¿Cuál?

—La comunicación abierta es la base de las relaciones felices y valoro mucho el hecho de que tú hayas sido honesto conmigo desde el principio, así que debería decirte que hay alguien nuevo en mi vida.

—Vale...

—Y es una historia bastante seria.

—Vale...

—Y también trabaja en Air.

—¿Por lo tanto lo conozco?

—Sí.

—¿Quién es?

—No creo que esté preparada para decírtelo.

—Hum, es muy interesante. Entonces haré una lista de posibles sospechosos.

Me reí a carcajadas, salió tan natural de mí.

—¡Me gustaría ver esa lista! —anoté.

—¿Por qué?

—Pues, por si se me hubiera pasado por alto alguna buena opción.

Seguía riéndome a carcajadas, y vi que Devon se contagié y acabamos riendo los dos.

—Ahora en serio —dije al final, “estoy un poco preocupada por si... ¿esto cambia algo en nuestra relación?

—¿Te gustaría que cambiase?

—Me gustaría que siguieras siendo mi amigo y que de vez en cuando pudiera deslizarme por las noches a tomar té contigo...

Pensó un poquito.

—Estoy aquí para ti. Esto no cambiará. Aunque si comienzas a seducirme para acostarme contigo, no te garantizo que pueda resistirme.

Luego conspiramos para ver qué historia íbamos a contar sobre nuestro vuelo juntos —si su estudiante no vino, si me llamó y fuimos juntos o si nadie voló y cada uno estaba en su casa matando el tiempo. No fuimos capaces de decidir nada.

La mañana siguiente le mandé un mensaje, comprendí qué me moría de ganas de compartir la experiencia con mis amigos, y le dije que deberíamos decir que sí fuimos a volar, pero para entonces, desafortunadamente, la directora de recursos humanos Silvia había estado en el despacho de Devon y justo acababa de preguntar si él había volado la noche anterior.

—Dirigí la mirada soñadora al horizonte y... le contestó que no —se arrepintió Devon.

Así que tuve que atenerme a la segunda versión y solo le conté a Berit la verdad de aquel vuelo con Devon.

Berit me consoló con un chiste de un cura que un domingo había dicho a su comunidad de fieles que estaba enfermo y no podía dar la misa, porque en realidad tenía ganas de jugar al golf. Para hacerlo fue al campo de golf al pueblo de al lado donde hizo un *Hole in One*. Hoyo en Uno. Y ¡cómo sufrió por no poder compartir su gran logro CON NADIE!

Pobre cura, el sufrimiento tenía que ser horrible, lo entendí bien. Demasiado bien. Sobre todo, porque Thor, el gran apasionado del golf, me había explicado que los golfistas consiguen el Hoyo en Uno con suerte una vez en la vida.

Una noche de esa misma semana llevé a Margaret a casa. Me gustó charlar con ella de todo y como desde hacía tiempo sentía que no podía ocultarlo más, le confesé lo que había entre Tom y yo. No estaba segura de si ella estaba al corriente o no, pero no sabía nada y estaba sinceramente sorprendida. Afortunadamente se rio feliz, fue dulce conmigo y me apoyó.

Estuvimos un buen rato en un atasco y hablamos de la vida, de la gente y las relaciones. Me contó la historia de una amiga suya, que vivió en Estonia con su expareja, se quedó embarazada, pero sufrió un aborto espontáneo y después se acabó la relación. Más tarde conoció el amor de su vida, un piloto británico con el que vivía ahora junto a sus dos hijos en una bonita casa en Bahamas.

—¡Qué historia! ¡Me encantan todas esas “todo ocurre por algo” historias! —suspiré.

En la segunda parte de la semana tuve otra conversación importante: una reunión en el lobby de Swissotel con nuevos colaboradores de la revista a bordo. La reunión fue agradable, y justo antes experimenté que la iluminación te puede llegar en medio de la avenida Liivalaia: ahí fue donde se me cruzo el coche con la matrícula 777ASK, recordándome la frase *ask and you shall receive* —pide y se te dará, pensé en qué me gustaría preguntar, y la respuesta apareció —todo el mundo tiene solo una meta, ser feliz, solo cambia el cómo. Y apoyándome en la teoría de ser-hacer-poseer (si soy feliz, entonces hago y poseo cosas que me hacen aún más feliz) supe que se necesita una decisión, la de ser feliz.

A veces todo es tan simple.

El jueves por la noche fui a cenar con Tom a Ched, la comida fue buena y lo pasé muy bien. Más tarde él estaba en el programa de televisión “Kolmeraudne” de Mihkel Raud^[12], fui a casa de mi madre a verlo por la televisión...

Tom me explicó más tarde que Raud le había confesado antes del programa que su meta con las preguntas relacionadas con la aerolínea nacional y los nuevos aviones era sacar de quicio a Tom, pero al final Raud estaba nervioso y crispado mientras Tom parecía paz en persona, respondiendo y brillando.

El mejor momento llegó en la segunda parte del programa, cuando llegaron las preguntas de

los televidentes y Raud le preguntó si Tom pertenecía al club de *mile high* —los que han mantenido relaciones sexuales en el aire, a bordo de un avión. Tom comenzó a reírse y dijo que no iba a hacer comentarios al respecto —Raud se quedó estupefacto y confesó que estaba totalmente convencido de que Tom iba a contestar que no.

El viernes fui en el vuelo de Nordic Air a Bruselas. Berit iba ahí por asuntos de trabajo, nos sentamos juntas en la clase turista y conversamos divertidas todo el trayecto. Tom estaba —gracias a un plan perfecto de nuestras cabezas conspiradoras —en la clase *business* y fue nuestro primer fin de semana largo y lejano juntos.

—Sabes, he tenido tres episodios más de la magia de los cárteles —me acordé de repente hablando con Berit.

—¿Ah sí?

—Primero, después de los ataques de pánico y toda esa mierda vi un cartel con el texto “renueva tu energía. —Y la mañana siguiente, después de hablar con Greta de la situación con mis dos hombres favoritos, yéndome a trabajar vi el cartel de EMT^[13] con “Todo el mundo quiere la mejor manzana. Es comprensible.” —misterioso, ¿no?

—Es verdad... No sé cómo ves esas cosas, a mí nunca me pasa nada parecido —dijo Berit—. Pero espera, ¿el tercero?

—Hum, pues, ese era un anuncio de coche diciendo “Muchos coches ofrecen la satisfacción mecánica. Amor verdadero lo experimentarás solo con el nuevo Giuletta —y también este texto pareció vincularse de alguna manera con mi situación con los hombres... Pero no he conseguido decidir cuál es cuál. Tom es más nuevo... Pero Devon es genial... Ya sabes a lo que me refiero —dije en voz baja.

Berit se rio.

En Bruselas, Tom y yo nos quedamos en el New Hotel Charlemange, que fue muy agradable. Por la noche bebimos vino y charlamos largo y tendido, fue muy entrañable.

El sábado por la mañana fuimos en tren a Antwerpen, almorzamos unos gruesos y caliente gofres, bebimos cerveza y comimos fuera. Había unos veinte grados y el sol estaba brillando, maravilloso. Echamos un vistazo al Café Imperial y a una tienda enorme de chocolate, admiramos la Plaza del Ayuntamiento, encendimos un par de velas en la Catedral de Nuestra Señora. Caminamos hasta el río y volviendo de ahí vi otro coche con la matrícula de ¡777ASK! Fue lo mejor del día. Y todos los corazones que aparecían en las postales para los turistas resonaban con mis sentimientos.

Por la tarde tomamos un café en el Starbucks de la estación de trenes y volvimos a Bruselas. Cenamos en el centro de ciudad, mejillones con patatas fritas y una Leffe Blonde.

La mañana siguiente mientras paseamos por la ciudad vieja de Bruselas comí otro gofré gordo —me volvía loca. Volvimos a la Plaza del Ayuntamiento, miramos al niño meón, Manneken Pis, seguimos paseando y comimos en la cafetería de la terraza del Museo de la Música. En un parque había una fuente grande y de su agua salió un arco iris, pedimos a un transeúnte que nos saque una foto con la fuente de fondo. Pasamos por el rastrillo donde me enamoré de un modelo de avioneta plateado de DC-3, pero consideré que seguramente era muy caro y ni siquiera fui a preguntar por el precio. Al lado del rastrillo había una iglesia de Virgen María, encendimos unas velitas por un módico precio. Era una tradición bonita, lo había aprendido de Tom.

El domingo Tom volvió a casa. Yo visité el Museo del Automóvil, el Autoworld, al lado del Arco del Triunfo, y el Museo de Historia Militar, donde me encontré con muchos aviones antiguos. Cuando Berit acabó sus tareas, nos encontramos cerca del Arco del Triunfo, en el parque del Cincuentenario. Nos echamos sobre la hierba, observando unos papagayos verdes que planeaban un tanto inseguros entre los árboles. En un restaurante pequeño cenamos mejillones gratinados.

El lunes por la mañana nos levantamos muy temprano, volamos con SAS y Nordic Air de vuelta a Tallin a través de Copenhague, y aterrizamos en casa a las doce y cuarto. Desde el aeropuerto caminé cómodamente hasta mi oficina al lado de las pistas y llegué justo a tiempo para comer con Tom en el comedor de la empresa.

Un par de noches después pasé una noche preciosa con Devon. En otoño los días empezaron a oscurecer antes y una voz masculina del disco cantó que un verano así no volverá a repetirse jamás, vendrán tiempos nuevos y mejores... Todo esto me puso nostálgica y también un poco triste. Y a la vez lo pasamos muy bien, fue divertido y hubo mucha alegría.

—¿Has acabado la lista de sospechosos? —le vacilé.

—Creo que tu gusto y la elección son buenos.

—¿Lo crees o lo sabes?

—Bueno... Algunas personas no deberían cambiar sus hábitos, es demasiado evidente.

—¿A quién tienes en mente?

—Pues si una persona ha comido toda la vida solo, justo antes de cerrar el comedor y de repente se une a la gente que come a las doce, entonces eso despierta, quieras o no, cierta suspicacia.

Mira por dónde. Así que lo sabía.

—Por lo tanto, hay más razones para admirar personas con inteligencia y gran capacidad de autocontrol —añadió cogiéndome la mano y mirándome en los ojos.

—Gracias.

—De nada... La reina de la aviación estonia.

—Quizás un título demasiado ostentoso.

Más tarde en la cama se le escapó que a pesar de su amor a volar esa misma noche había renunciado a una suculenta oferta para llevar a tres personas a Helsinki, al concierto de Lady Gaga, y traerlos de vuelta.

Estaba tan emocionada, que aguanté la respiración. Volar era su pasión incondicional número uno. Y ahora esta elección...

—¿Por qué lo hiciste?

—Mi deseo es estar contigo. Y que tú seas feliz.

Estaba flotando cerca del nirvana.

Cada vez eran menos las noches que podía pasar con Devon. Cada vez pasaba más tardes y más noches con Tom, y a finales de octubre, alrededor del día que cumplimos dos meses de relación, su esposa se mudó con los hijos. Tom estaba dispuesto dejarles su apartamento en común e irse él, pero Katre había dicho que así se sentía mejor.

Por la noche Tom me recogió y fuimos a comer a Moon. En el camino vimos un coche dorado en cuyo cristal trasero ponía *not guilty* —no culpable, —nos miramos riéndonos sorprendidos y después, ya comiendo un filete de ternera delicioso y bebiendo vino tinto, reflexionamos sobre si aquel mensaje era para nosotros.

Cuando estábamos con la tarta de chocolate y el café latte, le pregunté a Tom si no estuviese conmigo, volvería con su esposa. Dijo que no...

Luego fuimos a mi casa y se quedó a pasar la noche.

Al día siguiente me encontraba ante la encrucijada de elegir entre las propuestas de dos compañeros rivales. Fui a casa de Tom. Conduciendo hacia allá los pensamientos de “qué estoy haciendo, qué estoy haciendo” me torturaban. En un momento me cansé de mí misma, estiré la espalda y me dije: —Yo decido ser esa mujer tan genial que puede amar a varios hombres al mismo tiempo. ¡Mi corazón tiene espacio para los dos!

Pedimos comida china y pasamos una noche agradable. Dormí muy bien.

Por la mañana tenía que estar a las nueve en el hotel Europa en el seminario sobre la comunicación en tiempos de crisis y el cambio en los medios de comunicación, llegué a tiempo por los pelos. Ilse estaba ya ahí, me senté a su lado y traté de ocultar la sonrisa que se asomaba a mi cara cuando pensaba en la cara que pondría si supiera de dónde venía.

Afortunadamente había buenas presentaciones y pude dirigir mi atención a ellas.

El viernes fuimos con Tom a Tartu y el fin de semana resultó ser fantástico. Por la noche una cena llena de manjares en Crepp, en mi mesa favorita con sillones al lado de la ventana (ensalada de hígado de pollo, una copa de vino de la casa, Le Grand Noir, café latte, calvados) y luego fiesta en Genklub, adonde fuimos por el grupo Sõpruse Puiestee (“se nos ha dado miles de posibilidades, cientos de caminos/ soy feliz porque la gente es tan bonita y buena”), pero en vez de ellos la experiencia de la noche fue escuchar al grupo canadiense The Burning Hell. El cantante hizo bromas muy graciosas (por ejemplo, como durante el día había ido al Museo de Juguetes y lo mejor de todo es que le había fascinado). La primera canción hablaba de aviones y aeropuertos y la última de amor. Más tarde pasamos un ratito en Suudlevad Tudengid.

El sábado comencé encontrando la palabra „amor“ escrita en las piedras del suelo después de haber desayunado en el restaurante Dorpat al lado del río, con buenas vistas, luego un café latte en Truffe, paseo en Toomemäe (conquistando la torre del Sur y del Norte de la catedral), un tiempito en una librería, siesta en el hotel, cena abundante en La Dolce Vita, otro latte en Werner, un poco de buena música en Wilde e historias interesantes en Genklub, en las pausas del concierto de Svjata Vatra.

—La conclusión de este fin de semana es que lo único mejor que el hedonismo es el hedonismo con amor —dije a Tom cuando volvimos el domingo, parando para comer en Põhjaka.

—A mí me vino una frase de Gunnar Aarma sobre el amor: amamos a la persona en cuya biosfera queremos pasar el mayor tiempo posible ... ¡Me siento TAN BIEN contigo!

11

Una noche de noviembre Tom iba a volver tarde de un viaje de trabajo a Vilnius. Esperándole tuve otro ataque de pánico, pero pude gestionarlo sola y bastante rápido —noté que me calmaba pensando en que no tengo que elegir, no tengo que renunciar a nada, si no estoy preparada.

Sonó el teléfono. ¡Devon!

—Hola, soy Devon.

—¡Hola!

—¿Puedes hablar? —me preguntó primero.

—Sí... Tom está en Vilnius.

—También yo me acordé de haber confirmado su viaje de trabajo.

Era verdad, los miembros de la dirección tenían que confirmar los viajes y los billetes de avión de los demás.

—Por cierto, hubo una confusión con las fechas, resulta que habían puesto para la duración de ese viaje once meses en lugar de un día. Lo corregí, aunque por un momento pensé en que quizás debería haberle mandado a un viaje de trabajo así de largo, confirmándolo, y luego exigir sin descanso el cumplimiento de lo firmado —añadió Devon riéndose.

Me reí.

—¿Te gustaría venir a tomar un té? —me preguntó entonces.

—Sí, encantada —respondí—. Enseguida estoy allí.

—Muy bien.

Una oscura noche de noviembre, llueve, las hojas amarillas se pegan al húmedo asfalto oscuro. Sales un ratito a visitar un amigo, lloras todos los miedos y comienzas a sentirte ligera. Nombras lo que quieres —la vida llena de alegría y amor. El amigo te recomienda seguir el flujo de la vida. La alegría trae más alegría, ¿recuerdas? Puedes elegirlo en cada momento.

Después de volver de la casa de Devon me sentí renacida. Era la reina de la selva y me dije que de todas maneras no puedo imaginar todos los escenarios y preocuparme por ellos, debo vivir en el presente y mejor utilizar mi imaginación para crear buenos pensamientos-sentimientos-imágenes. Los errores se pueden remediar y no existen los callejones sin salida. Todo saldrá bien, todo ESTÁ bien.

Unos días después fui otra vez a recibir un masaje a la casa de Angélica —tenía la sensación de que debía hacerlo. Fue un placer y recibí mucho material para reflexionar.

—Algún tipo de programa familiar subconsciente trata de activarse en ti —me dijo masajeando mi espalda.

Reflexioné en silencio en qué podría estar pensando.

—Tengo la sensación de que tiene que ver con las relaciones familiares, con tu madre y tu abuela.

—Bueno... Sus dos matrimonios eran infelices. Mi abuela se casó con mi abuelo por despecho porque no consiguió a quien quiso de verdad. Estuvieron juntos casi 35 años, hasta la

muerte de mi abuelo, pero felices no eran... Y mi madre se casó con mi padre después de muchas idas y venidas y tampoco ese matrimonio fue feliz, se divorciaron siete años después. Yo creo que fue una buena decisión.

—Parece que tiene que ver también con las visiones de quién quieres ser y qué hacer... Sabes, los hijos vienen a enseñar a los padres. Destruye todos esos muros viejos, tira toda esa carga familiar, es inútil, no tienes que llevarla contigo. Construye una bonita nueva vida para ti, valores, creencias, principios que te sirvan. Haz lo que te alegra.

—Hum, una idea interesante lo de los hijos vienen a enseñar a los padres... Cuando elegí en vez de ser azafata de vuelo, que está mejor pagado, gestionar la revista a bordo y redes sociales, mi madre me regañó, pero unos meses después dijo que está muy orgullosa de mí, de que esté haciendo algo que ella siempre había querido hacer y de que me atreví tomar esa decisión...

—Escuchaste tu corazón. El corazón nos habla con la lengua de las emociones y las señales. La mente utiliza palabras, reflexiona y analiza, parte de los argumentos racionales, por ejemplo, de dónde se consigue más dinero. El corazón busca la alegría y el amor.

—Sí... Y esa elección ha merecido la pena, me encanta lo que hago, mucho... Además eso me ha traído el éxito y todo lo que he soñado. Hace poco fui a hablar a los estudiantes de mi universidad sobre mi experiencia en la creación de la estrategia corporativa de las redes sociales y eso me ha abierto muchas más oportunidades interesantes.

Cuando más tarde le comenté a Berit que Angélica me habló de un programa familiar subconsciente que trata de activarse en mí, me preguntó: —¿Igual lo que necesitas es un informático?

Nos reímos juntas.

A principios de noviembre se celebró en la sala de banquetes de Swissotel la cena de gala del Emprendedor del Año, Tom pidió que fuese su acompañante y lo acepté. Me recogió un poco antes de las siete.

—¡Estás imponente!

—Gracias.

Llevaba un pequeño vestido negro sin mangas (y agradecí para mis adentros a todos los dioses y a Coco Chanel por esa pieza genial), con un peinado precioso y un maquillaje perfecto.

La primera persona a quien vimos entrando en la sala fue Tiit, el fotógrafo del diario donde yo había estado de prácticas como reportera, nos sacó algunas fotos y dijo de manera amable a Tom: —¡Buena elección! —Tiit como siempre, ya era un maestro de cumplidos cuando nos conocimos.

Nos sentamos en la mesa número ocho junto al presidente del consejo de Nordic Air y su acompañante, cinco hombres más y una mujer morena preciosa.

—Estaba pensando cómo te iba a presentar si surge la situación —me susurró Tom cuando nos habíamos ocupado nuestros asientos.

—Yo también lo pensé. “Acompañante” o “compañera” son buenas opciones, ¿no?

—Sí... o compañera de vida.

Le miré en los ojos y sonreí. Lo hacía tan bien.

La cena fue maravillosa y la música muy buena, los discursos del presidente y de un conocido hombre de negocios de los medios de comunicación fueron correctos e interesantes, el de los demás no tanto. Observé a la gente, disfruté de la conversación y me sentí fenomenal. Me encantaban este tipo de actos.

El *afterparty* oficial fue en Museum, pero pronto nos dirigimos a Korter, ahí se celebró en el marco de Tallinn Fashion Week el desfile de Besty, una nueva marca nacional de medias, y ahí había un montón de gente conocida. Tomamos algunas copas, charlamos y nos reímos, todo fue fantástico.

El domingo fui a comer con mi abuela. Hojeé la revista del corazón que estaba en la mesa, me encontré con la entrevista con la actriz Merle Palmiste y de ahí con los temas de las infidelidades, sobre si son detalles sin importancia lo de bajar o no la tapa del inodoro o dejar los calcetines por cualquier lado... A fin de cuentas ¿qué es lo importante en realidad? Los momentos en común, el hecho de tener a la persona a tu lado tal como es...

—Precioso —murmuré.

Tom y yo pasamos muchas noches de noviembre juntos en su casa o en la mía. Cocinábamos y comíamos juntos, a veces salíamos a cenar, pero pasamos mucho tiempo en casa, leyendo, escuchando buena música y viendo nuestras películas favoritas. Una de las suyas, “Alta fidelidad” fue un gran descubrimiento para mí.

Hablamos de temas más y menos serios que nos llevaban a descubrimientos interesantes —por ejemplo, si en mi relación anterior me asfixiaba la presión de mi expareja de tener hijos, entonces Tom dijo que, aunque cree que tener y criar hijos conmigo sería una experiencia muy agradable, teniendo ya un par de hijos, es totalmente aceptable para él si yo no quisiera tener hijos. No lo tenía decidido, solíamos reírnos con Berit sobre que nos gustaría tener hijos juntas —al mismo tiempo, pero sentí que también en esto me gustaría seguir el flujo de la vida y estaba dispuesta a dejarlo en manos del universo.

Una noche cenando en NoKu, El Club Juvenil de Cultura, me encontré con periodistas conocidos, unos tipos divertidos de mis días de prácticas. Tom no pareció estar cómodo y dijo que debería ir a recoger a sus niños, había prometido llevarlos a casa de una fiesta de cumpleaños. No tenía ganas de ir con él así que me quedé charlando con esa gente y Tom fue a recoger a sus hijos. Nos encontramos por la noche en su cama. Me alegré de que todo funcionase tan bien y de que hubiésemos encontrado una solución buena para todas las partes hasta en esas cuestiones.

A finales de noviembre fuimos al cumpleaños de Greta, donde presenté a Tom a mi familia. Luego fuimos a la ciudad, tomamos unos estupendos martinis en Kaheksa estupendos, pasamos por el Chicago y fuimos a Kuku, a Ennu Ratas Noche, a la fiesta más loca de la ciudad. Me encontré con un DJ conocido que me abrazó y me besó como hacía años cuando nos encontrábamos a menudo. Tomamos un par de copas y bailamos, pero había tanta gente que apenas podíamos movernos.

Tom no parecía muy feliz, le pregunté si le ocurría algo.

—Solo miras alrededor y no parece que estés conmigo.

—Oh, ¡perdona! Solo miraba por si veía a alguien conocido, pero creo que no hay nade. Además, yo también estoy un poco cansada, si quieres nos vamos a casa. —Dijo que sí, y nos marchamos.

Un par de noches después estábamos en casa de Tom y ya en la cama cuando miré en mi

teléfono el correo y Facebook. Descubrí que un compañero de trabajo de la división comercial de Nordic Air me había etiquetado en una de las fotos sacadas de la fiesta de la noche del sábado en Kuku, donde estaba con Tom. Comencé a quitar rápidamente esas etiquetas. Empecé a indignarme pensando en toda la gente que podría haber visto ya esas fotos. Se lo conté a Tom, que se lo tomó de manera muy tranquila, lo que me calmó a mí también.

—Hay dos tipos de personas —unas que viven sus vidas y otras que viven la vida de otros — dijo Tom—. ¿Qué importa lo que piensen los demás? Lo importante es que nosotros seamos felices y hagamos lo que queremos.

En noviembre se celebró la gran mesa redonda de la aviación, organizada por Nordic Air en el hotel Kolm Õde. Allí se debatió sobre cuál sería el futuro de la aviación estonia a largo plazo, cuáles eran las posibilidades y cuales las amenazas, sobre qué esperaban de nosotros los promotores de turismo y de cómo veíamos nuestro futuro al respecto. También se habló sobre los escenarios que ofrecían los transportistas internacionales y sobre el papel de los productores de aviones que dirigían el sector.

Me senté entre Devon y Egert, los dos estaban especialmente animados con bromas y comentarios graciosos todo el rato, yo no paraba de reírme. No obstante, logré seguir las presentaciones y subir casi en el mismo momento notas a las redes sociales.

El analista de mercado de Boeing habló de los aviones y de su demanda, el consultor jefe de Lufthansa Consulting, añadió cómo las conexiones aéreas multiplicaban el crecimiento económico, el representante de la dirección del aeropuerto de Tallin se quejó de cómo para abrir una nueva ruta se exige mínimo de veinticinco a treinta mil viajeros al año, y de que existen solamente una decena de destinos con tanta demanda —el día a día de la aviación estonia...

Tom habló de las posibilidades de la empresa y de su rol en el desarrollo del mercado aéreo local. La noche anterior le ayudé mejorar la presentación, habló bien y yo le escuché muy orgullosa. Comenzó con la cita de Frank Zappa sobre un Estado de verdad: No se puede tener un país de verdad a menos que tenga una cerveza y una aerolínea -ayuda si tiene un equipo de fútbol o alguna arma nuclear- pero por lo menos debe tener una cerveza” - y admitió que los desafíos ante Nordic Air no eran fáciles: como empresa estatal, la aerolínea tiene dos metas, que a priori parecían excluyentes: generar beneficios y ofrecer buenas conexiones a muchos sitios. Mostró una foto sacada desde un satélite de Europa de noche - dónde hay luz (y gente y dinero) y dónde oscuridad —el mercado local de Nordic Air se ubicaba en una de las esquinas más oscuras de la imagen.

La comparación de las dimensiones era abrumadora —Lufthansa ofrecía 67.407 asientos en sus vuelos diarios, Nordic Air solo 706... Tom lo comparó a los sitios para comer: es como si hubiese McDonalds, Burger King, KFC y otras cadenas internacionales en Estonia y Nordic Air intentase con sus dos kioscos de hamburguesas competir con los grandes tanto en Estonia como en el mundo.

—Nuestra opción es entonces ser un gran restaurante de calidad, Tigu o Moon, es decir, ofrecer lo mejor del mercado y ser conocidos por ello —concluyó Tom.

También habló de tres mitos sobre la aviación estonia y los desmintió: mostró con un cálculo fácil que el mito “pon la ruta a funcionar y el resto (dinero y viajeros) vienen por sí solos” no funciona —si la aerolínea viajase a Paris seis días a la semana perdería 55,3 millones de coronas^[14] al año, en el caso de que el precio del billete de ida fuese de 1500 coronas y hubiese

un 60% de ocupación del vuelo; también recordó que las fantasías sobre el tráfico de tránsito procedente de Asia no son realistas —sobre todo se utiliza a FinnAir vía Helsinki, donde hay una red construida durante los últimos 30 años, y que viajar desde la Europa Occidental a Rusia se puede hacer sin tener que tan al Norte, es decir, la ubicación de Estonia solo era buena para unir Escandinavia y la Europa del Este.

Me gustó el hecho de que hablara de la época de la crisis económica —como las metas de Nordic Air en el año 2008, en el comienzo de la bajada de la economía, fueron perder la menor cantidad de dinero posible, autogestionarse y crear condiciones para generar beneficios —y que Nordic Air ganó 45 millones de coronas^[15] de beneficio en el tercer trimestre, además sin los gastos de la crisis de la ceniza volcánica se habrían alcanzado los beneficios previstos en los primeros diez meses del año. Mirando las caras de los periodistas y del resto del público me pareció que la mayoría no comprendían la grandeza de este logro.

Luego cenamos en In Vino Veritas. La ciudad vieja es un lugar maravilloso, el árbol de Navidad, el mercado navideño, los renos y mucha nieve en la Plaza del Ayuntamiento. Después de la cena fuimos al cine, en el programa del festival de cine Pimedada Ööd pusieron “Tamara Drewe” que resultó ser una película maravillosa. Más tarde, ya en la cama, todavía estaba pensando en el mensaje de esta película... los hombres pierden el norte por mujeres bellas y todo es bueno para algo. Lo interesante era que todo indicaba que debía de estar con los dos a la vez, el tiempo necesario para comprender a quien quería de verdad. Aunque en cierto sentido esto lo sabía desde el principio...

Acabé pensando en quién es quién en mi cuento de hadas y me perdí en ese laberinto sin ninguna esperanza.

12

A principio de diciembre Tom propuso decidir si estamos juntos o no y en casi afirmativo, subir al siguiente nivel —es decir, por las noches ya no nos preguntaríamos si estábamos juntos, sino donde estaríamos juntos esa noche, en su casa o en la mía. Acepté.

La mañana siguiente me levanté con sentimientos encontrados. Conduciendo hacia el trabajo, con la canción *Bitter Sweet Symphony* de fondo, reflexioné sobre las razones de esa contradicción. Debería estar feliz, pero ¿qué me molestaba? ¿El miedo de no poder ir a tomar té en casa de Devon por las noches?

Esa misma noche Tom se fue a casa a dormir, no se sintió bien y pensó que estaba enfermándose. Yo iba a mi casa y me quedé atrapada en la nieve con el coche poco antes de llegar. Llamé a Devon y le pregunté si podría venir a ayudarme —parecía tan natural, él vivía tan cerca (los familiares que vivían igualmente cerca se me ocurrieron bastante más tarde).

Devon vino y me sacó de la nieve con su Audi negro. Le invité a tomar té, charlamos y nos reímos. Pura alegría. Más tarde fui en taxi a Nõmme, a casa de Tom. Se alegró mucho de verme, ya se encontraba mejor.

Para el viernes, cuando se celebró la fiesta de Navidad de la empresa, Tom estaba recuperado ya. Cenamos en la cafetería de Kadriorg y fuimos juntos a la fiesta sobre las siete. Llevaba mi nuevo vestido negro, medias y botas negras, además de una flor artificial blanca sujeta al vestido y mi pequeño bolso con cadena.

Al principio me sentía algo nerviosa —era nuestra primera aparición consciente y cargada de “sí, estamos juntos, por eso venimos públicamente y cogidos de la mano por si hubiera alguna duda”. Aparecimos así delante de los compañeros de trabajo, y para mi sorpresa todo fluyó de maravilla, ni miradas ni comentarios o al menos que nosotros supiésemos, o quizá lo suficientemente discretos. La fiesta fue divertida y todos lo pasamos genial. Tom dio un discurso donde entre otras cosas dijo tener esperanza en que el año siguiente ese discurso lo daría otro, Egert estaba especialmente pasmado por el comentario y me preguntó que qué significaba eso exactamente. Le recomendé preguntárselo a Tom.

En la cola de la barra me encontré con el diseñador de la revista a bordo, que trabajaba en una editorial —resultó ser la pareja de una chica que trabajaba en el centro de atención a clientes. Charlamos un buen rato. Tom estaba detrás de mí hablando con un alemán de la consultora que estaba analizando la estrategia de negocios de Nordic Air.

—¿Con quién hablaste tanto tiempo? —me preguntó más tarde cuando se había librado.

—Sí, era el diseñador de la revista, es la pareja de una de las chicas del centro de atención a clientes.

—Bien... pensé que era un tipo husmeando cerca de ti, aprovechando que yo me había separado un rato.

Nos reímos.

A Tom no le gustaba mucho bailar, pero cuando los discursos se acabaron y la banda empezó a tocar, dimos un par de vueltas en la pista de bailes. Vi mucho valor en ese gesto, un gran detalle de

su parte. Bailé también con Egert y un baile con Devon, que estaba loco de mate —me giró por la pista de baile de tal manera que mis pies apenas tocaron el suelo. No paraba de reírme —en sus brazos me divertí mucho y me hizo sentir muy bien.

—Devon te abrazó muy fuerte —anotó Tom cuando volví a su lado.

—Sí, estaba entusiasmado.

Más tarde las chicas del centro de atención al cliente invitaron a Tom a bailar y me quedé charlando largo y tendido con Rasmus, el analista de la división comercial. Llevaba trabajando allí desde el verano y nos habíamos sonreído a menudo en el comedor y en las reuniones, pero nunca habíamos hablado.

—Es genial que ames a tu trabajo, que tus ojos brillen y que tengas esa alegría y ese entusiasmo —le dije —lo había pensado desde que lo vi las primeras veces.

—Lo mismo se puede decir de ti y eso llama poderosamente la atención.

—¡Miau!

En un momento dado la conversación dio un giro muy personal —también habíamos bebido ya mucho. Me habló de su corazón roto por una chica y yo un poco de Tom y de mí, cuando entendí que ya lo sabía.

Volviendo a casa sobre las cuatro de la madrugada cambiamos impresiones de la fiesta con Tom, me enteré de que el grupo de chicas le había dicho que toda la casa estaba hablando de nosotros.

—¿Qué les dijiste?

—Les dije que eres lo mejor que Nordic Air me ha dado.

Le abracé.

—Sabes, a veces tengo también miedos —añadió.

—¿Cuáles? —pregunté sorprendida.

—Bueno... Todos acaban en un mismo lugar: que algún día tú ya no estarás.

Le abracé de nuevo.

El lunes Tom voló con Egert y Rasmus a Ámsterdam, a cenar con los representantes de la aerolínea KLM. Estuve hasta la tarde en la oficina y luego en casa de Devon. Hablamos de la fiesta navideña y de otros temas, y entonces me sorprendió y me contó que desde el domingo por la mañana tenía un fuerte dolor en el corazón y que la mañana siguiente iría al médico a hacerse un electrocardiograma.

—Te has quedado muy callada —me miró inquisitivo.

—Sí. Tú también estás muy serio.

—Sí... mi contrato de miembro de dirección acaba en diciembre y no estoy demasiado optimista en si lo van a prolongar. Aunque ahora que Mía se va, eso podría haber mezclado las cartas.

—Tom me dijo que se va. ¡Qué pena! Aunque, todo es bueno para algo, me parece —anoté—. Pero ¿por qué piensas que no lo van a prolongar?

—Tengo algunos conocidos en la Agencia de Aviación que no me quieren demasiado.

—Vaya.

La mañana siguiente los médicos le aclararon que su corazón estaba en buena forma, y volvió de Ámsterdam tranquilo y relajado.

La mañana del miércoles era babosa y gris. A las diez comenzó a llover, justo cuando volví de la reunión semanal de la división comercial -empecé a frecuentarlas para tener ideas para las redes sociales. La puerta del despacho de Devon estaba cerrada, y eso me sorprendió. Tom y Margaret estaban justo dirigiéndose a una reunión.

—¿Devon no está todavía?

—No lo sé, no está por alguna razón rara —mover sus hombros pasmada Margaret.

Me quedé sola. Estaba esperando que mi lento ordenador arrancara, cuando el teléfono de la mesa de Margaret comenzó a sonar, lo dejé y al rato la llamada saltó al mío. En la pantalla vi que la llamada venía del conserje de recepción.

—Laura al habla.

—Oye, tengo a la madre de Devon en el teléfono y no sé a quién dirigirle, Margaret no contesta su teléfono.

—Margaret está reunida, pero pómela a mí.

—¡Gracias!

Se oyeron un par de ruiditos en el teléfono, luego dije:

—Dígame, Laura al habla.

—Hola, Laura. ¿Está Devon en el trabajo?

—No está, justo me estaba preguntado ahora donde estaría.

—La cosa es que no contesta a su móvil.

La voz al otro lado se volvió más aguda y débil.

—¿Tienes miedo de que...?

—Sí, tengo miedo.

Pensé un momento.

—Llamé a uno de sus amigos para que fuera a la casa de Devon, pero tenía una reunión a las diez, y me prometió ir después —continuó su débil voz femenina.

Seguía pensando.

—¿Quieres que vaya yo? —ofrecí tras dudar un momento—. Puedo ir ahora.

—Si no es demasiado molestia, te lo agradecería mucho

—Claro, ahora mismo voy y te llamo en cuanto sepa algo.

Apunté su número, dije a Ilse que tenía que salir deprisa, me apresuré cerrando los botones de mi abrigo mientras bajaba las escaleras y llamaba al móvil de Devon. El teléfono sonó y sonó. Arrancando el coche probé una vez más. Nada.

El sentido común me dijo que todo tiene una explicación lógica, pero la parte menos racional ganó y el pánico comenzó a reinar. Pensé en como hace dos días le dije que no deberíamos seguir acostándonos ahora que estoy con Tom de verdad y públicamente. Pensé en qué pasa si... Oh.

En el primer gran cruce ya tenía lágrimas en los ojos. Mi boca estaba repitiendo un mantra “Dios Todopoderoso, por favor, haz que todo esté bien con él. Dios Todopoderoso... seguiré acostándome con él, solo haz que todo esté bien con él.

Mi parte más serena, sentada en algún lugar más alto, estaba riéndose de mí. Y susurró algo sobre lo bonito de mi intento de ser razonable y de encajar en ciertos marcos establecidos, pero ahora, ahora, mi querida, es el momento de la verdad.

El velocímetro llegaba casi a los setenta kilómetros por hora, aunque no estaba permitida esa

velocidad en ciudad. Frené un poco en contra de mi instinto.

Para cuando estaba aparcando mi coche delante del edificio de ocho pisos tenía ya el plan por si la puerta exterior estaba cerrada. Devon había dicho que el dueño de su piso de alquiler lleva ya tiempo vendiéndolo, -eso significaba que en caso de necesidad podría obtener de la página web de la inmobiliaria el contacto del dueño y las llaves. Si fuese necesario estaba dispuesta a trepar sobre la valla al jardín y llamar a las ventanas.

Afortunadamente la puerta exterior estaba abierta. En tres pasos subí las escaleras y llamé a la puerta. Silencio.

¿Y si está dentro echado en el suelo, grave, o desmayado, o en coma?

Intenté llamar de nuevo por el móvil y a la vez golpeé su puerta. La puerta se abrió y en el umbral estaba un somnoliento Devon en calzoncillos y con camiseta interior.

—Estúpido... Me temí que estabas muerto —brotó de mi mientras cruzaba el umbral, puse mis brazos en su cuello y comencé a llorar.

—¡Llama a tu madre, está preocupada! No contestaste al teléfono y llamó a Air —dije enseguida—. Por cierto, ¿por qué no contestabas?

—Parece que anoche después de una reunión el teléfono se me quedó en modo silencio, acabo de despertarme por tus golpes en la puerta —dijo Devon cerrando la puerta y yéndose al dormitorio. Le seguí y me senté en la cama mientras llamaba a su madre.

Cuando había acabado la llamada, se dirigió a mí.

—Ahora debería vestirme e ir a trabajar, aunque me gustaría aprovechar esta situación preciosa mañanera que se ha creado —tú en mi cama —de manera totalmente distinta.

Le sonreí.

—A mí también. Pero en algún otro momento. Tuve tiempo en pensármelo bien mientras venía hacia acá y entendí que quiero seguir acostándome contigo mientras estés vivo.

—¡Oh, es una muy buena noticia! —se alegró Devon.

—Pero ahora volveré a la oficina.

—¡Te veo en un rato! —me abrazó antes de levantarme y me fui.

Un poco después de su llegada a la oficina recibí un correo.

De: Devon

A: Laura

Asunto: Mañana

Muchas gracias de nuevo por venir y llamar a la puerta de casa.

*Sé que no es lo más apropiado, pero sigo disfrutando cuando me levanto contigo a mi lado
:)*

Devon

El viernes fui con Devon a sur de Estonia —allí visité a una compañera de estudios, aunque estaba comenzando la tormenta de nieve y los portales de noticias recomendaban no salir de casa. Llegué bien y pasamos una noche agradable con historias interesantes, vino tinto y tapas.

El día siguiente vino Tom a recogerme con su nuevo Volvo negro, que le habían dado como coche de sustitución tras una avería de su Ford volviendo de una reunión del consejo. Atravesamos los copos de nieve bailando y los estados del sur hacia Pärnu. Paramos algunas veces para abrazarnos.

En Pärnu nos esperaba la suite de caoba del Ammende Villa. Llegamos a mediodía, conseguimos nuestra habitación, dormimos un rato y después bebimos abajo frente a la chimenea un poco de café latte y varios Calvados. Por la noche cenamos en Steffan y bailamos en el Kuursaal al son de la música de Svjata Vatra, paseamos a través de Rannapark que se había convertido en un cuento de hadas navideño hacia Ammende, allí nos sumergimos en la gran bañera en cuyos bordes las manos cuidadosas de alguien habían puesto velas y cerillas. Una escena romántica perfecta.

—Oye... ¿Me vas a querer también cuando ya no sea joven y bonita? —le pregunté antes de dormirnos.

—Esto no tiene nada que ver con la juventud ni con la belleza. Simplemente eres mi Alma Gemela... —contestó Tom.

Por la mañana dormimos hasta tarde. Desayunamos crepes con sirope de agave. El camino de vuelta estaba totalmente nevado, y un poco antes de llegar a Tallin volvimos a la realidad no tan luminosa con la llamada de Katre, que Tom fue a aclarar a Nõmme, después de dejarme en mi casa.

La comunicación de Nordic Air en las redes sociales durante la crisis de la ceniza volcánica se había convertido en una historia de éxito, y por ello me invitaban cada vez más a hablar en conferencias y en seminarios, y a formar grupos de trabajo en diferentes organizaciones. Un miércoles de diciembre hablé de las redes sociales a médicos y otro día poco antes de las Navidades, fui a la Universidad de Tartu como profesora invitada. Esa clase fue justo después de otro escándalo de la aerolínea nacional, que también habíamos tratado en el blog. Eso había calmado la tormenta, pero en la clase me enfrenté a bastantes preguntas incómodas de los estudiantes de la universidad abierta, gente mayor, con más experiencia y más perspicaces que los estudiantes más jóvenes. Fue una situación interesante —gracias a la relación con Tom sabía muchas cosas así que elegí bien las palabras para responder con diplomacia y acierto.

Más tarde llegó el momento de relajación después de la tensión y la fiesta navideña del Instituto de Periodismo y Comunicación. Muchos de mis compañeros de clase llegaron por la noche a Tartu y la fiesta con ellos, con otros antiguos alumnos, estudiantes y profesores fue divertida.

Con Risto llegó Mattias, ese presentador de noticias con ojos precioso, en quien me había fijado hace tiempo lo que era evidentemente recíproco. Esa manera de mirarme... ahí había algo. Eso se ve desde el principio, ¿verdad?

Por la noche fuimos con nuestro grupo a Trepp. Estaba casi lleno, pero encontramos una mesa libre donde nos colocamos nada más llegar. Fui al baño y cuando volví mi silla estaba ocupada, así que me senté en la rodilla de Thor, que me abrazó cálidamente. Mattias estaba ahí mismo y puso cierta cara de indignación.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Pero ¿por qué a su rodilla?

—Aquí estoy a salvo. Thor es como hermano para mí.

—¡Gracias, amiga! —dijo Thor.

—Es verdad, ¿no? —me reí.

Brita vino y tampoco tenía silla así que nos encontramos con una situación curiosa y algo incómoda, para salir de ahí me senté en la rodilla de Mattias y Brita en la de Thor. Mattias puso su brazo alrededor de mí, con ternura, pero fuerte, bromeamos y hablamos de todo y de nada, y de vez en cuando lo pillé mirándome fijamente—. ¿Estás con alguien? —me preguntó.

No dije nada.

—Sí —dije después de un momento.

—Me lo temía —dijo él, con una decepción nítida en su gesto.

Al hotel llegamos en la madrugada, sobre las cinco. Habíamos perdido a Thor y él llegó por la mañana cuando bajamos al desayuno. Entre él y Risto se desarrolló la siguiente conversación.

Thor: —Mi batería se ha agotado.

Risto: —¿La tuya o del móvil?

Thor: —La del móvil. Pero la mía también —toda la noche busqué poder enchufarla para recargar.

Todos nos reímos.

En el último día de trabajo antes de la Navidad Devon insinuó que tenía que pasar por su despacho. Tenía una maqueta pequeña de un avión como regalo de navidad para él, lo saqué de mi bolso y me apresuré, apretándolo contra mí, hacia su despacho. Él sacó su paquete del cajón, pero justo entonces se oyeron voces en el pasillo así que miró el paquete, sin saber muy bien qué hacer, y volvió a guardarlo en el cajón después de mi mirada cómplice.

Más tarde, cuando yo ya estaba en el atasco del centro de la ciudad, hablamos por teléfono. Devon me estaba explicando dónde podía encontrar las llaves de su despacho y del cajón por si quería recuperar mi regalo. La curiosidad me ganó así que pasé por la oficina y cogí mi regalo — un libro titulado “Caricia al alma. —Tan tierno.

Tom pasó la Nochebuena con sus hijos y yo con mi familia. Se unió más tarde a nosotros, comimos y cambiamos regalos, jugamos a “Trivial de Europa” y fue bonito. La noche la pasamos en su casa de Nõmme, nos dimos nuestros regalos, le regalé el tratamiento de chocolate del balneario Go Spa y él a mí unas entradas para el concierto de Katie Melua en mayo, en Londres. Estábamos encantados con nuestros regalos.

Después de las Navidades viví una noche extraña. Tom se había ido a dar una conferencia y luego a casa de Katre con sus hijos. Nos mandamos varios mensajes y nos llamamos y por alguna razón tuve dudé que que estuviera donde me decía que estaba.

Reflexioné sobre la moraleja de esta sensación. Haz todo lo que TÚ quieres, no renuncies a nada por el otro. Vive de tal manera que más tarde pudieras reclamar que has vivido, has hecho todo lo que realmente querías hacer.

¿O era yo la que había marginado ciertos deseos propios? Mattias me había invitado a la fiesta del fin del año a su casa de campo y... Era duro confesarlo, pero encantaba ese plan también. Claro que quería estar también con Tom, pero esas dos cosas no parecían ser posibles a la vez...

No me quedó otra que elegir la fiesta de Nochevieja en Linnateater con Tom.

Otro tema fascinante era el movimiento de las energías. No supe verlo de esta manera hasta que Tom me dijo que al estar atascado en su vida privada y en su matrimonio, los obstáculos de dejaban de aparecer también en el trabajo. Conseguir los nuevos aviones de Nordic Air —por la crisis económica y la confusión entre los propietarios —se había prolongado más de dos años, desde que nuestra relación comenzó. Sin embargo, según avanzaba el otoño, y nuestra relación avanzaba como una tormenta revolviéndolo todo, se aclararon las cosas en el círculo de los propietarios y la compra de los aviones parecía que iba a llegar a buen fin. A finales de año estaba claro que en enero probablemente habría que ir a Canadá para traer el nuevo Bombardier a su casa.

Y fue aquel entonces, a finales de diciembre, que volvimos con Tom de las idílicas minivacaciones en Go Spa en Saaremaa. Estábamos llegando al ferry en Kuivastu, cuando Tom dijo algo sobre ir a Canadá a traer los aviones y que Devon y el resto del equipo irían ya antes. En medio segundo se formó en mí un convencimiento interior que hizo temblar mis manos.

—¿Quiénes irán a recoger los aviones a Canadá? —pregunté, tratando de parecer serena.

—No lo sé... Devon, Egert, Ilse, yo... ya veremos —contestó Tom.

—¿Pero yo? Es un acontecimiento tan importante, sin duda, que merece un reportaje en la revista a bordo y toda la repercusión posible en las redes sociales.

—Algunos periodistas vendrán también, Ilse lo está organizando.

—Pues bien, pero ellos escriben para sus medios de comunicación, pero ¿y para nuestra revista?

—No lo había pensado.

—Entonces, quizá deberíamos estar preparados ¿no te parece? —le pregunté. Estaba encendida, como siempre cuando algo de verdad me importaba.

Tom me miró y sonrió.

—Tienes toda la razón. Y a mí personalmente me encanta la idea de que vengas con nosotros.

La Nochevieja, brindando y besándonos iluminados por los adornos navideños, nos deseamos feliz año nuevo.

—¡Más bien muchos felices años nuevos! —dijo Tom.

—¿Cuántos años quieres?

—Hasta que la muerte nos separe...

Le besé.

III

Aterrizaje/Landing

1

A principios de enero nos entregaron, a Tom y a mí, las llaves de nuestro nuevo y precioso apartamento en Kadriorg y nos mudamos juntos. Llevé mis cosas en varios viajes desde mi casa de Kalamaja, quería estar segura de trasladar solamente cosas de verdad importantes y útiles, así que las noches que Tom estaba con sus hijos en la casa de Nõmme, su exmujer había vuelto a mudarse ahí, yo fui a mi casa a ordenar cosas. De vez en cuando venía Devon a tomar té, nuestras charlas cubrían todo tipo de temas y seguía habiendo mucha alegría. A mediados de enero se fue a Canadá, donde los nuevos aviones de Nordic Air estaban a punto. Sin él, el invierno estonio parecía especialmente frío y oscuro igual que la vida en la oficina, mucho más gris.

A finales de enero, en una mañana de invierno helada, nevada y oscura, entre las cuatro y las cinco de la madrugada, somnolienta, tirando de mí misma y de mi maleta para llegar hasta el coche, traté de aplacar el temblor de mis dientes sin preguntarme si era del frío o de los nervios. Había conseguido lo que quería, iba a volar a Canadá. Junto a Tom, Egert e Ilse, y ocho periodistas. Y aunque yo sabía que era nombre de la revista de a bordo y del reportaje de la llegada de nuevos aviones yo hubiese luchado por ir en ese viaje de todas maneras. Tenía la extraña sensación de que no todos lo veían así.

En el vuelo a Ámsterdam me dormía en la primera fila de clase business. Tom estaba detrás de mí, e Ilse y Egert en el otro lado del pasillo. Los periodistas fueron colocados, sin haberlo pensado demasiado bien, en clase turista —desde mi punto de vista era un desacierto de Ilse, pero como no era mi problema, traté de no calentarme la cabeza con el tema.

En el aeropuerto de Ámsterdam fuimos directos a la sala de espera de la clase business de KLM y allí seguíamos durmiendo, algunos junto a su portátil y otros sin él. Me traje un vaso de té negro con limón y miel y algunas galletas, y poco a poco me fui espabilando.

Estaba mirando cómo evolucionaba el concurso de nombres para aviones en el blog de Nordic Air y en la página de Facebook, cuando Tom me tocó suavemente el hombro.

—¿Quieres ir a comer?

—Hum... por qué no.

En el restaurante de la planta baja me pedí la ensalada de gambas que tenía una pinta muy apetecible, Tom se decidió por la pasta y los dos tomamos vino blanco. Encontramos una mesa libre al lado de la ventana, comimos y charlamos.

—Por cierto, estaba mirando el concurso de los nombres en el blog y en Facebook —me acordé.

—¡Oh! ¿Había algo bueno?

—Algunos muy graciosos, sí, pero todavía nada para exclamar “¡Eso es!”

Estábamos hablando del tema cuando de repente Tom pensó en la protagonista de los dibujos animados de Estonia, ¡Lotte!

—¡Sí! ¡Es una idea muy bonita! —estaba fascinada.

—Sí —siguió Tom—. Y si nombramos al segundo Bruno y al tercero, que vendrá más tarde, Albert. Su historia funcionaría perfectamente con nuestros aviones. Lotte y Bruno eran amigos desde el principio y Albert mirándolos desde la ventana pensó que le gustaría jugar con ellos. ¡Y así lo hizo!

Volviendo al lounge de KLM compartimos la idea con los demás. A Egert le encantó, Ilse estaba más precavida.

En el vuelo de KLM desde Ámsterdam a Montreal volamos también en business —fue la primera vez que disfrutaba de tanto lujo en un vuelo así de largo así que, después del despegue y de que se apagara la luz de “abrochar los cinturones —me divertí durante un buen rato con los botones del mando cambiando la postura de la silla y conociendo todas las posibilidades de mi pantalla personal. Había logrado dejar mi elección sobre qué ver en tres películas, cuando vino el sobrecargo de vuelo, se quedó parado enfrente de Tom y le preguntó:

—Entonces, ¿dónde está ese bolso enorme lleno de dinero?.

Todos le miramos con estupefacción.

Tom preguntó después de una pausa moderada:

—Perdona, ¿cómo?.

Sobrecargo (con energía):

—¿Dónde está el dinero? He oído que vais a Canadá a por un avión, y eso significa que tenéis que llevar con vosotros un bolso formidable de dinero, ¿no?

Después de las risas de comprensión y alivio, charlamos amigablemente sobre cuántos aviones tiene Nordic Air y sobre los destinos de los CRJ900NG. Un poco más tarde vino el capitán del vuelo y preguntó si a Tom le gustaría visitar la cabina de un avión DE VERDAD. Tom respondió que en su opinión el Bombardier CRJ900NG es un avión DE VERDAD, igual que su MD-11, pero aceptó encantado la invitación magnánima. Sentí un poco de envidia, pero a la vez me entretenía el estilo y la atención de los holandeses, así que me levanté, saqué mi ordenador del compartimiento superior del avión y anoté la historia para el reportaje que estaba escribiendo.

Tom estuvo un buen rato en la cabina, cuando volvió comentó que para el capitán de KLM ese fue su penúltimo vuelo antes de retirarse. En Nordic Air, el capitán que se jubila, tras aterrizar su último vuelo dirige el avión a través de una especie de puertas de agua que se hacen con la ayuda de los coches de bomberos. Una especie de tradición del último vuelo en KLM era que podían elegir la tripulación de sus sueños.

Llegamos a Canadá por la noche muy tarde, tenía sueño. Yendo hacia el centro de la ciudad, en el minibús que nos había recogido, intenté hacer algunos cálculos simples para entender la diferencia horaria y la hora que sería, pero el cansancio era grande y las matemáticas tampoco me gustaban demasiado así que renuncié. Me espabilé un poco cuando llegamos al hotel —un grandioso Sheraton en el centro de la ciudad. Después de unos cuantos procedimientos rutinarios me dieron la tarjeta de mi habitación y subí. Tenía una habitación prodigiosa con vistas impresionantes, me hubiese gustado dejarme caer en esa que parecía la cama más cómoda del mundo, pero me llamó Tom y exigió que me mudara a su suite. Hastiada cogí mi maleta, evitando pensar en cómo puedo estar hastiada por la idea de ir con el hombre a quien quiero y bajé una planta.

La suite de Tom era más impresionante aún. Un salón espacioso con sofás, una televisión enorme, espejos y flores y un dormitorio separado, además de dos baños. Pero tampoco aquí me dejaron caerme en la cama.

—¡Es demasiado pronto, vamos abajo y tomamos una cerveza!

Yo ronroneaba.

—¡Querida...!

—Vale, vale —me rendí.

Los periodistas que vinieron con nosotros, Egert e Ilse estaban ya todos sentados en el bar. Egert alabó su cerveza con sabor a sirope de agave, lo probé, sabía a la piruleta de mi infancia. El tiempo se arrastraba, traté de ser sociable y sonreír, aunque el único hombre que me interesaba en aquel momento era Une-Mati^[16]. O como sea que lo llamasen en ese lado del océano.

Por fin la gente se fue marchando y nosotros subimos a la habitación.

—¡Hola! —sonó al lado de los ascensores de repente una voz energética.

Me espabilé en un segundo.

—¡Devon! ¡Hola!

No pude colgarme de su cuello. Demasiado público. Al mismo tiempo el deseo de hacerlo era más fuerte que nunca —más lejos de casa, más queridos parecen hasta los compatriotas totalmente extraños. Sin embargo, cuando te encuentras en el otro lado del planeta, en medio de una noche helada, a la persona querida...

Pero mi férreo autocontrol estaba conmigo.

Detrás de Devon estaban sonriendo Annely y Eneli —dos simpáticas azafatas de vuelo-instructoras, que también habían volado por el nuevo avión. Las saludé alegremente, las dos me abrazaron y eso me emocionó.

—¿Cómo va todo? ¿Qué tal el avión? —les pregunté entusiasmada.

—Ayer por la mañana hicimos un ensayo. El tiempo era genial y la sensación igual de cálida —nuestra propia cola azul —compartió Annely.

—Hicimos todo tipo de maniobras y procedimientos según la lista de comprobación. Controlamos sistemas y equipamientos y durante algunas maniobras aguantamos la respiración —se rio Eneli—. Pero todo fue sobre ruedas. El avión es genial, vuela rápido, pero a la vez silenciosa y suavemente.

—Falta el último barniz, algunos arreglos pequeños en el interior y en la documentación, pero pronto todo estará arreglado y podremos saludarles - ¡Bienvenidos al bordo de CRJ de Nordic Air! —añadió Annely.

Los otros, que se habían quedado en el bar, llegaron hasta los ascensores, compartimos impresiones y subimos juntos hacia nuestras habitaciones. De reojo vi como Devon miró al suelo cuando salí con Tom del ascensor una planta antes de su parada. Por dentro sentí un pinchazo, pero a la vez estaba tan contenta de que estuviera allí. Yo sabía que el momento de irnos cada uno a una habitación diferente iba a llegar y que era duro para ambos, pero le hubiese echado mucho más de menos si hubiese estado al otro lado del océano.

El día siguiente hacía mucho frío y dimos una vuelta por Montreal con el guía y el minibús de la empresa. Tom y yo pusimos dos velas en la iglesia de la Notre Dame canadiense. Después de la visita a la ciudad había tiempo libre y más tarde la cena de gala con la gente de Bombardier. Me sentaron al lado del director del programa CRJ de Bombardier, un hombre mayor genial, con quien mantuve una conversación muy agradable.

Volviendo de la cena hubo un momento divertido en el minibús. El fotógrafo del periódico

semanal me preguntó si había un asiento libre a mi lado. Dije que sí, se sentó, pero fue entonces a sacar más fotos de Tom y del director de Consejo que había llegado en ese mismo día, mientras tanto vino el periodista del diario más grande y sentó a mi lado. Cuando el fotógrafo volvió y descubrió que su asiento estaba ocupado... Todos que habían seguido el juego, se rieron con ganas.

Los periodistas eran todos encantadores y, seguramente por mi formación y la experiencia en medios, me sentía más cómoda con ellos que los demás, incluyendo a Ilse, responsable de las relaciones con los medios, pero con una historia de fondo del todo distinta a la mía.

El lunes por la mañana, después de un desayuno de lujo en la planta treinta y siete del hotel, fuimos a la factoría a recoger nuestro CRJ. Se unió a nosotros el director de consejo Hans, que había venido a Montreal especialmente para la ceremonia de entrega. Se sentó detrás de mí en el minibús y hablo todo el trayecto por teléfono con su asistente, una de las muchas rubias que le rodeaban en la vida profesional y privada.

—¡No, cambiar esa reunión no me conviene! —dijo con firmeza al teléfono.

—Sí, esa opción es mucho mejor. ¡Genial! ¡Maravilloso! ¡Fantástico!

—Está claro, iré el día 24 de Londres ahí y de ahí a Oslo. Sí, eso está bien. ¡Genial! ¡Maravilloso! ¡Fantástico!

Cuando escuché por undécima vez estos tres adverbios magníficos sonando detrás de mí, me acordé de una teoría que afirmaba que los adverbios que la persona más utiliza son los que influyen en su vida y hablan de él más que cualquier otra cosa. En este caso la teoría parecía ser cierta —el director del consejo de Nordic Air era un exitoso banquero de inversiones, que, al menos en la observación superficial, parecía ser hombre que sabía vivir. Tom le conocía desde hace tiempo y en la cena de gala en Swissotel, donde nos sentamos en la misma mesa con Hans y su pareja, otra rubia que parecía una muñeca, me susurró en un repaso rápido de Hans: donaciones generosas para muchos partidos políticos, buenas relaciones personales con muchos políticos, muchos proyectos grandiosos, entre otras cosas viajes en el yate, fiestas costosas y muchas mujeres bellas. Observé a Hans con interés. No era un hombre que me pareciera atractivo, pero siempre he admirado a las personas que manejan el arte de vivir, de una manera u otra, incluso cuando son vanidosos. Hoy, a pesar de haber llegado tarde después de un largo vuelo, tenía un aspecto cuidado hasta el último detalle. En la estantería de maletas estaban sus dos bolsos grandes Louis Vuitton.

—Hans, algunos periodistas quieren algunos comentarios, ¿estás preparado para hablar? —se inclinó Ilse hacia él cuando la llamada se había acabado.

—Ilse, ¡yo siempre estoy preparado!

Nada podría haber encajado mejor con mis pensamientos que su respuesta.

En la fábrica de Bombardier Mirabel, crearon más suspense antes del momento decisivo con la descripción general de los diferentes modelos y la producción de los aviones. Luego nos dieron una vuelta para mostrarnos aparatos en diversas etapas del ensamblaje y nos presentaron el proceso de producción. ¡Al final del último hangar por fin vislumbramos la cola azul más bonita del mundo! Cuando llegamos hasta él, habían colocado una alfombra roja y filas de sillas delante del avión. El primer Bombardier CRJ900 NextGen de Nordic Air estaba listo para ser entregado.

Después de la ceremonia de entrega comimos en el restaurante. El filete de bison estaba bueno y la conversación era amena, pero había tensión en el ambiente —hasta la noche no estábamos seguros de que fuéramos a tener el avión disponible. Parece que había algún asunto de dinero o no sé qué proceso exactamente que iba más lento de lo debido y Tom está un poco nervioso, se lo notaba, aunque él trataba de disimularlo. Mucha gente a los dos lados del Atlántico trabajaban con intensidad para arreglar todos los papeles a tiempo. Me molestó un poco que no pudiera más que pedir a todos los ángeles y dioses y agradecerles ya antemano que todo fluyera con naturalidad, pero al menos hice eso.

Todo fue bien al final, estuvieron todas las firmas a punto y también las confirmaciones necesarias y el ambiente se aligeró. Unas horas más tarde, cuando el avión estaba preparado, vino un momento de sueño: abrí la puerta de una pequeña cocina que allí había para los trabajadores, la crucé y salí fuera del enorme hangar. Sin procedimientos rutinarios del aeropuerto, el avión emergía a la luz del atardecer a unas decenas de metros de mí, su pasarela bajada como una invitación. El cielo era alto y azul, me paré por un momento —un momento ASÍ...

Cuando todos los viajeros, éramos una decena, estábamos a bordo, dos deslumbrantes azafatas de vuelo-instructoras cerraron la puerta y Canadá empezó a quedarse atrás. En la cabina estaban el instructor de Bombardier y Devon. Los asientos eran muy cómodos y el avión por dentro tan bonito, todos estaban entusiasmados. Misión cumplida.

Las azafatas añadieron al procedimiento rutinario de “las salidas de emergencia están ubicadas en el centro y en la parte delantera del avión” una demostración detallada de las posibilidades de la iluminación del avión y jugaron con las luces como niñas.

Egert se vistió con el uniforme de azafato de vuelo y ofreció un servicio excelente, paseando la bandeja con una frecuencia y sirviendo a todos cerveza y vino, cosas para picar y hasta dulces tenía.

—Es un poco sorprendente, pero me gusta descubrir que se puede montar una fiesta en el avión en cualquier momento —me reí con Tom.

—Es verdad... Yo también me siento como un niño en la tienda de chuches —me sonrió.

—Jaja, ¡mirad qué pone aquí! —gritó Egert cuando descubrió el rótulo *This aircraft not for revenue service* al lado de la puerta de la cabina—. ¡Este avión no está pensado para sacar beneficio! ¿Cómo qué no?

—Mierda, esa no es una buena señal —sonrió Tom.

—Amigos, tenemos el récord de altura de Nordic Air, 12 600 metros —anunció Devon desde la cabina.

—Y en el cielo se ven la luminosidad que hay en el norte! —exclamó Ilse.

Todos se apresuraron hasta las ventanas, en el cielo estrellado se veía el suave verde de las auroras boreales. Después de la parada en Islandia para repostar esas vistas fueron reemplazadas con los tonos amarillos-rosados-azules sobre la espuma blanca de las nubes ligeras.

Tom se fue a dormir a la parte posterior del avión para estar fresco por la mañana en Tallin, el resto también estábamos cansados. Los periodistas se habían juntado entre ellos en un corrillo, seguían con la fiesta, cogí más vino y fui a sentarme con ellos.

—¡Es el vuelo de nuestras vidas! —no pude ocultar mi fascinación.

—La verdad es que es genial —estaban de acuerdo todos—. En la vida no habrá muchas experiencias de ese tipo, volar con tus colegas sobre el océano con un avión nuevo y estar de fiesta toda la noche —añadió alguien.

Charlamos un rato más, pero de repente se hizo un silencio atronador.

—Oye... ¿sois pareja el presidente y tú? —me preguntó un cámara de repente.

—Sí —dije tras una pausa inesperada—. ¿Por qué?

—Entonces te tacho de mi lista —anotó mirándome en los ojos.

Sonreí.

—Gracias... Lo tomo como un cumplido.

La mañana siguiente estábamos los dos descansados y frescos, eso nos fue útil ya que el día estaba lleno de las presentaciones oficiales del nuevo avión —primero a nuestros propios trabajadores, luego a los colaboradores, políticos y periodistas. Había pocos periodistas, muchos habían visto el avión el día anterior y la noticia ya había pasado por los medios. La oficina de relaciones públicas del Ministerio de Economía y Comunicación recriminó a Ilse— al ministro le hubiese gustado obtener más honores para sí y estar en la foto oficial, pero ahora se difundía en todas partes la foto de Tom saludando desde la puerta del avión junto a los titulares tipo “Tom el Conquistador” vino con el nuevo y flamante aparato de Nordic Air —y después de tanto tiempo de críticas y difamaciones se podía leer por fin palabras de reconocimiento para la aerolínea. Estaba tan orgullosa de él.

En el último viernes de enero se celebró, junto a su cumpleaños, la fiesta de despedida de Mia. La celebración empezó por la tarde en la oficina y mucha gente fue con los buses, que solían transportar el personal de los vuelos, a un bar en el centro de la ciudad.

Yo había admirado a Mia desde el principio. Suena superficial pero lo primero lo que nos atrae es el aspecto y Mia era preciosa. Aunque a primera vista se le podría considerar hasta discreta —pequeña, delgada y morena, con el pelo corto, pero ella tenía Ese Algo. Sentía mucha simpatía hacia ella, además las personas que sienten entusiasmo hacia su trabajo me han apasionado siempre. Mia lo tenía, fue una gran vicepresidenta en la parte financiera y comercial, no subestimaría jamás su rol en la manera en que Nordic Air superó la crisis económica. Una vez me confesó que disfruta perdiéndose en las tablas de Excel. Eso aumentó mi simpatía y mi admiración —siendo una persona totalmente de humanidades me produce admiración la gente a la que le apasiona, de la misma manera que a mí el escribir y a Devon el volar, un área del todo diferente.

Por otra parte, siempre había un “pero. —También esa noche hubo un momento extraño que me persiguió durante mucho tiempo. Tom estaba sentado separado de nosotras, pero Mia y yo nos sentamos juntas. La miré un momento dado, tenía la cabeza apoyada contra la ventana y de repente la vi muy triste y mayor.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Ah, no lo sé... —dijo.

—¿Quieres hablar de ello? —le hice la pregunta típica de los psicólogos que se me había adherido gracias a Berit que era psicóloga.

—Si solo yo misma lo supiese.

—¿Te sientes triste por irte?

—Sí... Y no estoy nada convencida de hacer lo correcto y hacerlo por razones correctas.

Por alguna razón me vino el pensamiento de que quizás algún día hubo algo entre ella y Tom (lo pensé por primera vez viendo cómo se relacionaban entre ellos al llegar Mia a trabajar en Nordic Air), y quizás ella había oído de mi relación con Tom y esa era una de las razones (además

del aumento de la participación estatal en la empresa) porque aceptó la oferta de una empresa de cazatalentos y decidió irse.

Ahuyenté el pensamiento, pero se quedó flotando en algún lugar de mi mente.

La fiesta en Clazz fue muy animada. Luego, cuando una parte de la gente se había ido y el grupo se había reducido, fui con Tom a hablar con Mia, que ya volvía a estar alegre.

—Oye, estábamos pensando en revelarte algo asombroso —dije.

—Sois muy amables, pero creo que ya sé que vais a decir... Sois pareja, ¿era eso?

Al final me tocó a mí estar sorprendida. No debería haberlo estado, era previsible, pero aun así lo estaba. Conversamos, Mia era cálida y afectuosa y todo estaba aparentemente bien.

Cuando fui a por una nueva copa me encontré con Rasmus.

—¿Qué tal te va? —me preguntó amable.

—Oh, ya sabes... me gustaría que alguna buena persona me contase todas las historias que los molinos de rumores de Nordic Air sueltan sobre mi pareja y sobre mí —dije bruscamente.

—Dime dónde y cuándo, lo haré encantado.

—¿En serio? —le miré estupefacta.

—Ven a cenar a mi casa, por ejemplo, la semana que viene, y hablamos.

—¡Una oferta muy interesante! Hablaremos de ella.

—Y, en general, ¿cómo te va? —siguió él.

—En general, todo va bien... Canadá fue genial y todo el asunto de los nuevos aviones fue muy inspirador. Me encantó lo que dijo Mia en su discurso —que siempre hay que esperar que la solución aparezca; que hubo momentos que conseguir nuevos aviones pareció imposible, pero entonces tuvimos que hacer una pausa, descansar y la solución llegó. Me encanta cuando la gente dice que merece la pena soñar y creer, porque yo también lo creo, mucho.

—Estoy de acuerdo. Yo también lo creo.

2

A principios de febrero Tom me presentó a su hija pequeña y a su hijo adolescente. Fuimos juntos al cine y los fueron dulces y agradables, pero aun así después noté cómo la energía bajó bruscamente. Tom lo notó y me preguntó qué me pasaba. Le expliqué que como son las personas cercanas de alguien importante para mí, estoy por si no somos del todo compatibles. Hablamos un poco de ello y me calmó al menos momentáneamente, pero más tarde acabé de nuevo en las garras de un ataque de pánico. Busqué causas del pánico para poder tranquilizarme y creo que al final deshice el nudo más o menos bien —si pensamos en la cantidad de años que vivimos y en todo lo que puede pasar en estos años, entonces la vida parece aterradora, no hay garantías de nada. Solo vivir aquí y ahora y disfrutarlo.

Charlamos hasta la tarde por la noche con Tom y repitió que tiene la sensación de que yo ya le había dado tanto —estando conmigo se solucionaron varios problemas que le habían atormentado durante años, la situación general y la compra de nuevos aviones de Nordic Air, su matrimonio en un callejón sin salida, además ahora estaba incluso más contento consigo mismo me dijo. Me hizo mucho bien escuchar sus palabras.

En algún momento durante esa noche me pregunté: —¿Qué me trae alegría? —y una de las respuestas era cenar con Rasmus. Tom aceptó mi deseo de responder a esa oferta, pero cuando un par de noches más tarde me estaba preparando para salir, no pareció demasiado feliz con el plan.

Rasmus me recogió sobre las siete y me llevó a su apartamento de soltero. Había preparado un par de cosas y mientras seguía con sus quehaceres me puso una copa de vino. La pasta que al final se hizo no era gran cosa, pero se podía comer. Y el vino tinto era magnífico, oscuro y con un cierto gusto a especias al final.

—No sé qué ha pasado, en general soy buen cocinero, pero hoy no estoy nada contento con el resultado —se quejó Rasmus.

—No sufras, está buena.

—Tienes que darme una oportunidad más.

Sonreí.

—Creo que se puede organizar.

Charlamos de manera amena de la vida, de la realización personal y las relaciones y al final también de los rumores que circulan en Nordic Air. Rasmus me contó que, en la primera planta, el principal nido de las cotorras de la oficina, habían dicho que probablemente yo ya tenía relación con Tom antes de venir a Nordic Air, seguramente por eso me cogieron a la planta de la dirección y evidentemente también esa era la razón por la que yo había ido a Canadá. Algunos detalles me parecieron graciosos, pero en realidad no me gustó escuchar que hablaban así de mí.

—No digo que yo no hubiera analizado la vida de terceros con mis amigos nunca, pero de esta manera la verdad es que no... Es increíble a lo que dedica mucha gente su tiempo y su energía, en hablar de los demás de esa manera.... ¿Por qué se habla así de alguien? Sabes qué, nunca he valorado demasiado a mis diplomas, pero ahora me siento muy orgullosa de mi diploma de la Universidad de Tartu —esto no te lo dan por tus ojos bonitos...

—¿Conoces la frase de no intentes adaptarte a las masas cuando has sido creado a sobresalir? —preguntó Rasmus—. Es pura envidia que les hace hablar de esta manera y es la parte sombría del ser deslumbrante, de sobresalir y de vivir tu vida con valentía.

—Bien dicho... ¡Gracias!

A mediados de febrero Tom y yo volamos vía Copenhague a disfrutar unas minivacaciones en Suiza y Austria. Pasamos un día en Zúrich donde era ya la primavera - nos sentamos en la terraza de una cafetería de la ciudad vieja con los abrigos abiertos por delante, ocho grados y sol brillando, ¡maravilloso! Paseamos por la ciudad, comimos castañas asadas y cenamos al lado del lago en un restaurante italiano.

—Sabes, esa cafetería por la mañana fue especialmente agradable —dije cuando habíamos acabado los postres y seguíamos con el vino.

—Sí, a mí también me encantó. El café además estaba delicioso.

—Puse en palabras una idea que se me cruzó por la mente, que tanto como turista, pero también en tu ciudad, es verdad que probando nuevas cafeterías hay más riesgo de que te sirvan un café latte malo, pero a la vez existe una posibilidad de tener experiencias maravillosas y descubrir nuevos sitios agradables, quien sabe si alguno de tus favoritos donde volver una y otra vez. Es decir, es importante el equilibrio entre los favoritos antiguos y descubrir lugares nuevos de vez en cuando.

—Filosofía de cafetería —se rio Tom.

El día siguiente por la mañana un minibús nos estaba esperando en frente del hotel. Del aeropuerto se nos unieron más personas y fuimos a los Alpes de Austria, St Christophe. Estábamos en un evento de una empresa de alquiler de aviones junto con numerosos jefes de otras compañías aéreas de varios países. Después del registro y de llevar las cosas a nuestras habitaciones, bajamos a la sala de la chimenea donde nos ofrecieron unas bebidas de bienvenida. Conocimos a la gente. Tom comenzó a hablar con el presidente de Delta y su esposa, yo con la esposa de la empresa de alquiler, Mariana. Me dijo que era de Bulgaria, había vivido en Singapur y ahora en Dublín. Hablamos de muchas cosas, pero sobre todo me inspiró de su historia cómo le había dicho a su hijo que jamás se debe forzar a un amigo a hacer algo —había incitado a su amigo a ser voluntario en África, donde éste se había bañado en el Nilo y se contagió ahí con algo que le provocó un serio problema de salud. Era una historia para reflexionar —de alguna manera la asocié con cómo Arabella intentó el verano pasado forzarme a acabar la historia con Devon. Entendí que quiso lo mejor para mí, igual que el hijo de Mariana a su amigo... Y al final cada uno hizo su elección, pero el mensaje de esta historia fue que hay que ser muy prudente dando consejos. En especial con consejos sobre temas tan personales.

Después de las bebidas de bienvenida, la cena fue abundante, el sueño delicioso y el desayuno también. Al levantarnos de la mesa, la tienda de la primera planta nos dio el equipamiento necesario para esquiar o para hacer snowboard, dependiendo de las preferencias de cada uno, y salimos. El sol y la nieve blanca brillaban fuerte. La gente más experimentada fue llevada hasta los ascensores, Tom y yo nos quedamos con la instructora de snowboard —pensamos que sería divertido aprender algo nuevo.

—Es algo muy curioso lo de la instructora que nos ha tocado... —susurré a Tom cuando nos habían presentado a Silke, una rubia muy simpática.

—¿En qué sentido?

—Pues, ¿te acuerdas cómo me reí cuando te dije que íbamos a venir a los Alpes a practicar snowboard con un instructor muy sexy? La verdad es que estaba pensando en alguien de género masculino. Para mí era tan obvio que ni lo mencioné. Y sin embargo mira....

—Pide y se te dará —se rio Tom.

—Sí, pero antes tienes que pensar muy bien las palabras exactas que vas a utilizar...

Pasamos tres horas entretenidos en la montaña y me sorprendí pensando cómo algo tan físico, como aprender a manejar la tabla de snowboard, puede ofrecer tantas lecciones espirituales. Para maniobrar entre obstáculos, Silke nos enseñó a mirar, a concentrarnos en el lugar adonde queremos ir —mirando a la persona o al poste es más probable que les pillas en medio, así que mejor es mirar al espacio vacío, el lugar donde quieres deslizarte con la tabla.

También es más útil mirar y pensar más en las personas a quien me quiero parecer, pensé recordando las historias que me contó Rasmus...

Cuando llegó la noche me había resfriado lo que me cambió un poco el humor. Sin embargo, no quise perderme la cena en la taberna que había arriba en la montaña de Rodelalm. La comida era buena y las conversaciones algo superficiales hasta que empezaron a agotarse. El mejor momento de la noche llegó saliendo de la taberna. Nos estaban esperando varios trineos pequeños con pies metálicos, uno para cada uno, y nos tiramos para abajo por el camino curvado, nevado y helado de la montaña, a la izquierda la montaña, a la derecha el abismo.

El fotógrafo, que había sido contratado para inmortalizar el acontecimiento, se deslizó por delante y entre los invitados, durante un buen rato también de espaldas, nos grabó. Un loco de remate.

El día siguiente seguimos con nuestras clases de snowboard. La mejor recomendación de Silke era estar segura de ti misma, serena y confiar en ti. Comimos de nuevo en otra montaña mágica y cenamos en una bodega cerca del hotel. La charla banal ya me cansaba, fantaseaba en cómo sería estar en un lugar así con amigos con quien siempre era divertido e interesante charlar.

El vuelo temprano después de la noche de fiesta definitivamente no fue una buena idea, aunque compensó con la llegada a casa pasando por Estocolmo. Esa misma noche fui a mi piso de Kalamaja y Devon vino a tomar té conmigo, y más tarde fue al piso de Kadriorg cantando en el coche y sintiéndome muy viva de nuevo, como si no existiera el cansancio.

La mañana del viernes volví a madrugar mucho, esta vez para dar clases en Tartu, la asignatura de e-marketing me encantaba. Después de la clase compré una tarta en Werner para celebrar mi aniversario en Nordic Air con los compañeros, y por la tarde estaba ya de nuevo en la oficina.

A finales de febrero cumplimos medio año juntos Tom y yo. Lo celebramos con una cena estupenda en Ö, más tarde seguimos con la fiesta en Chicago y en Amigo donde tocaban Tanel Padar y The Sun.

—Han sido los mejores 6 meses de mi vida —susurró Tom a mi oído antes de dormirme entre sus brazos.

3

La fiebre de viajar se apoderó de nosotros, pero sobrevivir el invierno en Estonia sin un viaje al sol era impensable, así que, a principios de marzo, volamos vía Estocolmo a Tailandia. Tras un día casi entero de vuelo estábamos por fin en Koh Chang, la Isla Elefante. Tenía muchas expectativas respecto a Tailandia, por alguna razón pensé que me iba a gustar más que Bali, pero no fue así. El hotel era de lujo y precioso, pero el mar y el cielo estaban más grises que había esperado.

—Utilizan el Photoshop bastante más de lo que imaginaba en las fotos de los catálogos — compartí mi opinión con Tom.

—Quizás en algún lugar encontraremos ese mar turquesa que anuncian —Tom trató de consolarme.

—Tengo esperanza en el Caribe

La verdad es que no quería quejarme, hubo muchas cosas buenas, todo lo bueno de Asia estaba ahí —buena comida, gente amable, buenos precios, mucha cultura, sol y una naturaleza frondosa. Estaba echada con el libro al lado de la piscina y muy cerca del mar, donde nos hacían masajes. Cuando nos cansábamos de esa vida contemplativa, cogíamos la moto y nos íbamos lejos a algún rincón interesante. Comimos alternando lugares de lujo y locales (ofrecían mejor comida, naturalmente), fuimos a ver-acariciar-alimentar a los elefantes y dimos paseos por playas exuberantes. Fue bueno poder holgazanear, todas las vacaciones deberían ser así, pero los recuerdos de Bali me perseguían y no podía evitar compararlo. En las imágenes que me venían aquellos lugares eran más deslumbrantes y me pregunté entonces si esa sensación tendría que ver más con el lugar o con el acompañante. Hace tiempo que pienso que somos compatibles con los lugares igual que lo somos, o no, con las personas -¿quizás nos gustamos más a nosotros mismos en algún lugar que en el otro? Igual que con alguna persona brillamos más que con otra.

El sábado volamos con un vuelo domestico a la capital. Admiramos el servicio a bordo de Bangkok Ariways y disfrutamos de las vistas impresionantes desde ahí arriba.

Bangkok era una locura. Todo el tiempo resonó en mi cabeza la canción *One Night in Bangkok*” de Murray Head y la mañana siguiente estuve totalmente de acuerdo con que *one night in Bangkok makes a hard man humble...* —una noche en Bangkok convierte un hombre duro en modesto. Tanto a Tom como a mí nos gustó el bullicio de la ciudad, atravesando la vorágine del tráfico en tuk-tuk, el ritmo de acelerado, las luces, el jaleo y todas las copas que tomamos primero en el vistoso bar del hotel de lujo donde nos quedamos y después en cada antro que entrábamos sin pensarlo demasiado, aunque acabamos agotados.

El vuelo de vuelta en la cómoda y silenciosa clase business de Thai Airways, después de los colores, aromas y tumulto de Bangkok, fue una experiencia de otro mundo. A Tallin llegamos por la mañana así que los dos trabajamos medio día. Era ocho de marzo, el día internacional de las mujeres, y Devon trajo tulipanes amarillos a todas las mujeres de nuestra planta. Por primera vez nos abrazamos en público en la oficina. Me alegró poder hacerlo con libertad y sin temores.

Por la noche Tom fue a ver a sus hijos y cuando volvió, anunció que iba a traerlos a pasar el fin de semana con nosotros. Una situación interesante y novedosa para mí, no sabía bien qué

esperar.

—Oye, ¿no estarás preocupada por lo de mis hijos? —preguntó mi madre cuando después de haber compartido las impresiones del viaje le comenté lo que me esperaba el fin de semana.

—Pues sí y no... Muchos de mis amigos tienen hijos con quien me llevo bien, pero en cuanto pienso en los tuyos me paraliza, no sé qué hacer cuando los vea, o si tengo que hacer algo, es una sensación extraña —le confesé.

—Es muy fácil. Les preguntas qué quieren hacer y qué quieren comer, les dejas mostrarte sus juguetes o juegas con ellos si te apetece...

—Sí. Ya lo sé. Gracias.

Como siempre, el miedo ante la situación era más grande que la situación. Al final la hija de Tom enfermó y no pudimos encontrarnos. Yo también me resfrié esos días así que me quedé en casa, estuve limpiando y poniendo lavadores. Entre tanto viaje de lujo y sin ningún trabajo doméstico que hacer estas pequeñas tareas se me hicieron muy placenteras.

A finales de marzo fuimos a ver el fútbol con Tom, un Estonia-Uruguay, del que salimos vencedores por dos a cero. Los dos estábamos eufóricos después del partido.

—Ya primer gol fue fantástico, pero cuando marcaron el segundo fue ¡Brutal! —Tom estaba entusiasmado como pocas veces lo he visto.

—Sí. ¡Yo pienso lo mismo!

—Sabes, es como con otras cosas de la vida —cuando ya tienes una situación muy buena, el primer pensamiento es mantenerlo, pero la verdad es que hasta en la victoria merece la pena ver la posibilidad de conseguir aún más y trabajar por ello.

—¿La filosofía de fútbol?

—¡Sí! Oye, vamos a celebrarlo a algún lugar, ¿alguna fiesta?

—Es la Tallinn Music Week y en el Rotermaann hay música étnica, suena interesante, ¿verdad?

—Sí, vamos.

4

En abril invitaron a Tom a la Agencia de Aviación. Cuando volvió de ahí por la noche estaba muy serio.

—¿Qué pasó?

—Prácticamente me dieron un ultimátum, de que si voy yo o vamos los dos con Devon.

—¿Por qué?

—Es una historia larga, pero ha habido cosas que se pueden interpretar de muchas maneras y se pueden criticar. El ministro de Economía está muy ofendido por no haber podido incluir la llegada de nuevos aviones en su lista de logros, lo que agrava el hecho de que la Agencia de Aviación no nos ha querido nunca demasiado. Y detrás de todo esto también está la sombra de los pilotos, —después de los recortes de la crisis económica juraron que íbamos a pagar por atrevernos a despedir pilotos.

—¿Pero no había más opciones para que la empresa continúe?

—No lo ven así. ¿Conoces el chiste de qué diferencia hay entre un piloto y Dios?

—¿No?

—Dios no piensa que es un piloto.

Me reí.

—En todo caso, se tomaron los recortes de manera muy personal, como un ataque directo —añadió Tom.

—Además están los conflictos entre el sindicato de los pilotos y la dirección que vienen de lejos.

—Exactamente.

—Pero entonces ¿qué pasará?

—Vamos a ver, pensemos un poco.

Nada de esto era una novedad para mí, en la mayoría de las aerolíneas los pilotos y la dirección no se llevaban bien, por decirlo suavemente. Al menos en las que existe hay sindicato que represente al colectivo. Los pilotos son trabajadores con alta cualificación, bien pagados y con gran responsabilidad, y suelen tener muchas opiniones diferentes de los directivos que no saben pilotar un avión, pero sí gestionar gente y finanzas, lo que desde la cabina de un avión parece una cosa sencilla.

A mediados de abril pasamos un día en Copenhague, fuimos a comer al mejor restaurante del mundo, el Noma. Fue una experiencia exquisita, el proceso de preparar los platos, el servicio y el ambiente en general fueron magníficos.

Aunque igual de maravilloso fue nuestro salto a Tartu en primavera —Tom tenía una clase en la Academia de Aviación el jueves por la tarde, yo la mía en la Universidad de Tartu el viernes por la mañana, así que cogimos una habitación en el Hotel Antonius y pasamos una velada idílica primero paseando por las cafeterías de Tartu y luego bebiendo Calvados y jugando al ajedrez en frente de la chimenea del hotel.

5

A principio de mayo volamos a Londres, una de nuestras ciudades favoritas. Tom había encontrado un hotel muy bonito en Kensington High Street, muy cerca de un Starbucks donde nos encantó tomar café latte. Disfrutamos comprando libros en Waterstone, discos y películas en HMV, además de ropa, zapatos y accesorios en varias tiendas.

La noche de jueves teníamos entradas para el concierto de Katie Melua, fue fantástico. Para abrir el concierto cantó una de mis favoritas desde hace tiempo “The Closest Thing To Crazy” y para acabar otra de las que más me gustaba, “Nine Million Bycycles”.

—Sabes, jamás pensé que iba a cansarme de viajar —dije a Berit al volver una noche de primavera tomando café en NOP.

—Como me gustaría tener tus problemas...

—Vale, entiendo lo feliz que soy teniendo este tipo de problemas, pero deja que me queje un poco.

—Adelante.

—Por un lado, es maravilloso que fuéramos con Tom a Canadá el pasado enero, después en febrero a Suiza y Austria, en marzo a Tailandia, en abril a Copenhague y en mayo a Londres, pero ahora mismo solo quiero estar en casa.

—Creo que te comprendo un poco.

—Por cierto, tengo la sensación de que es la respuesta a mi “pide y te darán” —yo pedí eso hace tiempo, hambrienta de viajes, que me gustaría viajar cada mes a algún sitio.

—Ten cuidado con lo que deseas, tus deseos pueden hacerse realidad —admitió Berit.

A finales de mayo se celebró el día de la primavera organizado por la división financiera y comercial. Todo el que quiso podía participar en la excursión a la vieja prisión de Patarei. Después se cocinaba juntos detrás de aquel tenebroso edificio, en una cafetería al aire libre que había en la orilla del mar. Nosotros como equipo de la cuarta planta —Tom, Devon, Margaret, Ilse y yo —cocinamos en una gran sartén de wok un risotto de remolacha que salió delicioso, pero tampoco las comidas de la división financiera y comercial, como las de los grupos de las tripulaciones se quedaron atrás. La participación de los últimos era una especie de milagro y por eso había poca gente, y eso que entre pilotos y azafatas de vuelo formaban más o menos la mitad de la plantilla.

También Mia estaba invitada. Un pequeño grupo seguía más tarde en el lobby de Savoy donde conversamos durante un buen rato. Fue agradable y, sin embargo, estando con Mía tuve una sensación extraña.

6

Eran las seis de la madrugada, cuando Tom me despertó. Aunque fuera ya era de día y el cielo claro y azul, fue difícil salir de la cama. Al final lo conseguí, el resto fue ya más rápido —tras los procedimientos mañaneros rutinarios, estábamos los dos preparados para irnos. Cogí mi pequeño bolso de viaje, Tom su maleta, cerró la puerta, bajamos en ascensor hasta el garaje y colocamos las cosas en el coche. Las calles estaban todavía desiertas, así que en menos de un cuarto de hora llegamos al aeropuerto. Dejamos el coche de Tom en el lugar reservado para autoridades junto a la terminal. Justo llegó el bus de la tripulación que nos saludó con un movimiento imperceptible de la cabeza.

Pasamos por facturación y por el control de seguridad y fuimos a la sala de espera de la clase business. Cogimos una mesa con cuatro sillones de rayas, Tom se trajo un café, yo estaba eligiendo periódicos y luego me traje un zumo. Tan temprano por la mañana no había palabras que gastar, así que estuvimos leyendo y despertándonos en silencio cuando entró Mona, encargada de turno de Nordic Air y se dirigió directamente hacia nosotros.

—¡Buenos días!

Los dos la miramos un tanto asombrados y la saludamos con menos entusiasmo.

—El caso es que el Boeing en el que ibais a viajar a París se ha averiado así que lo reemplazamos con un CRJ, pero hay 98 viajeros y 88 asientos, por lo que todos los viajeros que no traen beneficios se quedan fuera. Hay alternativas para ir vía Riga o Estocolmo o Copenhague, los vuelos de conexión de los dos últimos no tenían demasiados asientos libres, pero vía Riga probablemente no habrá problema.

Nos quedamos estupefactos.

—Bueno, pues nada, es comprensible —dijo Tom tras una pausa.

—Si tuviésemos libre algún otro Boeing, entonces uno estaría en la cabina y la otra en asiento auxiliar, pero en CRJ esa posibilidad no existe —añadió Mona.

—No pasa nada... Yo en todo caso no estaba tan segura de irnos, no tengo nada en contra de volver a casa y seguir durmiendo —dije a Tom.

Miré también a Mona. Ella estaba claramente aliviada, la cara de Tom no reveló mucho.

—Bueno —dijo al final.

—¿Está todo bien? —preguntó Mona.

—Sí —respondió Tom—. Lo pensamos un poco.

—Yo entonces me iré a gestionar a otros viajeros, en el embarque se hace el desvío si hace falta.

Mona se fue.

—En serio, no tengo nada en contra de ir a casa y seguir durmiendo. Especialmente si conseguir asientos vía Estocolmo y Copenhague es complicado... Volveríamos dentro de dos días por la tarde, no tiene mucho sentido irnos si llegaremos muy tarde por la noche hoy. Me hubiese gustado ir al espectáculo de aviación en París, pero qué se le va a hacer...

Tom se mantuvo en silencio.

—¿Cómo de importante era esa reunión para ti? Puedes ir solo, pero yo de verdad no tengo

ganas.

—No, no es tan importante, la cuestión no es esa —hizo un ademán con la mano. Se levantó y cogió su maleta.

—Vámonos a casa entonces.

—Solo que me encantaba la idea de irme contigo a Paris. Más aún cuando dijiste ayer que siempre quisiste ir con tu alma gemela a esa ciudad. Así que, interpretándolo como una señal, no me gusta ni un pelo todo esto —dijo al final, cuando estábamos ya en el coche yéndonos hacia la casa.

—Querido...

—Y, además, ¿el presidente de la compañía no debería ser un viajero prioritario?

—Sí, fuiste muy conciliador.

—Demasiado, evidentemente —murmuró Tom.

Dormimos un poco más en casa, nos duchamos juntos para lavarme el pelo, después desayunamos largo en una cafetería cerca de casa (nos traía sin cuidado que fueran casi las tres), para consolarnos fuimos de compras a un centro comercial enorme y por la noche celebramos en la cafetería Moon nuestros diez meses juntos.

Antes de dormirme, pensando en el día, anoté que había sido un día maravilloso. Y me confesé que en todo caso estaba dudando si quería en realidad viajar a Paris con Tom —principalmente por el hecho de que Estonia en junio estaba preciosa y yo ya un poco harta de viajar tanto. Aunque me entristeció lo de no haber asistido al espectáculo aéreo.

Con todo eso en la cabeza conseguí dormirme.

7

Una noche preciosa de julio vino a visitarnos Devon. Tom había salido de la aerolínea a finales de junio como resultado del compromiso entre la Agencia de Aviación y el consejo, y desde principios de julio Nordic tenía un nuevo presidente, Erkki. Tom sabía algo de lo que pasaba en el edificio gracias a mí, pero siempre se había llevado bien con Devon y quería charlar con él. Preparé la cena, a las siete llegó Devon con una botella de vino tinto. Evité a todos los pensamientos sobre lo extraño de la situación y me comporté como una buena anfitriona.

Serví la cena, comimos, bebimos el vino, Tom y Devon compartieron impresiones y bromearon. La conversación fue divertida y fluida, la mayor parte del tiempo disfruté en silencio, aunque de vez en cuando comentaba sobre algún tema. Tom sacó una botella de su colección de whiskeys de diez años y más. Charlando y riéndonos, la botella se acabó sin darnos cuenta.

Ya era tarde, cuando Tom fue al baño. Devon, quien había mostrado una neutralidad amable conmigo y hasta había evitado mirarme en los ojos demasiado largo durante toda la velada, empezó a acariciarme la pierna con su pie en cuanto escuchamos cómo se cerraba la puerta del baño. Y de repente me dijo:

—¡Te deseo tanto!

Le miré sorprendida, emocionada y a la vez preocupada —no estaba demasiado segura de la insonorización de la habitación.

—Yo también a ti —dije al final en voz baja, un momento antes de que Tom saliese del baño y volviera con nosotros.

Tuve que callarme durante mucho tiempo sobre el hecho de haber volado con una avioneta, pero afortunadamente otro estudiante de Devon dejó de venir, Tom estaba de viaje de nuevo y Devon me llevó a volar otra vez. Esa vez escogimos una Socata TB9 Tampico, la avioneta de los franceses sedientos de diversión, como Devon me presentó ese bicho naranja con rayas de dos asientos. Volamos sobre la casa de campo de mis ancestros y pude manejar la avioneta un rato yo misma.

—Cógelo de nuevo —le pedí un momento más tarde.

Devon puso las manos sobre el volante delante de él.

—Si la avioneta no sabe si la estoy manejando yo o tú... O si alguien lo maneja —dijo divertido, levantando las manos del volante.

No pude mirarlo.

—Y la verdad es que es muy fácil, ¡mira! —dijo Devon, con cara de pillo, columpiado el bastón de mando y con él toda la avioneta de izquierda a derecha. Agarré automáticamente del asidero.

—¿Has comido? —me preguntó haciéndose el gracioso.

—Sí...

—Ves, así también se puede hacer —ahora moviendo el bastón hacia adelante y hacia atrás, la avioneta saltaba como un sapo arriba y abajo y yo me agarré con fuerza al lateral del asiento. Me reí, a pesar de todo lo estaba pasandolo bien, aunque pasé también un poco de miedo.

—Sabes, el estudiante de Devon no vino hoy y me llamó para preguntarme si quería volar con él, me lo había prometido desde hace tiempo. Y fue fantástico, ¡volamos 42 minutos! —le conté emocionada unas horas más tarde a Tom— después de una experiencia así no era difícil mostrar excitación, pero a pesar de ello temí que mi voz revelase un temblor traicionero.

—¡Ah! ¡Qué bien! —escuché al otro lado del teléfono—. ¡Siento hasta un poco de envidia!

8

A principios de agosto Tom se iba a Suecia a un retiro de meditación *vipassana* —diez días en silencio y en soledad consigo mismo. Lo había descubierto hace poco y consideró que le vendría bien para vaciar la mente de tantos pensamientos alrededor del trabajo.

Nos levantamos a las seis y un poco antes de las siete estábamos ya de camino hacia el aeropuerto.

—Vuelve —dijo Tom un poco antes del aeropuerto.

—¿En serio?

—Sí. No voy a ir. No puedo estar diez días lejos de ti. Y no sé por qué quería irme, se puede meditar y descubrir a uno mismo también en casa.

—Muy bien.

—Te lo puedes creer que al final no se fue.

Esa frase empezó a dar vueltas en mi cabeza después de haber vuelto a casa, mientras conducía hacia la oficina. Había estado preocupada durante varias semanas por cómo iba a sobrevivir la separación de diez días del hombre al que amaba. Insinué a mis amistades que estaba totalmente abierta a todo tipo de ofertas y planes de entretenimiento, ya había planificado varios actos para estos diez días y a pesar de todo seguía preocupada por si aguantaba todo ese tiempo de manera alegre y tranquila. Y ahora de repente este cambio de planes... por un lado me sentí feliz y aliviada, pero por el otro —si era sincera conmigo misma —en el fondo estaba un poco decepcionada.

Nunca he considerado que sea sano asociar tu equilibrio espiritual y emocional a otra persona. Pero la convivencia con Tom, que iba a hacer un año dentro de poco, había cambiado algo en ese sentido. Me sentía mejor cuando él estaba cerca.

¿De dónde venía esa ligera decepción? Puede que me tentara la oportunidad de volver a experimentar durante diez días la vida de casi soltera —en la misma medida que me atemorizaba.

¿En su esencia el ser humano es monógamo o es la fidelidad solo la falta de oportunidades? ¿El hecho de ser fiel o no, depende más del hecho de haberte encontrado con la pareja idónea o más bien de tu carácter? ¿O depende de la situación vital, de la etapa que estás pasando? ¿Es posible amar a la vez a varias personas? Una y otra vez esas preguntas me atormentaban.

Saludé a Margaret al llegar a la oficina, dejé el bolso al lado de mi mesa, abrí mi portátil y después fui al despacho del vicepresidente de la división del mantenimiento. Devon estaba detrás de su mesa.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días! ¡Por fin es miércoles!

Vi alegría en sus ojos y me sentí mal por arruinarlo todo. Cerré la puerta para que nadie nos oiga.

—Te puedes creer que al final no se fue.

—¿Cómo? ¿Cómo?

—Tenía que llevarle al vuelo a las siete, pero un poco antes del aeropuerto me dijo que volviera. Me dijo que no entendía por qué lo estaba haciendo, que no puede estar tanto tiempo

lejos de mí y que no tenía una buena sensación acerca de ese viaje.

Se quedó un rato en silencio.

—Bueno, tendremos otras oportunidades —dijo despacio y con serenidad.

Le miré en los ojos y pensé en cómo admiraba esa calma en él. Amaba esa paz suya. Que fuera capaz de mantener esa tranquilidad y ese equilibrio hasta en esas situaciones donde los hombres débiles no controlarían sus emociones y empezarían a soltar palabras más fuertes.

A finales de agosto, la fecha del próximo número de la revista a bordo se acercaba y el ritmo de trabajo era vertiginoso. Esa tarde salí del trabajo a la fuerza, apagué el ordenador, solté “¡Buen fin de semana! —a Margaret, pasé por el despacho de Devon para desearle lo mismo, y me apresuré a casa. Me hice el bolso, Tom estaba ya preparado y nos fuimos. Las cosas del trabajo no habían quedado atrás del todo, estaba un poco nerviosa y muy irascible. Logré a decir un par de frases casi ofensivas a Tom, me di cuenta ensenguida y supe que tranquilizarme. Respiré un par de veces profundamente y traje mi atención al presente —me concentré en mí misma y en la contemplación de lo que me rodeaba. El cielo era azul claro, por aquí y por allá las tiernas nubes blancas aparecía como rayas gruesas, y los prados estaban verdes y a rebosar de flores. El verano del norte en su mejor expresión. Hermoso. Sonreí encantada. Para ser feliz se necesita tan poco.

—Quizá estamos a tiempo, pero me parece que no llegamos a comer en Põhjaka —dijo Tom mirando el reloj y su GPS cerca de Mão.

—Qué pena... Pero comamos en Põhjaka a la vuelta —ofrecí.

—Buena idea.

Un poco más tarde de las seis aparcamos el coche cerca del hotel que habían construido en la vieja fábrica de vodka del feudo de Mooste. Nos recibió una simpática mujer rubia.

—El paquete romántico con la sesión de fotos —le dijo Tom.

Cuando la mujer nos llevó a la suite, una niña rubia con un globo rosa le siguió. Qué tierno, perfecto para el paquete romántico, pensé encantada.

La suite era más bella y cómoda aún de lo que esperaba, en la mesa una caja de chocolate en forma de corazón, una botella de vino tinto y dos copas de vino preciosas. Me vestí y abrí mi bolso de maquillaje, Tom estaba abriendo la botella de vino.

—Creo que estoy estresado justo ahora, antes de salir delante de la cámara —anotó Tom cuando me trajo la copa al baño donde me estaba maquillando.

—Yo también, pero el vino funciona a la perfección en estas ocasiones —le sonreí.

Tom me miró, salió un rato y luego volvió con su cámara de fotos.

—¡No empieces ya! —le dije.

—Estás espectacular, déjame sacarte algunas.

A las siete estábamos los dos preparados, yo con un corto vestido blanco de Calvin Klein, que me compré en Londres, y Tom con unos vaqueros oscuros elegantes, camiseta negra y chaqueta. Nos miramos en el espejo antes de bajar. Una pareja preciosa.

—Cuando subamos las fotos en Facebook, seguro que nos preguntarán si nos hemos casado en secreto —no pude dejar de comentar.

—Pues sí, parece el ensayo general.

Bajamos la empinada escalera hasta casi la puerta principal, al lado estaba la entrada al estudio de fotografía. El fotógrafo era muy simpático, nos saludó de manera amable y empezamos. La vida del modelo no es fácil, pero afortunadamente nació una sinergia muy bonita entre los tres, pudimos reírnos, quitarle peso a la situación y sacarnos buenas fotos. Nos pasamos media hora del

horario previsto, en el estudio y ya había otra pareja esperando afuera. Tom trajo de la habitación la botella de vino y las copas, posamos bebiendo vino y disfrutamos del proceso. El sol empezó a caer, pero el cielo seguía azul y alto, a lo lejos centellaba el lago y alrededor rebosaba el verdor exuberante.

Cuando terminamos la mujer de la recepción nos indicó cómo llegar a la sauna. La antesala tenía techos altos y bonitos, y todo estaba iluminado con la luz de las velas. Nos desvestimos y me recogí el pelo para no mojarlo. Dejamos el agua correr en la bañera y nos sentamos un rato en la sauna.

—Te quiero —dijo Tom.

—Yo a ti también...

La sauna estaba muy caldeada, pero la antesala tenía una temperatura agradable, me paseé ahí desnuda, me miré en un espejo con un marco precioso que había encima del lavabo, y me sonreí complacida. Mi copa de vino estaba al lado en una mesita, tomé un trago —todavía quedaba vino. La bañera estaba medio llena, me metí dentro, Tom se unió a mí. Cogió su copa de vino, bebimos, nos besamos y nos acariciamos despacio.

Sobre las nueve salimos de la bañera, nos vestimos de nuevo y fuimos a la terraza con las vistas al lago, donde habían preparado una mesa para cenar.

La noche se volvió fría y nublada así que renunciemos al viaje en el barco para ver las estrellas, y tampoco nos quedamos demasiado tiempo en la terraza cuando terminamos de cenar. Fuimos a la habitación donde las manos cuidadoras de alguien habían dejado en un recipiente de hielo una botella de champán de G.H.Mumm y dos copas.

Me quité los zapatos y el vestido, me puse los suaves pantalones del pijama de algodón ecológico y una camiseta estrecha, Tom se quitó la chaqueta.

Nos abrazamos en el sofá de terciopelo, Tom abrió la botella de champán. Bebimos, hablamos, comimos bombones de chocolate con forma de corazón y disfrutamos intensamente del momento, sentimos mucho placer de aquella que fue inesperadamente perfecta.

Tom puso el disco de "Vaya Con Dios" bailamos un poco y me abrazó largo.

—Hasta hoy, todavía no me creo a veces que te tengo a mi lado... Aquella noche de hace un año ya fue como un sueño —me susurró al oído.

Le abracé fuerte.

—Todo este año ha sido como un sueño. Como un sueño hermoso.

La mañana siguiente el cielo estaba gris y llovía a cantaros. Desayunamos, pagamos la cuenta, cogimos nuestras cosas y corrimos hasta el coche. Tom conducía, yo, en el asiento de al lado, dejaba mis pensamientos deambular sin mucho orden.

—Lo de anoche fue perfecto, ¿no te parece? —le pregunté un poco antes del giro de Tom de la autovía de Tartu al desvío hacia el feudo de Põhjaka.

—Sí, lo fue.

9

En septiembre, justo tres semanas después de nuestro aniversario, Tom y yo nos separamos. Tuve la sensación de que ninguno de los dos entendió muy bien qué es lo que había pasado, de repente el camino delante de nosotros aparecía intransitable.

Estaba sentada en mi acogedor y luminoso estudio (creo que cada mujer debería poseer un poco de bienes inmuebles o al menos tener una buena suma de dinero ahorrada —ser independiente es fantástico y saber que puedes irte en cualquier momento con la cabeza bien alta y que tienes adónde ir, te hace bien) y estaba hojeando mi blog personal.

La verdad es que repasar el pasado no tiene sentido. En las relaciones humanas hay tantos matices y cada acontecimiento se puede interpretar de tantas maneras distintas que es un sinsentido tratar de encontrar el momento exacto en que todo se torció, el porqué de que las cosas no salieran bien. Las cosas nunca salen mal, todo es bueno para algo. Una se siente mejor sabiendo eso, aceptando lo que llega, haciendo las paces con el pasado y centrándote en el presente y en el futuro. Vale, esta vez las cosas fueron así, pero ¿dónde estoy ahora y qué es lo próximo que quiero hacer? ¿Qué es lo siguiente?

Conocía todas esas consignas, pero sin embargo no podía evitarlo y analizaba cada momento y cada recuerdo. ¿Hubo algo equivocado desde el principio, la cosa entera se basaba en premisas erróneas? ¿O eran esos pequeños detalles molestos que con el tiempo se hicieron grandes? ¿O eran ambas cosas o una dio lugar a la otra?

A mediados de septiembre el tiempo cambió y el otoño entró de golpe. El viento dobló las copas de los árboles e hizo girar en círculos las hojas amarillas, y grandes pesadas gotas de lluvia cayeron del cielo sin tregua. Las noches eran oscuras y la luz de las farolas se reflejaba en las hojas húmedas del asfalto. Dejé el coche por precaución en la calle de al lado. Cuando entré por la puerta del piso de Devon, mi pelo estaba aún húmedo. Me quité las botas, dejé mi chaqueta en la percha y fui a la cocina. Devon estaba allí, parecía que esperándome. Nos abrazamos un buen rato y después me dio un largo y apasionado beso.

Cuando por fin me soltó, me senté en la mesa de la cocina.

—¿Té?

—Sí.

—¿Ron?

—Sí.

Colocó una taza con el texto “100% P.E.R.F.E.C.T.” delante de mí, 100% perfecta, mis labios se alzaron solos en una sonrisa que salía del corazón. Nada es casual. El agua empezó a hervir, puso una bolsa de té verde en mi taza y luego vertió agua caliente. La taza se llenó demasiado y no quedó espacio para el ron.

Devon seguía moviéndose por la cocina, trajo el ron y puso un poco en mi taza. Cuando por fin se sentó en frente de mí y le miré directamente en los ojos, las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas.

—Perdona, no tenía planeado comenzar a llorar enseguida.

Me trajo papel de cocina.

—Estoy tan fuera de mí y he pensado tanto que ya no sé qué pensar. Ya sé que la solución de todos los problemas es vivir en el presente. Pero no paro de pensar en el pasado y en el futuro y me vuelvo loca. Me he reconciliado con Tom y estamos otra vez juntos, pero sigo con demasiadas dudas y reparos... Los pensamientos que me atormentan del pasado tienen que ver con mi decisión de escoger a Tom solo porque no pude estar contigo, aunque en realidad eras tú a quien quería... Y al mismo tiempo me siento culpable por no haber conseguido desengancharme de ti y seguir acostándome contigo. Aunque lo he hecho porque lo he querido. Y cuando nos separamos, yo estaba tan contenta por haber hecho todo lo que había querido ¡sin renunciar nada por él! Y luego el futuro. No paro de pensar en el matrimonio y en los hijos —si los quiero y si es así, con quién. No estoy nada segura de que los quiera, pero temo que podré arrepentirme si no los tengo. Además, la manera en que Tom se relaciona con sus hijos me da sensación de seguridad, con él me atrevería a hacerlo... pero ¿quiero hacerlo realmente? Una de las pocas veces que sentí de verdad que quería ser madre fue contigo, el verano pasado, pero a la vez estaban todos esos miedos cuando me dijiste que no querías comprometerte y no me apetece ser madre soltera. Y de nuevo, sé que todo esto es absurdo, los hijos vendrán cuando tengan que venir, y se pueden tratar estas cuestiones entonces, pero... oh.

Sollocé de manera majestuosa. Cogí más papel de cocina y me soné la nariz para variar. Devon estaba tranquilo y seguro.

—Deberíamos solo hacer cosas que a los dos nos alegren. Y en cierto sentido es una buena señal que te sientas culpable.

—Sí, no lo he pensado así, en absoluto... Con mi expareja no me sentí culpable jamás, aunque ahí también tenía mis pequeños secretos.

Devon se levantó y saco de la nevera dos tartas. Tenían forma de corazón, las miré y lágrimas empezaron a caer otra vez.

—Pero quizás ahora deberíamos probar a ser solo amigos y hablar y comer y beber juntos —ofrecí cuando había recobrado la compostura.

—Cómo tú quieras.

—Simplemente tengo tanto miedo de perderte.

—Estaré siempre para cuando me necesites. Me encanta hablar contigo y beber té y muchas otras cosas... pero estoy contento con lo que hay —dijo Devon serio.

Tenía la desagradable sensación de estar cometiendo el error de mi vida. Sentí tanto con él —lloré y me reí y me sentí VIVA. Cien por ciento VIVA. Admiraba su pasión por volar, su serenidad, su calor y entereza, sus manos cálidas y sus ojos y todo, todo. Y me encantaba dormir con él, en la cama era magnífico.

La pregunta que me molestó parecía ser la siguiente: ¿de verdad quería dejar de acostarme con él y ser solo su amiga, y eso era mi deseo interior o más bien miedo ante la posibilidad de ser descubiertos, la imaginaria presión social y la educación de la buena chica —“tienes que ser buena” y “tú no serás adúltera”?

Y ni siquiera estaba casada con Tom ni Devon con otra...

Una cosa que me solía dar paz eran los masajes de Angélica, así que la llamé el día siguiente y me hizo un hueco. Me hubiera gustado ronronear en la camilla debajo de sus manos, aunque la conversación era igual de deliciosa. Y entonces Angélica me contó una historia que había oído hace poco, de nuevo sobre una de esas encrucijadas de la vida.

—El chico quería ver el mar y le preguntó al sabio cómo llegar hasta él. El sabio dijo que el chico tenía que empezar a andar por el camino del bosque hasta llegar a un camino más grande y al lugar donde el camino se separaba en tres. Y entonces elegir la dirección. El chico fue y llegó al cruce. Primero decidió girar a la izquierda. El camino de la izquierda le llevó a una aldea bonita, donde se encontró con una chica preciosa con quien pasó un poco de tiempo. Luego volvió al cruce y eligió el siguiente camino, el que iba directo. Llegó a una ciudad grande donde había muchas cosas interesantes así que se aventuró ahí durante años, encontró a una mujer y tuvieron un par de hijos. Ya como un hombre mayor volvió al cruce para ver adónde le iba a llevar el camino de la derecha. Ese camino le llevó hasta la montaña desde donde se vislumbraba el mar. Y se veía que tanto el camino de la izquierda como el que iba directo llegaron al final al mar.

—Una historia preciosa —dije deslumbrada—. Ah... ¡me encanta la idea de elegir el camino más alegre o caminar por todas las opciones, al final llegarás donde tengas que llegar!

—Sí, a mí también me gusta. Aquel taller de terapia holística donde la escuché era muy inspirador en general —también nos regalaron la idea de que las relaciones son el reflejo de lo que pasa en tu realización profesional, ahí reina la misma energía que en otros lugares.

—¿Explícame un poco más?

—Bueno, si en tu vida profesional no hay pasión, seguramente también faltará en tu convivencia. O un ejemplo de la persona que asistió el taller: hacía un trabajo para tener ingresos estables, aunque le hubiera encantado hacer otra cosa; y en lo personal vivía por seguridad con una pareja, aunque en realidad deseaba estar con otra persona.

Fue una teoría muy sugerente.

Hoy es el primer día del resto de mi vida.

Nos habíamos separado por tercera vez hace una semana, y esperaba que esa fuera la última, desde entonces me he dicho esa frase todos los días. Casi me había vuelto loca dándole vueltas a todo y luego traté no pensar nada (fracasé).

El cielo es aquí y ahora, el ayer se fue, el mañana todavía no está, el día de hoy es un regalo, HOY es todo lo que tienes, hoy es el mejor día de mi vida... Eran lemas preciosos y en mis mejores días hasta conseguí creerlos y vivir como me inspiraban. En días peores, cuando abriendo los ojos miraba por la ventana y me encontraba con el gris que lo envolvía todo - ¡hola, otoño! -, sucumbía en los pensamientos sobre el pasado y el futuro.

Pasado. ¿Debería haber hecho algo de manera diferente? Si es así, entonces ¿el qué? Por el otro lado, hice en cada momento cómo mejor me parecía y las mejores elecciones según mis conocimientos del momento.

Futuro. ¿Qué quiero? ¿Quién quiero ser? ¿Qué quiero hacer? ¿Con quién quiero estar? Tantas preguntas, tan pocas respuestas.

La gente recién soltera, la que ya no convive con nadie, ¿qué hace los viernes o los sábados por la noche? Yo los pasaba ahora sentada y mirando la pared.

Durante la semana me encantaba leer y escribir por las noches, pensar y simplemente estar, cocinar algo, pasear fuera, hornear algún dulce, a veces hasta hacer el punto (había leído en algún lugar que según ciertas teorías tiene el mismo efecto que la meditación, y los resultados son más tangibles). Y, claro está, tenía muchos amigos con quien quedar y charlar y tomar café latte, pero como la mayoría estaba en aquel momento más o menos en una relación feliz y estable, significaba automáticamente que las noches del viernes y del sábado las pasaban con su pareja abrazados en

el sofá o haciendo alguna otra cosa agradable. En pareja.

La verdad es que tampoco estaba tan terriblemente sola. Tom me había pedido volver de nuevo, le dije que no porque ya no tenía fuerzas, así que se fue a su casa de campo a sanar sus heridas. (Y también era gracioso como había comprobado que esa frase que de pequeña te escribes en cuadernos con las amigas, era totalmente cierta: los chicos son como el tranvía: esperas un poco, viene uno nuevo, esperas un poco más, volverá el viejo...).

Devon tampoco estaba –le seguía encantando irse a su casa de campo a recargar las pilas durante el fin de semana, y si no los pasaría volando. Esto me vino muy bien porque yo estaba tratando de desintoxicarme de él.

10

En Roma todavía era verano y el día había sido espléndido. Había llegado allí con el vuelo de la mañana y Tom vino de Bolonia en tren, donde por fin había hecho su curso de *vipassana*, con sus diez días de retiro y en silencio. Aguanté con paciencia sus elogios sobre sí mismo ahora que se consideraba un ser iluminado, y en consecuencia pedí mentalmente perdón a todos mis amigos por las veces que les derramé mi júbilo por alguna teoría new age recientemente descubierta. Pusimos una vela en la iglesia de Trinita dei Monte, nos sentamos en las escaleras de Plaza de España, tiramos una moneda en la Fontana de Trevi, cenamos cerca de Piazza Navona, en la terraza de un bonito restaurante, y pasamos en taxi por el Colosseum iluminado camino al hotel.

Todo lo que alguna vez hubo entre nosotros, se había acabado, y yo quería irme a casa. En ese mismo instante.

La cita en Roma sonaba perfecta al principio, pero la verdad es que habíamos venido para ver cómo desaparecía del todo lo que una vez hubo entre nosotros.

—Bueno, para mí, tu relación con Tom era claramente una relación de compensación —dijo Arabella y tomó un trago grande de vino blanco—. Todo ese tiempo no me atreví decirte nada porque parecías tomarlo en serio y duró mucho, así que pensé que quizás era verdadero, pero, para serte sincera, desde el principio tenía mis dudas porque vino demasiado rápido después de la historia con Devon.

Miré en sus preciosos ojos de color nomeolvides.

—Hace poco me encontré con la idea de que, si amas a alguien, amas todo lo que venga con él —respondí pensativa—. Con Devon hubo un momento emocionalmente difícil, aceptar algunas características tuyas, pero me encantó todo lo demás en él, todo —su voz y su olor y su madre y su hija y su coche y sus casas y... Mientras con Tom hubo muchos "peros" el tema de los hijos era complicado y en algún momento nos alejó el asunto de no atreverse hablar de nuestra relación a sus padres. Aunque después de todo me alegré de que fuera así.

Continué pensando más tarde en lo que me había dicho Arabella. Tenía razón —un tercero solo puede entrar en una relación u ocupar el lugar del otro cuando algo falta entre dos personas, o alguien no se ha cuidado o ha dejado de cuidar el otro. Con Devon me faltó la seguridad que busqué acabé buscando en Tom. Y aunque entre Tom y yo hubo chispas en la parte física, nunca he tenido una compatibilidad física-espiritual-mental como la que hubo con Devon, de hecho, por eso volví con él después de todo.

Pero la verdad es que la cosa nunca fue tan blanca o negra. En contra de la creencia socialmente extendida, de que solo se puede amar de verdad a una persona, yo podía poner la mano en el corazón y confesar que había amado a los dos, al mismo tiempo, de manera distinta, con diferentes matices emocionales y con distintas dudas, pero nadie podía afirmar que eso no era amor, en ambos casos. Aunque sí, al final era Devon, porque... ¿estaba más a gusto respecto a quien era yo cuando estaba con él? Ahí había alegría y vida, con él me sentí completamente viva.

Algunas líneas comenzaron a dar vueltas en mi cabeza y las escribí.

Brillé y tintineé
Solo para ti
Viví y respiré
Solo para ti
Atraje y seduje
Solo para ti
Me sorprendí de verdad
Cuando eras todo para mí

La mañana siguiente me dolía la cabeza y tenía náuseas. Intenté calmar el dolor con dos pastillas y varios trucos más, pero nada parecía funcionar. Al final me vestí y bajé hasta la cafetería del edificio de al lado —a veces la cafeína ayuda.

—Un café latte, por favor. Para llevar.

—Dos euros.

Cuando salí de la cafetería con el vaso de latte en la mano, quería llorar. Devon. Devon. No voy a superarlo jamás. No vi ningún sentido a la vida así que las fantasías de saltar desde muy alto parecían cada vez más atractivas. A la vez me avergonzaba mi propia reacción —en comparación a la gran mayoría de la gente del mundo yo estaba muy, pero que muy bien. Buena salud y buen aspecto, una casa acogedora, un buen coche, un puesto de trabajo atractivo en una empresa magnífico, tareas laborales que disfrutaba y amaba y en las cuales era buena, muchos amigos queridos, una familia alentadora, una situación financiera satisfactoria sin demasiadas responsabilidades, una vida social entretenida, buena educación... Además, varios hombres que me querían —algunos por mi cuerpo y otros para pasar la vida entera.

No tengo una actitud negativa hacia el suicidio. Creo que el alma vive eternamente y todo el mundo tiene derecho a presionar la tecla de “Escapar” si quieren y tener la elección de *Game over. Start again? Yes/No*. —No obstante, creo que mientras haya una opción que te trae alegría, algo bueno que hacer con tu vida, es mejor continuar por aquí.

Yo sabía que aún me quedaba mucho por hacer y compartir sobre todo con mucha gente que se entristecería y sufriría mucho si me pasara algo así. Y en el fondo de mi corazón supe que, si me esforzaba un poco solo, el universo tendría todavía mucho que ofrecerme, con muchas probabilidades de tener hasta un final feliz a mi historia.

Devon pareció sentir que pensaba en él —de repente me llamó, aunque para ese momento yo ya me había tranquilizado y llegado a la conclusión que, si Devon es mi Alma Gemela, *The One*, entonces no se irá a ningún lado y estará de todos modos en mi vida. Y si no, cuanto antes siguiese adelante con mi vida, mejor para mí. Así que le dije de nuevo que, aunque ahora esté oficialmente separada de Tom, no quería seguir siendo esa especie de amante clandestina en la que me había convertido, seríamos buenos amigos.

Para las doce teníamos una mesa para dos en el restaurante OKO, llegamos puntuales. Dejé a mi madre elegir su asiento y me senté en frente de ella. Detrás de la ventana el mar centellaba, el sol en un cielo sin nubes calentaba a través de la ventana mi espalda. La carta estaba llena de delicias, pero como todavía no me había recuperado del todo de la fiesta de la noche anterior me pedí una sopa de pescado, mi madre —por alguna otra razón —eligió lo mismo. Cambiamos algunas frases amables sobre el interior del restaurante y entonces me preguntó:

—Cuéntame un poco más de tu historia con Tom. ¿Qué pasó? ¿ahora estás triste?

—Sabes que, ahora no, la tristeza ya pasó. Hace poco comprendí que... Aunque al principio estaba muy enamorada y pensé que todo era muy auténtico, entonces... La verdad es que un poco antes de él tuve un amor grande con el que me hice daño. Y cuando estaba dolida apareció él, y saliendo de una historia, casi sin darme cuenta empezó la siguiente. Creo que buscaba más consuelo, seguridad... Esa parte todavía sigue siendo un tanto confusa para mí.

—Sí, yo también me he casado siempre con los hombres que vinieron después de un gran amor —dijo mi madre mirando a la mar pensativa.

Pensé que me iba a caer de la silla.

—¿En serio?

—Sí. Viví un gran amor con Paul y entonces se rompió y apareció tu padre... Y como sabes, años después, amaba mucho a mi pretendiente noruego, pero me casé con Rolf.

La camarera trajo las sopas. Comenzamos a comer mientras trataba de digerir aquel momento de confesión de mi madre, con el que de repente comprendí muchas cosas. Era la pieza del puzle que me faltaba. Me había enterado ya hace años, haciendo preguntas directas de una adolescente madura, valiente y curiosa, de que mi abuela, la madre de mi madre, no era virgen cuando se casó con mi abuelo y que amaba a otro, pero como el otro estaba casado, mi abuela decidió vengarse de aquella manera, casándose con otro. Eligió de sus muchos pretendientes a uno y se casó por despecho... Para estar infelizmente casada durante los siguientes treinta y cinco años. Toda una vida.

Combinarlo con el descubrimiento reciente sobre la relación entre lo que pasa en las relaciones y en la realización profesional me supuso un gran momento de iluminación... Aquí estaba la respuesta. A finales del verano anterior pasado estuve indignada por no haber conseguido a Devon, y repetí el patrón familiar: echarme en los brazos de otro, de Tom en este caso (aunque en aquel momento no era consciente de esto)—. Si tú no me quieres, entonces mira lo que puedo hacer” parece que pensé en algún recoveco de mi mente. Pero algo - ¿mi corazón? —había boicoteado esa jugada, a través de mensajes, ocultos, malas sensaciones y otras advertencias que me acabaron salvado de un error sin mayor. Agradecí mentalmente a todos mis ángeles de la guarda.

A mi abuela le gustaba todavía, con setenta y ocho años, bailar por la habitación con la música de la radio. Cuando era joven había ido con mi tía abuela muchas veces a las competiciones de canto y de baile. ¿Quizás podría haber sido bailarina profesional? Seguir su pasión en lugar de meterse en un matrimonio sin amor por seguridad y venganza, viviendo en la capital y trabajando toda la vida en la cadena de montaje de una fábrica.

—Mamá, oye, ¿y tú? ¿quién querías ser tú?

—Periodista. Me encantaba escribir.

—Pero ¿por qué no fuiste a estudiar? ¿No te gustaba Tartu?

—No, no era eso. En los tiempos soviéticos solo unos pocos podían trabajar en periodismo tras acabar la carrera, la mayoría fuimos enviadas por obligación a ser maestras durante un par de años, pero yo no quería. Odio hablar en público.

Pensó un momento.

—Pero me encantaba escribir. Mis ensayos en la escuela obtenían siempre las mejores notas y escribía poesía... Una vez, animada por los amigos, envié varios poemas a la revista Looming^[17] y me respondieron, un poeta conocido, el editor de aquel entonces: —no hay duda de que usted

tiene talento, pero deberías escribir sobre la vida de nuestros trabajadores y no esa mierda. —Por entonces eran los Juegos Olímpicos y la posibilidad de estudiar turismo me pareció interesante, me presenté, me cogieron, entré en turismo y ahí me quedé. Hasta ahora no puedo salir de ahí, aunque lo odie.

Cogí aire. De nuevo el mismo patrón. En vez de seguir tu pasión eliges la seguridad tanto en las relaciones como en la realización profesional. Ella debería haber sido periodista, estaba clarísimo. Y quizás su vida íntima hubiese sido diferente, si hubiese trabajado en algo vocacional. Bueno, en ese caso yo no existiría, al menos no en esta forma, pensé de repente. Sonreí. Todo es bueno para algo.

11

—Ahorra energía, en casa se está caliente.

Sonreí al volante cuando vi un cartel enorme junto al cruce más grande del trayecto. Era así. Era tiempo para estar conmigo misma y las señales de apoyo que me llegaban seguían estando conmigo. Tú misma y las cosas que te traen alegría son lo que eres y con lo que sigues adelante después de haberte hundido en el lodo. Algunas cosas —y ya que hablamos de esto, algunas personas —simplemente están y se quedarán. Y algunas otras cosas ayudan a sobrevivir.

Estaba feliz, en equilibrio, volvía a sentir cierta paz. No me cansaba de asombrarme —hace un año estaba enamorada de Tom y felices los dos, pero constantemente sufriendo ataques de pánico y sintiéndome mal, aunque aparentemente todo era maravilloso, éramos la pareja perfecta. Confía en tu cuerpo, él siempre es honesto, me dijo mi sabia madre.

Ahora mi vida era más complicada en muchos sentidos, pero me sentía fenomenal y feliz por los pequeños y divertidos detalles cotidianos. La jaula dorada sigue siendo una jaula, y la libertad será siempre la libertad. Me sentí con más experiencia y más sabia, ya casi ni comprendía las elecciones de aquella Laura de hace un año. Pero tampoco la condenaba, no tiene sentido arrepentirse de las elecciones del pasado. Es lo mismo que arrepentirse de no saber lo mismo en primaria que cuando se acaba el instituto.

El cielo despejado y azul, un sol brillante, buena música en la radio del coche o del iPod, el placer de conducir o viajar tranquilamente en autobús... ¡miau,miau,miau! ¡Cuánta alegría en cada detalle! Sentía como si estuviera bajo los efectos de alguna placentera droga, aunque lo único que llevaba en mi cuerpo era vitamina C y cafeína.

Había pasado muchas noches sola en mi acogedora, cálida e iluminada casa y había disfrutado muchísimo de ellas. Me acordé de esa primera noche de viernes cuando estaba pensando en lo que haría la gente soltera en esos momentos, pero en algún momento aquella duda desapareció de mi mente. Disfruté estando conmigo misma sin límites y el único pensamiento que me preocupaba era saber qué pasa cuando disfrutas demasiado de tu libertad. Que aparece alguien tan cautivador que estás dispuesta a regalársela.

Volvía con Berit a casa y las dos estábamos fascinadas tras el concierto de Ewert and the Two Dragons.

—Me inspira tanto que no escogiesen el camino de la música comercial para hacer dinero rápido, y que buscaran durante tanto tiempo qué era lo que les gustaba a ellos y qué tipo de música querían hacer. ¡Ese concierto y toda esa gente aplaudiendo en pie confirma que lo único que tiene sentido son las cosas hechas con gozo y alegría! —salió de mi boca en un respiro.

—¡Y a mí! Y he comprendido con asombro que, si antes me hacían suspirar las películas románticas de los grandes amores, ahora lo que me emociona realmente son las historias donde la gente encuentra su pasión, su vocación, se realizan profesionalmente y son libres —me apoyó Berit.

—Es una de las cosas que me inspira en Devon, también ahora, después de todo lo que hubo —cómo ama volar, su profesión y a la vez su pasión —que gana dinero con ello y luego quiere y

tiene ganas de volar con avionetas en su tiempo libre y enseñar a otros... Es impresionante.

—¿Qué tal os va?

—La semana pasada le preparé una cena en mi casa, pasta carbonara. Fue maravilloso, cenamos y bebimos un poco de vino, me encantó hablar con él y después... bueno todo lo que siguió.

Berit me echó una mirada de reojo y sonrió. Pensé automáticamente lo preciosa que era.

—Sinceramente planeé solo ser su amiga, pero como soy soltera oficial, entonces puedo permitirme todo lo que quiera, ¿verdad? ¡Especialmente si me alegra la vida? —añadí.

—Absolutamente —estaba Berit de acuerdo.

Más tarde en casa pensé si de verdad me creía esas palabras. Me sentía más libre, más serena y equilibrada que en nuestro primer año, así que sabía que podía permitirme esa intimidad con Devon. Ya no tenía ambiciones de domesticarlo ni de poseerlo —el primer gran enamoramiento había pasado y aunque seguía sintiendo mucho por él, era todo mucho más tranquilo.

Era consciente de que estar vinculada a él emocionalmente podría en teoría obstaculizar la llegada de nuevas relaciones a mi vida, pero esa idea no me enturbió. Sabía que todo lo que tuviera que llegar, llegaría en su momento de todas maneras, las cosas terminan y comienzan exactamente a su hora. Y en todo caso no tenía una visión muy clara sobre lo que quería, los sueños típicos de las veinteañeras de boda e hijos habían quedado en un segundo plano. Es posible que ni siquiera fueran míos esos sueños, sino unos adquiridos de los medios y las películas de Hollywood. Sentí que no tenía prisa. Ser, fluir y gozar era suficiente.

Y aunque no tenía demasiadas expectativas me encantó la frase de Cher: mientras estoy esperando a mi alma gemela, pretendo pasármelo muy bien con todas esas almas que no lo sean.

12

Junto al leve sonido de la seda de mi vestido al rozarse entré en la sala. Estaba muy contenta con mi aspecto —un espectacular conjunto palabra de honor, un corsé de pequeñas y brillantes piedrecitas y una larga falda de seda fina, un maquillaje fantástico y un peinado precioso, parte de mis rizos asegurados en la nuca y el resto cayéndose libres a mi espalda. Los zapatos plateados de Cenicienta no se veían debajo de la falda. Mi espalda estaba muy recta y la cabeza bien alta —sabía que me iban a mirar. La noticia de la separación de Tom se extendía por la empresa a su ritmo, pero no tenía ni la menor intención de complacer a alguna de las cotillas con algún momento de debilidad.

Había venido sola. Podría haber pedido a algún amigo a acompañarme en el aniversario de la aerolínea, pero me sentía fuerte y valiente para ir sola y brillar. Me senté al lado de Margaret y Stig, cambiamos un par de frases amables. Apagaron las luces de la sala, Anu Tali, la Orquesta Sinfónica de los Países Nórdicos y su interpretación de Pärt, Grieg y Sibelius fue magnífica.

Después del concierto fuimos a la sala de baile, pero Margaret y Stig comenzaron a hablar con un antiguo presidente así que entré también en esa sala sola. Tom estaba hablando con dos personas, pero enseguida se dirigió a mí y se quedó mirándome.

—Estás muy guapa —dijo tras una pausa.

—Gracias.

—¿Estás sola? —preguntó con una leve sombra de incredulidad en su voz.

—Sí. Me pareció mejor así. ¿Tú?

—También.

—¿No has vuelto con tu esposa?

—No, ni tengo intención de hacerlo.

Pareció un poco molesto.

—Pero ¡felicidades! —y brindé con él.

—¡Felicidades!

Pareció un buen momento a seguir caminando.

No lo pregunté por maldad. Solo había pensado varias veces que hubiese sido una buena solución. Tom era muy buen hombre y le deseé lo mejor, no quería que estuviese solo y triste.

La música sonó y las primeras parejas empezaron a bailar. Me movía de un grupo al otro, chocamos las copas de champán, nos felicitamos, conversamos de las cosas sin importancia y nos reímos. Hasta que sentí una mano cálida en mi cintura.

—¿Bailamos?

Me giré y miré a Devon en los ojos.

—Sí.

—¡Estás espectacular! —me dijo cuando me tenía agarrada.

—Gracias. Estás muy valiente hoy, ¿bailando así en público conmigo?

—Estás espectacular —volvió a decirme.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí.

Adoro a los hombres graciosos y galantes. Especialmente si saben bailar bien.

Estaba echada en el sofá de mi estudio con una taza de té. Faltaban un par de días para las fiestas de Navidad. Si fuese una gata, estaría ronroneando, pensé. Las reservas de mandarinas se estaban acabando, mientras me preparaba té, miraba por la ventana y vi filas y filas de coches, y decidí que la cuestión de las mandarinas no era tan importante como para salir a la tienda. Afortunadamente seguía habiendo bastantes galletas de jengibre que había preparado el domingo.

En la repisa de la ventana estaban las velas encendidas. Me faltaban la chimenea y la sauna que tanto ayuda a sobrevivir durante el invierno nórdico, las velas y la bañera caliente tendrían que ser suficiente.

Observé la antigua foto de mis bisabuelos al lado de las velas, con los dos tocando la armónica y vestidos con la ropa tradicional de Muhi.

—Vosotros después de todo fuisteis felices, ¿verdad? —pregunté en voz alta.

Sabía que había sido una niña feliz, porque además de los cuatro abuelos tenía dos bisabuelas. La abuela de mi madre, Riina, la de la foto, con la que era muy cercana de niña, aunque ella era muy mayor y yo solo una niña. Recordé cuando me contó que una vez un compañero de juegos le regaló un manzano hecho de las hojas de forma de aguja de los pinos y las bayas punzadas en ellas, suspirando mientras se acordaba de lo bonito que fue aquel detalle que no olvidó.

Solo años después me enteré de que, cuando era joven, ella había tenido una melena morena larga, hasta la cintura. Me acordaba de todo aquello cada vez que llegaban aquellos largos y oscuros inviernos. Ya había oído la leyenda de un barco español que se hundió cerca de la orilla de Saaremaa y de todos los niños efusivos de ojos oscuros que nacieron después. ¿Tal vez también mi árbol de la familia esconde entre sus ramas más antiguas a un español? Las leyendas no nacen de la nada...

Hace unas semanas mi madre añadió un par de piezas más al de esta esa historia. Mi bisabuela Riina había pintado los suelos de rosa, las paredes de amarillo y la chimenea de azul turquesa en nuestra casa de campo familiar en la isla de Muhi.

Y como ningún libro de la iglesia ni árbol genealógico menciona al posible ascendiente español, entonces... ¿quizás de ahí viene ese karma familiar por el que me encontré en la situación donde vivía con un hombre y quería el otro? Amando a los dos a la vez, pero de maneras tan distintas.

Riina y mi bisabuelo habían estado casados durante 50 años, probablemente felices —mi madre recordaba como de niña yendo a dormir escuchó en el otro lado de la pared, desde el dormitorio de mis bisabuelos, durante un buen rato cuchicheos y risas. Suena dulce, pero... ¿por qué entonces las relaciones de mi madre eran cómo eran? E igual ocurría con mi madre...

Mi propia tendencia había sido prometedora, pero sabía que yo iba a romper ese patrón.

¿O tenía que ver todo al final con la realización profesional? La frase de “encuentra tu pasión verdadera, y encontrarás el amor” me estaba atormentando de nuevo. Quizás me había quedado demasiado tiempo en el puesto de jefa de proyectos de Nordic Air, en la zona de confort. ¿Era eso todo lo que quería, todo lo que quería ser en la vida? Cuando la verdad es que yo sentía que podría aspirar a mucho más...

IV parte

Base central/*Home base*

1

Hacía mucho frío cuando Tom, en una noche de enero, aparcó su coche delante de mi casa, me recogió y me llevó a cenar. Hojeamos la carta en el interior aterciopelado de Museum (un nombre ideal para un restaurante donde cenar con exparejas), levanté los ojos y me quedé mirándolo un rato. Estaba contenta porque nuestra aparente amistad se parecía cada vez más a una amistad de verdad.

—Sabes, me parece que Nordic Air comienza a agotarse también para mí. Amo apasionadamente a la aviación, la comunicación, la revista a bordo y las redes sociales, pero últimamente tengo la inquietud por desarrollarme más en lo profesional, soy capaz de hacer más cosas —le confesé cuando habíamos pedido.

—Yo he pensado desde siempre que tienes un puesto por debajo de tus capacidades —anotó Tom. Es verdad, lo había mencionado ya alguna vez.

—Y sé que se podría hacer muchísimo más en Nordic Air tanto con la comunicación interna, que ha estado muerta durante todo el tiempo de Ilse, como en la comunicación externa... pero Ilse parece tener un bloqueo visceral con la comunicación interna. No lo puedo entender cómo una empresa de estas dimensiones y con estos problemas no tenga una persona especial para la comunicación interna, porque Ilse mete la cabeza debajo de la tierra cada vez que se habla de esto.

—Sí, trabajar para una jefa estúpida no es fácil. Para mí, los últimos meses, es decir la época que el estado consiguió la mayor parte de la compañía, fueron también muy difíciles. Los últimos meses sobreviví gracias a ti.

—No me des tanto mérito.

—Me apoyaste tanto. No tienes ni idea cuánto. Si no hubiera contado con tu presencia serena, deslumbrante y fuerte... no sé qué hubiese pasado con esa aerolínea. Lars dijo en la última reunión del consejo que nadie creyó en SAS que Nordic Air fuera a sobrevivir a la crisis económica. Pero sobrevivimos y, además, ¡trajimos nuevos aviones a casa!

—Que Nordic Air saliera de esto Sobre todo fue gracias sobre todo al maravilloso y sacrificado trabajo tuyo, de Devon, de Mía y de muchos otros...

—Sí, eso también, pero no subestimes tu contribución. Hay una buena frase sobre esto, ¿sabes? Cada persona juega el rol protagonista de la historia del universo, la mayor parte lo hace sin saberlo.

—Eres muy dulce...

A finales de enero, en la noche de mi cumpleaños, eran las ocho cuando entré a Popular con mi vestido blanco de Calvin Klein. Mi DJ favorito y amigo Anders ya estaba ahí, en el espacio reservado para nuestro grupo sonaba buena música. Colgué el abrigo y fui a su lado.

—¡Oh! ¡La cumpleañera! ¡Felicidades! —me dijo y me besó.

—¡Gracias!

—El barman dijo que tu tarta ya llegó.

—¡Oh, genial! Justo pensé ir a preguntar por ella. ¿Sabes qué? Voy a por ella.

—Vale.

Al momento estaba maniobrando para sacar de la cocina un delicioso pastel con forma de avión y lo colocó sobre la mesa. Le dejé ponerme champán. Vi entrar los primeros invitados. Poco a poco llegó más gente, compañeros de estudios, Berit con Adrian, Margaret, Emma y Rasmus del trabajo... Me abrazaron, trajeron flores y regalos. Tom, Devon y Mia vinieron juntos, me felicitaron y se quedaron a charlar entre ellos.

Unas horas más tarde los grupos se habían mezclado, algunas personas fumando en la sala de fumadores y otras hablando en la antesala. Fui por un momento al baño unisex, retoqué mi brillo de labios y mi pelo. Justo cuando estaba saliendo, escuché voces familiares.

—Laura hizo antes un comentario raro y te quería preguntar, por si acaso, si estás totalmente seguro de que no sospecha de nada. Nadie debería saber sobre nosotros, solo que...

—¡Venga ya! ¡Hemos estado muy cuidadosos todos estos años! Y a mí me parece que Laura no es una persona que se dedica pensar en ese tipo de cosas.

—Qué bien.

—¡Te deseo tanto!

—Yo a ti también... pero no tenemos que estar aquí tanto tiempo, ¿podemos ir los dos luego a otro sitio?

—Buena idea.

Las voces se fueron. Volví de espaldas hacia el espejo, me agarré al lavabo con las dos manos y me miré en el espejo. Tom y Mia. ¡Lo sabía, lo sabía, sabía desde siempre que ahí hubo algo! La intuición es una algo maravilloso, y confirmar lo que te dice mejor aún.

Me atormentaban emociones encontradas. La rabia de una mujer traicionada, a pesar de que llevábamos varios meses separados. Y por otro lado, tanta alegría por no haberme negado a nada de lo que de verdad quería, es decir a Devon. Indignación por haberme sentido tan culpable —sin ninguna razón, ninguna. Gratitud por haber confiado en mi voz interior que me dijo que con Tom el asunto no estaba claro y con Devon sí, sí, sí, ve por ello.

Gracias a dios no había renunciado a Devon. Sin él me hubiese sentido mucho peor hoy, en mi cumpleaños, con la nueva información de que mi cuento de hadas estaba basado desde el principio en mentiras. Bueno, también de mi parte, me recordé. Recibes lo que das.

Salí por fin y me encontré con Berit.

—¿Dónde estabas? —me miró—. ¿Estás bien?

Respiré fuerte un par de veces.

—Acabo de enterarme por casualidad que Tom y Mia tuvieron y siguen teniendo una aventura... pero debería guardar esa información en algún sitio por ahora y pensarlo mañana. No tiene sentido arruinar mi propia fiesta —le dije en voz baja.

Berit se quedó estupefacta.

—Pues, me gustaría hacerte todo tipo de preguntas, pero mejor dejarlo para mañana también.

Asentí.

—¿Vamos?

—Sí.

Anders puso una muy buena canción, me pedí otro ron con cola y fui a charlar con mis amigos queridos. Agradeciendo a todos los dioses por su existencia. Tom y Mia se fueron pronto, separándose de los demás con cuidado, después la fiesta continuó un buen rato. Bailamos, bebimos, hablamos y reímos ya en un grupo más pequeño hasta la madrugada. Una fiesta maravillosa a pesar de todo.

2

Una tarde de viernes, a principios de febrero, Ilse ya se había ido y Margaret estaba de vacaciones. La cuarta planta estaba silenciosa y yo estaba tranquilamente trabajando en mi mesa. La llegada de la Directora de Recursos Humanos Silvia fue inesperada, la miré asombrada.

—Pensé que ya te habrías ido a disfrutar del fin de semana —anoté.

—Yo pensé lo mismo de ti. Pero está bien que estés aquí, me gustaría hablar contigo.

—¿Ahora mismo?

—¿Si te viene bien?

—Sí, claro —respondí pensando en sobre qué podría querer hablar conmigo.

—Pero vamos mejor al despacho de Erkki.

En los últimos meses se habían producido bastantes cambios inesperados de estructura, que con la llegada del nuevo presidente al Nordic Air era, en cierto sentido, algo lógico. Lo último era el despido fulminante del director de marketing, que fue entendido por pocos porque la opinión general era que detrás de su sonrisa permanente y el brillante traje gris (a sus espaldas le llamaron el payaso en traje de papel de aluminio) solo había un enorme vacío intelectual. A mí me pesaba su salida, respetaba su entusiasmo, su energía y su creatividad y a mi parecer, con la dirección adecuada, hubiese sido de provecho para la empresa.

Entrando detrás de Silvia al despacho de Erkki estaba pensando en si debería preocuparme por mi puesto. Al fin y al cabo, había sido la ex pareja del antiguo presidente y a veces pensaba en si eso se le parecería bien al nuevo presidente. Por el otro lado, la revista sacaba beneficios y su calidad y las redes sociales, que eran mi responsabilidad, ofrecían una historia éxito tras otra. Y en todo caso mi vida más allá del trabajo hecho era un asunto privado.

—Sin rodeos —estamos planeando cambiar a tu jefa directa, es decir a Ilse —dijo Silvia—. Y hemos estado mirando en el mercado laboral para sustituirla y nos parece que tú serías una opción muy buena.

—A mí me gusta lo que has hecho con la revista a bordo de Nordic Air —es una de las mejores que he visto, comparable a la gran Scanorama de SAS —el nivel de la comunicación en las redes sociales también es muy bueno. Tienes muy buena formación para el puesto, y creemos que albergas un gran potencial, además de que conoces el área perfectamente —dijo Erkki.

—¡Gracias! —dije tras haberme recuperado de la primera sorpresa—. ¡Es un gran honor y una alegría para mí! Y creo que estoy interesada, aunque depende también de las condiciones del posible acuerdo.

—Naturalmente —asintieron los dos.

3

Sonó el teléfono. Miré la pantalla. Devon.

—Sí.

—¡Hola! Soy Devon.

—Yo soy Laura.

—¿Qué haces?

—Acabo de llegar a casa.

—Mañana volveré a Estonia de un viaje de trabajo y me gustaría verte —dijo Devon.

—Muy bien.

—¿Te viene bien?

—Sí, creo que sí —sonreí al teléfono.

—Bien, te llamaré. Me encantas.

—Perfecto. Tú a mí también.

Colgué y me miré en el espejo. La comisura de mis labios se estiraba casi con voluntad propia hasta las orejas y tenía que contrólame para no empezar a bailar por la habitación. ¿Cómo podía nacer tanta alegría solo por hablar con alguien? También después de tantos años de conocernos y del comienzo de la relación...

Y no pude dejar de preguntarme si la cosa hubiese sido igual si nos hubiésemos mudado juntos medio año después de comenzar la relación y nos hubiésemos casado después. Cuando miré a mi alrededor, en demasiados matrimonios reinaba el gris día a día, que fue coloreado en varios casos con amantes... Mientras la gente en relación de amantes brillaba de manera cálida y el tiempo juntos era siempre de calidad. Había matrimonios deslumbrantes, expresiones de un gran amor, pero eran los menos, para qué engañarnos...

¿Era por mí y por Devon que no cabíamos en ese marco establecido o ese marco simplemente ya se había agotado? ¿Quizás era la fórmula que dice que las personas tienen que convivir en pareja y sellarlo en papel, totalmente anticuada? ¿Quizás era la hora para otro tipo de relaciones y entender que amar y poseer eran dos cosas distintas y excluyentes? Porque donde no hay libertad, no hay amor... Y el amor debería ser alegre, no lleno de obligaciones.

—Señorita filósofa y rebelde —me dije pasando de nuevo por el espejo haciéndome muecas—. En la Edad Media le hubiesen ahorcado sin pensárselo demasiado.

Me sorprendí pensando que Devon era un sabio al no entregar su libertad. Yo había intentado hacerlo con Tom, forzarme dentro del marco de la relación socialmente aceptada y el resultado... Sobrevivo por los pelos. Y después de la primera fascinación ya no se podía hablar de alegría verdadera.

Muy bien, quizás la cosa no fue tanto del marco y del modelo de relación, sino más bien del hecho de que la persona no fue la correcta para mí y que fue una relación de compensación, me recordaba una voz en mi cabeza. De todos modos, estaba muy contenta con cómo estaban las cosas — yo era libre y exitosa, Devon disfrutaba de su libertad y de su éxito, estábamos el uno para el otro, nos amábamos, disfrutábamos del tiempo de calidad, y no nos limitábamos de ninguna manera. Una sensación embriagadora y liberadora.

Todo estaba fenomenal, y ya no me preocupaba si duraría más o menos tiempo, ni buscaba garantías para ello, solo disfrutaba de cada instante.

Tampoco mis victorias profesionales hubiesen sido tan dulces si hubiese estado con Devon, pensé —alguna mente cruel hubiese encontrado que hago carrera vertical gracias a los logros horizontales. Aunque era lo contrario, después de la separación de Tom, yo había estado muy preocupada por mi futuro en la empresa y agradecí a todos los dioses que él ya no fuese presidente... Aunque fuera una buena persona y quizás hubiésemos podido trabajar bien juntos también tras la separación. De todos modos, todo era bueno para algo y la vida era bella.

Acepté la oferta que me hicieron y comencé a trabajar como directora de comunicación de Nordic Air. Por la experiencia de Ilse en las relaciones con los medios, le ofrecimos la posibilidad de seguir como contacto con la prensa, pero ella lo declinó y la sustituyó un joven formal y trabajadora que me apoyaba a mí con la revista y las redes.

La comunicación interna era cosa mía y me ofreció nuevos retos interesantes —disminuir el abismo entre el personal de la oficina de Nordic Air y la tripulación y crear un buen clima interior, eran temas complicados que me suponían un desafío emocionante. Me sentía la persona que quería ser de verdad, haciendo el trabajo de mis sueños, dirigir la comunicación de mi aerolínea favorita.

4

Sábado por la mañana. Abrí los ojos y comprendí que ese extraño ruido solo era el timbre de la puerta. Salté de la cama y abrí la puerta. Era Devon.

—¿Qué haces tú aquí?

Estaba sorprendida.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días! —contesté y di un paso hacia atrás para dejarle entrar. Entró y cerró la puerta. Me miré de reojo en el espejo para peinarme un poco, cuando me volví hacia Devon, se había puesto de rodillas.

—¿Quieres... viajar conmigo a París?

Ya había aspirado aire en la pausa entre la palabras, pero ahora empecé a reírme a carcajadas.

—Sí —contesté—. ¿Cuándo?

—Ahora.

—Ah... pues bien, por qué no. ¿El vuelo del mediodía?

—Sí.

—Vale, voy a hacerme el bolso de viaje entonces. ¿Quieres un té o algo mientras?

—Me lo hago yo.

Saqué mi maleta pequeña, metí después de los procedimientos rutinarios mañaneros el bolso de higiene y algo de ropa. No necesitaba mucho. De la estantería saqué “Sale el Sol” de Hemingway, metí el libro en la maleta.

—¿Temes aburrirte conmigo? —preguntó Devon con una chispa astuta en los ojos.

—No es eso —le sonreí—. Siempre llevo un buen libro en el viaje y no voy a cambiar mis hábitos ahora.

—Muy bien —murmuró.

En el aeropuerto tanto la facturación como el control de seguridad fueron rápidos y sin problemas.

—Tenemos tiempo para unas bebidas en la VIP —me dijo Devon empujándome con ternura hacia la exclusiva sala de espera. Pedí café latte y un Calvados, Devon café negro y coñac. Nos sentamos en los cómodos sillones de rayas. Nos miramos.

Pensé por un momento, mirándole fijamente, si me gustaría saber por qué de repente él se atreve y quiere volar conmigo a París así, sin haberlo pensado demasiado. En un día libre, en nuestro vuelo y con nuestra tripulación —esto, sin duda, allanará el camino para los rumores. Por otro lado —era un hombre adulto que siempre se comportó de manera sensata y estaba segura de que había pensado en cada uno de aquellos pasos. Si él había venido y me había hecho ese ofrecimiento, ¿de qué tenía que preocuparme yo? Los dos éramos solteros y los rumores son un asunto de las cotorras. Sentí que no tenía que hacerle esa pregunta ahora. No nos limitaba ninguna regla... Si quería ser pareja en público, yo no tendría nada en contra. Sobre todo, porque el vicepresidente de operaciones y la directora de comunicación formábamos una pareja de compañeros más equilibrada que el vicepresidente de operaciones y una azafata de vuelo, anotó alguien encantada en mi cabeza —alguien muy contenta con adonde había llegado.

Todo eso me pareció gracioso por ser la clara confirmación de la teoría de "tendrás todo a lo que renuncias". Yo había querido tanto ser pareja en público con Devon, luego solté ese deseo comprendiendo que todo está bien de la manera que es... Y ahora, aquí estábamos. ¿Suelta el deseo y se hará realidad?

Entrando al avión nos saludaron Reine y Kätliin, dos simpáticas azafatas de Nordic Air. El vuelo fue agradable y tranquilo, volví a sentir el entusiasmo al despegar y admiré los paisajes desde la ventana. Como estaba con Devon, volamos en clase *business*. Privilegios de los miembros de la dirección.

La comida y el servicio fueron fenomenales. Después de quitarnos los platos vino Reine.

—El capitán os invita a la cabina.

—¡Oh, genial! —salió de mis labios. Devon me miró y sonrió—. Vamos entonces.

Fuimos y estuvimos un rato en la puerta de la cabina, las vistas desde ahí son todavía más espectaculares si cabe. El capitán Anti era uno de los pilotos más experimentados y amables de Nordic Air. Cuando empecé en Nordic Air, él nos dio clase introductoria de la aviación. El primer oficial Ahti era uno de los más guapos de Nordic Air, después de Devon, reímos e hicimos bromas, pero traté de no quedarme demasiado atrapada en sus ojos. Estaba conduciendo, por Dios.

Cuando aterrizamos en París atravesamos rápidamente el aeropuerto y fuimos a coger el tren para llegar a la ciudad. Al salir de la estación de trenes, paramos los dos. Hacía calor y el día era precioso, primavera, primavera, primavera.

—¡Mira, los castaños rosados están en flor! ¡Maravilloso!

Devon me abrazó con su mano libre.

Llevamos las cosas al hotel, era pequeño y bonito y estaba muy cerca del Louvre. En la habitación no podíamos separarnos el uno del otro, y la escena subía de temperatura deprisa, pero Devon se detuvo de golpe.

—Sabes, deberíamos ir a cenar. Una cena de celebración. Porque estamos en París y París es una fiesta, como dijo tu escritor favorito.

—Es verdad.

—Tenemos mesa a las siete, pero ¿probablemente necesitas un poco más de tiempo que yo para arreglarte, ¿verdad?

—Oh... sí, una hora al menos.

—Muy bien, en ese caso, el baño es tuyo.

Me duché, me puse crema, y elegí mi pequeño vestido negro para la ocasión, lo completé con los ojos pintados de negro, mis joyas favoritas, medias, con elegantes zapatos negros y un bolso pequeño. Devon también se arregló. El taxi ya nos estaba esperando cuando bajamos, lo tenía todo organizado. El taxi nos llevó por la orilla del Sena, pasaron más y más castaños en flor y también la arquitectura espléndida de la ciudad. Estaba viviendo un cuento de hadas y agradecí a todos los dioses por todo. En mayo en París con Devon... Era todo lo que había deseado con todo mi corazón.

El taxi paró cerca de la torre Eiffel, Devon pagó y salimos del coche. Me cogió de la mano y paseamos hacia el enorme monumento de hierro. Alguien dentro de mí preguntó: —¿De verdad vamos a cenar ahí? —y escuché su sonrisa. Así era, íbamos a cenar ahí. Subimos por las escaleras exclusivas para clientes. Un parisino guapo y alto dijo algo, cuando pasamos, con la boca torcida a sus compañeros, otro hombre rubio y simpático y dos mujeres, todos nos miraron. Me puse en su lugar, pensé, sí, es un cliché —mi querido me lleva a una cena romántica a la torre Eiffel -,

mirándolo desde fuera puede que también hubiese tenido un gesto raro en mi rostro. Y si hubiese llegado hasta aquí hace un año con Tom... No quise ni pensarlo. Pero hoy, aquí, ahora —mi gran amor y el restaurante de la atracción turística más famosa de la ciudad más romántica del mundo... Vivimos solo una vez, que sepamos, y yo era muy consciente de estar viviendo momentos por los que merece la pena estar aquí y respirar cada instante.

Más tarde, sentados en la mesa con un mantel blanco, habíamos acabado los aperitivos y el plato principal, bebimos un poco de champán y conversamos, miré un rato a Devon. Me miró también, con serenidad y confianza, como siempre. Y en ese momento entendí, aunque ese momento parecía la escena de mi sueño más empalagoso, que estaba eternamente agradecida por esa experiencia.

Al final solo importaba que compartía esa experiencia con él y que era él a quien amaba. Sin ese sentimiento hubiese sido una farsa, un cliché. Y con ese sentimiento tenía el mismo valor que todos los momentos tras las mesas de la cocina en nuestros pisos pequeños.

—Me disculpas un momento —dijo Devon. Y cuando volvió: —He elegido el postre por ti.

El camarero vino y colocó delante de mí un plato pequeño con una caja negra de terciopelo.

Lo miré.

Hubo una pausa ligera.

Cogí la caja y la abrí. Dentro había un anillo precioso de oro blanco con un gran diamante brillando como solo lo hacen las piedras preciosas.

—¿Te casarías conmigo?

Miré a Devon en los ojos.

—Sí —dijeron mis labios antes de que ningún pensamiento invadiese mi mente. Y en mi mente hubo silencio y paz.

Pero un pensamiento atravesó ese momento único, supe que en mi vida la realidad había superado toda la belleza de los sueños.

FIN

[1] Cantautor estonio.

[2] Juego de palabras en estonio: —mujeres” es “naisi” y “maíz” es “maisi —donde solo cambia la primera letra.

[3] El mismo juego. En estonio “kunn” es abreviado de “kuningas —“rey” en español mientras “munn” es “polla” en español, cambia la primera letra.

[4] Una poeta e ilustradora de Estonia.

[5] Poeta muy conocida y querida de Estonia.

[6] Primer ministro de Estonia de 1992-1994 y de 1999-2002.

[7] Enlace a un artículo científico con el titular “La compañía de una mujer hermosa puede perjudicar la salud del hombre.

[8] ERR —Eesti Rahvusringhääling (Radiotelevisión Nacional de Estonia)

[9] SAS abreviatura de Scandinavian Airlines System, una aerolínea multinacional.

[10] Seudónimo de la escritora estonia Mari Laaniste.

[11] Formador estonio famoso de desarrollo personal.

[12] Musico y presentador muy popular de Estonia

[13] EMT —empresa de telecomunicaciones estonia

[14] 3,5 millones de euros (1EUR = 15,65 EEK).

[15] Más o menos 2,9 millones de euros

[16] Ser imaginario del folclore estonio que provoca el sueño en los niños.

[17] Prestigiosa revista literaria de Estonia.